JOHN CARTER BROWN
LIBRARY

Purchased from the
Trust Fund of
Lathrop Colgate Harper
LITT. D.

[illegible] Martínez

Bo

Para D. Luis Alberto Sanchez, en recuerdo de su primera estancia en Madrid.

Su admirador, lector y amigo:

A. Rodríguez-Moñino

Madrid 18 de febrero 1956.

CARTAS
DE UNA
PERUANA.

CARTAS
DE UNA
PERUANA.

ESCRITAS EN FRANCES

POR MAD. DE GRAFFIGNI:

Y

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

CON ALGUNAS CORRECCIONES, Y AUMENTADA CON NOTAS, Y UNA CARTA PARA SU MAYOR COMPLEMENTO;

POR

DOÑA MARIA ROMERO

MASEGOSA Y CANCELADA.

VALLADOLID:

En la Oficina de la Viuda de Santander, é Hijos.
Año 1792.

RPJCB

LA TRADUCTORA.

Este prólogo, ó como se quiera llamar, no habla con los Sabios: estos me causan mucho respeto, para que ni aun se me pase por la imaginacion el familiarizarme con ellos en una conversacion tirada. No por cierto: toda tiemblo y me azoro quando pienso que irremediablemente ha de caer en manos de alguno de estos mi traduccion. Esta con todas sus añadiduras y rivetes está destinada para las personas de mi sexô; y con ellas hablan mas directamente

que con otra alguna del otro varias cosillas que me ha parecido que debía prevenir.

Sea la principal el anticipar la razon del por que se han suprimido algunas cosas del Original, y por que se han añadido otras. Pertenecen á lo primero algunas expresiones poco decorosas á nuestra sagrada Religion; pues aunque se habla por boca de una Gentil, no es esta razon suficiente para que dexe de causar desagrado al delicado y católico modo de pensar de la Nacion Española ; y ciertamente me causaba la mayor repugnancia dar á la pluma qualquiera expresion contraria á nuestra santa creencia. Es ademas co-

sa mui sabida el modo con que se explican los Extrangeros (ó por capricho, ó por envidia, que me parece lo mas cierto) quando tratan de nuestros descubrimientos y conquistas de América. Empeñados en probar que el intento de nuestros Reyes Católicos no fué el de propagar la Doctrina Evangélica, se valen de qualquiera ocasion para denigrar la conducta de los Españoles en aquellos Paises; probando quando mas, que algunos de los que allá fueron obraron absolutamente contra las santas intenciones de los Monarcas, que como hombres pudieron equivocar sus elecciones. Pero en esta parte ya está

suficientemente vindicada la conducta de los Españoles en las Reflexîones imparciales que publicó en Italiano el Abate Don Juan Nuix, y tradúxo al Castellano D. Pedro Varela y Ulloa.

Tambien me pareció preciso añadir alguna cosa en la parte perteneciente á la correccion de costumbres. Es cierto que la crítica que de las de Francia se hace en el original, no debemos despreciarla, y aun casi toda nos coge debaxo; pero estamos tan preocupados del amor propio, que nunca nos parece que se habla de nosotros, sino se nos dice francamente que merecemos la reprehension. Esto, y el deseo de

que se aplique é instruya mi sexô, me movieron á que añadiese algunas reflexîones. Son mui pocas las Señoritas que procuran adornar su espíritu con la lectura de libros provechosos. Regularmente empleamos todos nuestros conatos en los adornos del cuerpo, teniendo (digamoslo así) ociosa y abandonada esta alma racional con que nos honró el Ser Supremo, y que nos distingue de los brutos. Esta prerrogativa tan superior debiera mas bien avergonzarnos que envanecernos, si considerasemos el mal uso que hacemos de alaja tan excelente. Me intereso en sumo grado en los adelantamientos de mi sexô;

y ya que mis esfuerzos no pueden ser suficientes para inspirarles otro modo de pensar mas ventajoso, les suplico que apartando á un lado los aparentes obstáculos que puedan impedirles adornar sus almas con conocimientos propios de su nobleza, se apliquen á la lectura de libros morales é instructivos, para que ocupadas en tan útil quanto agradable diversion miren con horror el vicio, y amen la virtud. Una Señorita joven, con conveniencias, y absolutamente separada de todo quanto puede instruirla ¿en qué ha de dar, sino en ocupaciones pueriles, y aun perjudiciales? ¿De dónde procede tanta murmura-

cion, tan pocos sentimientos de humanidad y compasion por las desgracias de nueſtros semejantes? ¿De dónde tanta etiqueta; tanta intension como nos inspira la vagatela de un descuido en una amiga, aunque haya dado pruebas convincentes de amistad y cariño? ¿De dónde el que las diversiones mas fútiles, y tal vez perjudiciales ocupen nueſtra atencion? ¡Ah! bien se dexa discurrir: de falta de instruccion: acostumbradas desde la niñéz á ocupar nueſtras potencias intelectuales en vagatelas pueriles y vergonzosas, nos confundimos y damos por las paredes quando queremos salir de los eſtrechos li-

mites de nueſtros conocimientos, y volvemos irremediablemente al camino trillado.

Señoras, compañeras y amigas mias, hablo por experiencia. Tuve mi temporada en que á pesar del deseo é instrucciones con que mi Padre procuraba inspirarme el guſto á entretenimientos racionales, solo eran mi diversion el paseo, la tertulia, y el adorno exterior sin acordarme del que debia emplear en mi espíritu. Pareciame tener en la cabeza una Biblioteca de lo mas selecto que se ha escrito con la lectura de las Comedias de Calderon, las Novelas de Doña Maria de Zayas, y otras obras de eſte jaez: era

aficionadisima à leer, pero tenia tan mala eleccion, y las ocupaciones dexaban á mi Padre tan poco tiempo para dirigirme, que llegó el caso de serme desagradable todo lo que no fuese un puro desatino. Pero mi hermano, que tenia tanta, ó mas aficion que yo á la lectura; que habia tenido mejor eleccion; que se condolia de verme perder el tiempo y la vista en leer tantos y tan inútiles despropositos; y que ultimamente tenia mas tiempo de vagar para tomar por su cuenta mi reforma, me fué cebando con libros proporcionados á mi situacion, que me fueron sacando de aquella casi estupidez en que me

hallaba sumergida; y ultímamente, no solo consiguiò hacerme leer cosas útiles y agradables, sino el que aborreciese y abandonase todas aquellas patrañas é inútil farrago que tanto me embelesaban. En obsequio de la verdad es preciso confesar la mucha parte que tuvo en estos cortos progresos de mi aplicacion; supo excitar tan bien mi emulacion, que envidiandole el conocimiento que tenia de la Lengua Francesa, y no contentandome ya con la lectura de los libros buenos Castellanos, y algunos Italianos, de cuyo Idioma teniamos algun conocimiento, me dediqué á traducirla, lo que conseguí, á pesar de sus auxi-

llos, con mucho trabajo, pues asi por el gobierno de mi casa, como por los muchos trabajos que me cercan (de que es testigo fidedigno el Pueblo en que vivo) no podia entregarme libremente á su estudio. Finalmente habiendolo conseguido, traduxe esta Obrita que presento al público.

No pienso pedir los perdones acostumbrados en tales casos por los innumerables defectos de que estará llena mi traduccion; solo si diré con la sinceridad que me caracteriza, y de que á mi modo de entender no dexa duda lo que hasta aqui llevo dicho, que la empezé por entretenimiento, sin que me pasase por la imagi-

nacion el darla á la prensa, pero que á ello me obligáron algunos sugetos que me favorecen con su amistad, de modo que me fué preciso condescender.

No dudo que se leerán con agrado las maxîmas morales que contiene. El original es muy apreciado, asi de los Franceses, como de los Españoles que lo conocen: y es cierto que en sumo grado son apreciables asi la sublimidad de los pensamientos, como la pureza y fortaleza del lenguage. No puedo lisongearme de haberles dado en la traduccion toda el alma que tienen en el Original; pero ademas de que este es un achaque de que comunmente

te

te adolecen las traducciones de hombres diestros, cuyos yerros pueden servir de disculpa al atrevimiento de una muger; espero que se aprovecharán de lo bueno mis lectores, y despreciarán lo malo siquiera porque son faltas involuntarias; y ademas cometidas por el deseo de que las Señoritas se aprovechen de la moralidad que contienen, y dar al público este producto de mi aplicacion para animar á las demas Señoras á que se atrevan, y den los de la suya.

En quanto á la Carta que he añadido nada tengo que decir, sino que para ello he tenido razones poderosas (que he consulta-

do) que omito, porque nadie me quitará que haga un tanto quanto de la misteriosa, por lo que no importa un bledo: si fuese (como lo creo) inferior á lo demas de la obra, paciencia: yo no sé mas: hacer cuenta que no la he escrito, no leerla.

Restame solamente hacer una advertencia que parecerá ociosa; y á fe que no lo es. Redúcese á que por la palabra SENTIMIENTO no se ha de entender solamente el que se recibe de alguna pesadumbre, sino tambien por el gusto y complacencia que recibe el alma, segun las diferentes impresiones.

He hecho quanto ha estado de mi parte para que pueda pro-

ducir algun fruto mi trabajo ; y si es inútil agradézcaseme la buena voluntad. Basta de Prologo por la primera vez.

NOTA.

Para evitar equivocaciones se advierte que las Notas del Original se señalarán con números Arábigos , y las llamadas de las añadidas por la Traductora , con esta señal. (*).

[illegible]

[illegible]

[illegible]

par le [illegible]

M[illegible]

Pour [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

INTRODUCCION

HISTORICA

DE LA AUTORA.

No hay Pueblos cuyas noticias acerca de su origen y antigüedad sean tan limitadas como las de los Peruanos, pues sus anales apenas comprehenden el espacio de quatro siglos. Mancocapac fué, segun la tradicion de estos Pueblos, su Legislador y primer Inca. Compadecido el Sol (á quien

llamaban su Padre, y á quien miraban como á su Dios) de la barbarie en que habian vivido por tan largo tiempo, les envió desde el Cielo dos de sus hijos varon y hembra para que les diesen Leyes, y procurasen hacerles racionales, construyendo Ciudades, y cultivando la tierra.

A este Mancocapac, y á su muger Coya - Mama - Oello - Huaco deben los Peruanos los principios, las artes, y las costumbres que por tanto tiempo contribuyeron á formar un Pueblo feliz. Las circunstancias en que se hallaban quando llegaron á sus costas los Españoles, no

podian ser mas favorables para facilitar su conquista. Habia mucho tiempo que se hablaba de un antiguo Oraculo que anunciaba: QUE DESPUES DE UN CIERTO NUMERO DE REYES, LLEGARIAN A SU PAIS UNOS HOMBRES EXTRAORDINARIOS, Y NUNCA VISTOS, QUE SE APODERARIAN DE SU REYNO, Y DESTRUIRIAN SU RELIGION.

Aunque la Astronomía era uno de sus principales Estudios, se asombraban con los prodigios, como sucede á otros muchos Pueblos. Tres círculos que se habian percibido alrededor de la Luna, y con particularidad algunos co-

metas, difundieron el terror por todas las clases: una águila perseguida por otros páxaros; las olas del Mar que rompieron la linea de sus límites; todo en fin hacia la prediccion tan infalible como funesta.

El hijo mayor del septimo de los INCAS, cuyo nombre anunciaba en la lengua Peruana la fatalidad de su época (1) habia visto en otro tiempo una figura mui diferente de la de los Peruanos. Tenia la barba larga, una ropa que cubria al espectro hasta los pies, y un animal desconocido

(1) Llamábase YAHUARHUOCAC, que literalmente quiere decir LLORA SANGRE.

que llevaba del diestro ; todo esto, pues habia asombrado al joven Príncipe, á quien el fantasma habia dicho que era hijo del Sol, hermano de Mancocapac, y que se llamaba Viracocha.

Esta fábula ridícula se habia conservado por desgracia con crédito entre los Peruanos; y quando vieron á los Españoles con barbas grandes, las piernas cubiertas, y cavalgados sobre unos animales, de cuya especie jamas habian tenido el menor conocimiento, creyeron ver en ellos al hijo del Viracocha, que se habia llamado hijo del Sol : y de aqui nació que su Conquistador,

se hiciese apellidar de los Embajadores que comisionó, descendiente del Dios que adoraban.

Todo se postraba y rendia en su presencia : los Pueblos son los mismos en todo el mundo, y los Españoles fueron reconocidos casi generalmente por Dioses. Viendo los Peruanos que los Caballos Españoles mascaban sus frenos, se imagínaron que estos monstruos domados, (à quienes dirigian parte de su respeto , y tal vez de su culto) se alimentaban de metales; por lo qual buscaban el oro y plata que tenian, y los rodeaban á cada instante con sus ofrendas. Esta noti-

cia basta para dar una idea de la simplicidad de estos Pueblos.

En vano separaban espacios infinitos las ciudades del Sol de nuestro emisferio : los Españoles vencieron estos obstaculos, y de ellas hicieron tal vez su mas precioso dominio. ¡ Qué cosa tan extraordinaria no parecería á estos atrevidos Conquistadores, los Jardines del Templo del Sol, en donde los árboles, los frutos, y las flores eran de oro, trabajados con un artificio desconocido en Europa! Las paredes del Templo adornadas del mismo metal; un número infinito de Estatuas cu-

biertas de piedras preciosas, y cantidad de otras riquezas desconocidas hasta entonces deslumbraron á algunos de los Conquistadores de estos Pueblos, y era indispensable el exceso á la vista de tantas riquezas.

Un analisis de las costumbres de estos Pueblos tan corto como el que se acaba de hacer de sus conquistas terminarán la introduccion que se ha creido necesaria á las Cartas que se siguen.

Generalmente hablando eran estos Pueblos francos y humanos. El amor que profesaban á su Religion los hacia rígidos observadores de las leyes, que miraban

como obra de Mancocapac, hijo del Sol á quien adoraban.

Aunque este Astro fuese el único Dios á quien dedicasen Templos, reconocian, sin embargo, un Dios criador, y superior á el, á quien llamaban Pachacamac; que para ellos suponia tanto como si dixeramos el grande nombre. La palabra Pachacamac se pronunciaba rarisimas veces, y en tal caso con señales de una admiracion suma. Veneraban mucho á la Luna, á quien trataban como hermana y muger del Sol. Mirabanla como á Madre de todas las cosas; pero creian, como todos los Indios, que causa-

ria la destruccion del mundo, dexandose caer sobre la tierra, y reduciendola con su caida á la nada. El Trueno, llamado por ellos YALPOR, los relámpagos y los rayos, eran tenidos entre ellos por los Ministros de la Justicia del Sol; y no contribuyó poco esta idea á fomentar el santo respeto que les inspiraban los primeros Españoles, creyendo que sus armas de fuego eran los instrumentos del trueno.

La opinion de la inmortalidad del alma estaba recibida entre los Peruanos; y creïan, como la mayor parte de los Indios, que iba á unos lugares descono-

cidos para ser remunerada segun sus merecimientos, esto es con el premio ó castigo segun sus méritos.

El oro y todo lo mas precioso que tenian, componia las ofrendas que tributaban al Sol. El Raymi era la principal fiesta que celebraban en honor de este Dios, al qual presentaban en una copa Maiz, que era una especie de licor fuerte que los Peruanos hacian extraer de una de sus plantas, y de que bebian hasta embriagarse despues de los sacrificios.

El soberbio Templo del Sol se mandaba por cien puertas; y

el Ynca reynante, que ellos llamaban Capa-Ynca, era el único que tenia potestad para mandarlas abrir, y á quien únicamente pertenecia el derecho de entrar en lo interior de él.

Las Vírgenes consagradas al culto del Sol se educaban en el Templo casi desde que nacian, y guardaban perpetua virginidad, baxo la conducta de sus Mamas, ó Gobernadoras, á menos que las Leyes no las destinasen á casarse con los Yncas, que siempre debian enlazarse con sus hermanas, ó en su defecto, con la primera Princesa de la Sangre, que era una Vírgen del Sol. Una de

las principales ocupaciones de estas Vírgenes era el trabajar con sus propias manos las diademas de los Yncas, las quales se reducian á una especie de franja, que componia todo su adorno y riqueza.

El Templo estaba adornado de diferentes Idolos de los Pueblos que los Yncas habian sometido á su dominio, despues de haberles hecho abrazar el culto del Sol. La riqueza de los metales y piedras preciosas que lo hermoseaban, le daban una brillantez y magnificencia, dignas, á su parecer, del Dios á quien rendian sus holocaustos y veneracion.

La obediencia y respeto de los Peruanos para con sus Reyes estaban fundados en la opinion admitida entre ellos de que el Sol era el Padre de estos Reyes, pero la inclinacion y el amor que les profesaban, eran fruto de sus propias virtudes, y de la equidad de los Incas.

Educábase entre ellos la juventud con el esmero y cuidado que exîgia la sencillez de su moral. La subordinacion no causaba sobresalto alguno á estas gentes, porque desde mui temprano se les demostraba la necesidad, y porque el orgullo y la tiranía no tenian parte en ella. La modes-

tia y el respeto recíproco eran los primeros fundamentos de la educacion de los jóvenes : atentos á la correccion de sus primeras faltas, contenian los que estaban encargados de su instruccion los progresos de una pasion recien nacida (1) ; ó los dirigian al bien de la Sociedad. Es cierto que hay virtudes que suponen otras muchas ; y para dar una idea de las de los Peruanos basta decir, que al arribo de los Españoles, pasaba por hecho constante que un Peruano jamas habia mentido.

(1) Veanse sus ceremonias y costumbres religiosas. Disertaciones sobre los Pueblos de América : cap. 13.

Los Amautas, Fílosofos de esta Nacion, enseñaban á la juventud los descubrimientos que se habian hecho en las ciencias. Hallábase todavia la nacion en su infancia en quanto á esta parte; pero en la fuerza de su felicidad.

Tenian los Peruanos ménos luces, ménos conocimientos, y ménos artes que nosotros; pero sin embargo lo bastante para que no les faltase cosa alguna de lo necesario.

Los Quapas, ó los Quipos (1) les equivalian á nuestra escri-

(1) Tambien estaba admitido el uso de los Quipos del Perú en muchos Pueblos de la América Meridional.

tura. Unos cordones de algodon ó de pita á los quales estaban unidos otros de diferentes colores, les traian á la memoria, por medio de unos nudos colocados de distancia en distancia, las cosas de que querian acordarse; y aun les servian de Anales, Códigos, y Rituales, &c.

Tenian unos Ministros, ú Oficiales públicos llamados QUIPOCAMAYOS, á cuya custodia confiaban los QUIPOS. Los asuntos de la Real Hacienda, las cuentas, los tributos, todos los negocios, todas las combinaciones, se trataban fácilmente con los QUIPOS, tanto como pudieran si hu-

biera llegado á su noticia el uso de la escritura.

El prudente Legislador del Perú Mancocapac, hizo sagrado el cultivo de las tierras: haciase de mancomun, y los dias destinados á este trabajo, lo eran de fiesta y alegria. Varios canales de una prodigiosa extenſion, diſtribuian por todas partes la freſcura y la fertilidad: pero lo que apenas ſe puede concebir es, como ſin instrumento alguno de hierro ó de acero, y ſolo á fuerza de brazos, pudieron los Peruanos traſtornar rocas, atravesar montañas altísimas para conducir ſus soberbios aqüeductos, y

los caminos ó calzadas de comunicacion de que eſtaba lleno todo el pais.

Sabiase en el Perú toda la Geometría que era necesaria para la medida y reparticion de las tierras. La Medicina era una ciencia ignorada, aunque sabian el uſo de algunos secretos para ciertas enfermedades particulares. GARCILASO dice que tenian una eſpecie de Música, y aun cierto género de Poesía. Sus Poetas, llamados HASAVEC componian ciertas especies de Tragedias y Comedias que los hijos de los CACIQUES (1)

(1) CACIQUES, especie de Gobernadores de Provincia.

ó de los CURACAS (1) repreſentaban en sus dias feſtivos, en preſencia de los Incas, y de toda la Corte.

La Moral, y la Ciencia de las Leyes útiles al bien de la Sociedad eran las únicas coſas que los Peruanos habian aprendido y en que habian hecho algun progreso. ES PRECISO CONFESAR (2) dice un

(1) Soberanos de una Provincia pequeña; y que nunca se ponian delante de los Incas y las Reynas, sin presentarles un tributo de las curiosidades que producia la Provincia que tenian á su mando.

(2) Puffendorff, Introduccion á la Historia.

Historiador, QUE HICIERON COSAS TAN GRANDES, Y QUE ESTABLECIERON UNA POLICIA TAN BUENA, QUE SE HALLARAN POCAS NACIONES QUE SE PUEDAN LISONGEAR DE HABERLOS SUPERADO EN ESTE PUNTO.

CARTAS
DE UNA
PERUANA.

CARTA I.

Aza mio; mi amado Aza: los lamentos de tu tierna Zilia, parecidos al vapor de la mañana, se exhalan y disipan antes de llegar á ti. En vano te llamo, é imploro tu socorro; en vano espe-

ro que vengas á romper las cadenas de mi esclavitud. Ay de mi ! ¡ Tal vez son mas terribles y espantosas las desgracias que ignoro ! ¡ Tal vez tus males exceden á los mios !

El desastre de la Ciudad del Sol destrozada por el valor de una Nacion desconocida, deberia hacer correr con abundancia mis lágrimas : pero mi dolor, mis temores, mi desesperacion, solo son por ti ; tu solo los ocasionas.

¿ Qué te has hecho en este horroroso tumulto, amada alma de mi vida ? ¿ Acaso te ha sido funesto ó inútil tu valor ? ¡ Cruel alternativa ! ¡ Mortal inquietud!

¡ O mi querido Aza ! Salvese tu preciosa vida, y mas que yo me agovie, si es preciso, bajo el insufrible peso de los males que me oprimen.

Despues de aquel momento terrible ; (que debiera haber sido arrancado de la cadena del tiempo, y vuelto á sumergir en las ideas eternas,) despues de aquel momento de horror, en que estos advenedizos me separáron del culto del Sol, de mi misma, y de tu amor ; aprisionada en un estrecho cautiverio ; privada de toda comunicacion con nuestros ciudadanos ; ignorando el idioma de estos hombres terribles, cuyas

cadenas arraſtro, no experimento otra coſa que los efectos de la desgracia, sin poder adivinar la causa. Sumergida en un abiſmo de obſcuridad, ſon mis dias parecidos á las noches mas tenebroſas y eſpantoſas. (*)

(*) Ni estas, ni otras expresiones semejantes deben causar extrañeza en boca de Zilia. Lo primero, porque no era para ménos lo novedad y revolucion que indispensablémente se notaría en el reyno con un acontecimiento tan extraordinario. Lo segundo, porque segun sus ritos, y creencia debian parecerle sacrílegos aquellos hombres que atropellaban unos Templos, que aunque de Idolos, eran en opinion de aquellos Pueblos tan sagrados como qualesquiera otros. Y últimamente porque teniendo presente las

No solo no ſe compadecen mis uſurpadores de mis lamentos y amargas quexas, pero ni aun

---

guerras civiles que por tantos años reynáron entre varios de los que concurrieron á la conquista de aquel Imperio, era conseqüencia precisa el que se cometiesen algunos desórdenes. Con efecto, una de las víctimas que la Soldadesca sacrificó á su barbarie fué el mismo Conquistador, y primer Virey D. Francisco Pizarro, (de cuya conducta hacen muchos elógios los mismos Historiadores Franceses) hasta que últimamente lo apaciguó todo con el castigo de los culpados el Lic. Pedro de la Gasca. De estos hechos, en que el Gobierno Español, ni la mayor parte de los Castellanos tuvieron parte alguna, se valen los Extrangeros para denigrar nuestra conducta en aquellos paises; queriendo sin duda, que fuesen Angeles, quando

de mis abundantes y copiosas lágrimas; y sordos á mi lenguage, no comprehenden mejor los gritos de mi desesperacion.

¿Qué pueblo habrá tan feroz que no se conmueva á las señales expresivas de un dolor profundo? ¿En qué árido desierto se hallan humanos insensibles á la voz de la naturaleza quando gime y solloza? Aza mio ¿cómo podrás haberte escapado del furor de estos

---

ellos mismos fuéron en las suyas hombres, y muy hombres. Pero á todas sus invectivas y detracciones respondió nuestro D. Antonio de Solís, diciendo que ,, esto es confundir la substancia con los accidentes. ,, A esto no sé ni que haya que añadir, ni que responder.

hombres? ¿A dónde estas? ¿Qué haces? Si mi vida te interesa avísame de tu destino.

¡Ay de mi, quanto se ha cambiado el mio! ¿Cómo es posible que unos dias tan parecidos entre sí, tengan con relacion á nosotros tan funestas diferencias? El tiempo se desliza; las tinieblas de la noche suceden á la claridad del dia; ningun desarreglo ó trastorno se nota en la naturaleza; y yo, sin ventura, desde la suprema felicidad me he desplomado en el horror de la desesperacion, sin que ningun intervalo, ó antecedente me haya preparado para esta espan-

tosa, é imprevista mudanza.

Bien lo ſabes ¡O delicias de mi corazon! bien sabes que aquel dia horrible, aquel dia para siempre espantoſo, debía publicar el triunfo de nuestra union. Apenas empezaba á romper el Alva quando impaciente de executar un proyecto, que mi ternura me habia sugerido en el silencio de la noche, corrí apresurada adonde eſtaban mis QUIPOS (1);

(1) Un gran número de cordoncillos de diferentes colores de que los Indios se servian por falta de escritura para el pago de las Tropas, y el encabezamiento del Pueblo. Algunos dicen que tambien se servian de

y aprovechandome del silencio que aun reynaba en el Templo, me di priesa á anudarlos, con la esperanza de que con su socorro haria inmortal la historia de nuestro amor y felicidad.

Al paso que trabajaba, me parecia ménos díficil la empresa: de un momento á otro se iba haciendo este monton innumerable de cordones, colocados y dispuestos por mis dedos, una pintura fiel de nuestras acciones y sentimientos, asi como fuéron en otras ocasiones los intérpretes de nuestros

ellos para transmitir á la posteridad las acciones memorables de sus Incas.

penſamientos, en aquellos largos intervalos que paſábamos sin vernos.

Entregada con todos mis sentidos y potencias á aquella gustosa ocupacion, me olvidaba, por decirlo asi, del tiempo, quando un ruido confuſo deſpertó mi eſpíritu enagenado, y estremeció mi corazon.

Creí que habia llegado el momento dichoso, y que las cien puertas (1) ſe abrian para dexar libre el paſo al Sol de mis dias: oculté precipitádamente mis QUIPOS

(1) En el Templo del Sol habia cien puertas, y el Inca solo tenia facultad para mandarlas abrir.

debaxo de un pliegue de mi vestido, y corrí á salirte al encuentro.

Pero ¡ Qual fué el horrible espectaculo que se presentó á mi vista ! Jamas podrá borrarse de mi memoria su idea espantosa. Las losas del Templo cubiertas de sangre ; la imagen del Sol atropellada á los pies de los Soldados; estos enfurecidos persiguiendo à nuestras Vírgenes aturdidas y temerosas ; nuestras MAMAS (1) de la misma manera amedrentadas huyendo del furor de sus truenos;

(1) Especie de Rectoras de las Vírgenes del Sol.

los gemidos del aſombro, los gritos de la furia y la deſesperacion, que por todas partes difundian el horror y el eſpanto, me priváron de todos mis ſentidos.

Recobrados eſtos me hallé por un movimiento natural y casi involuntario, eſcondida detras del altar al qual eſtaba abrazada. Allí inmóvil con suſto, veia pasar á aquellos hombres, y el temor de ser deſcubierta detenia haſta mi respiracion.

Sin embargo noté que se diſtraian á vista de los ornamentos precioſos repartidos por el Templo; que se apoderaban de aquellos que reſplandecian; y juzgan-

do que aquellos metales serian el objeto de ſu incursion, creí que no oponiendome á ſus designios podia evitar el que me persiguieſen. Con esta idea diſpuſe ſalir del Templo, hacer que me conduxeſen á Palacio, y pedir al CAPA-INCA (1) socorro y asilo para mis compañeras y para mí; pero á los primeros paſos que di para alexarme, ſentí que me detenian. ¡O mi querido Aza! ¡aun tiemblo con la memoria del ſuceso! Estos impios se atrevieron á poner sus manos ſacrílegas ſobre una hija del Sol.

(1) Nombre génerico de los INCAS reynantes.

Arrebatada y sacada ignominiosamente fuera de aquella habitacion sagrada, vi por la primera vez el umbral de la puerta celestial, por donde no debia pasar sino adornada con las vestiduras reales. (1) En lugar de las flores que en tal caso se hubieran esparcido por los sitios por donde habia de dirigir mis pasos, hallé los caminos cubiertos de sangre, y Soldados moribundos: en lugar de los honores del Trono que debia participar contigo, fuí encerrada en una obscura prision, y el

(1) Las Vírgenes consagradas al culto del Sol entraban en el Templo casi desde que nacian, y no salian sino el dia de su boda.

sitio que ocupaba en el universo eſtaba limitado y reducido á la extension de mi ser. Una eſtera humedecida con mi llanto recibia mi cuerpo fatigado con los tormentos de mi alma, pero ¡ ó amado apoyo de mi vida, quan ligeros ſon todos eſtos males, si sé que tu reſpiras!

Enmedio de eſte horrible trastorno, he podido, no sé porque dichoſo acaſo, conservar mis QUIPOS. Yo los poseo, mi amado Aza; eſte es hoy dia el único teſoro de mi corazon, pues que servirá de intérprete así á tu amor como al mio. Los miſmos nudos que te noticiarán mi exiſtencia, me inſtrui-

rán de tu ſuerte anudados con tus manos. ¡ Ay de mí ! ¿ por qué medios podré hacer que lleguen á ellas ? ¿ por qué camino me los devolverás ? Aun lo ignoro ; pero el miſmo apurado sentimiento que nos ſugirió la invencion de su uso, nos hará discurrir los medios de engañar la vigilancia de nueſtros conquistadores. Qualquiera que sea el CHAQUI (1) fiel que ponga en tus manos este precioſo depósito, jamas ceſaré de tener envidia á ſu felicidad. ¡ El te verá, mi amado Aza ! y yo daria todos los dias que el Sol me deſtina de

(1) Mensagero.

vida, por gozar un solo momento de tu amable presencia. El te verá, amado Aza mio! El sonido armoniofo de tu voz llenará su alma de respeto y temor; el qual produciria en la mia la alegria y la felicidad. El te verá, y cerciorado de que vives, bendecirá en tu presencia los dias de tu vida; mientras que abandonada á una mortal incertidumbre, la impaciencia de tu regrefo secará la sangre de mis venas ¡ó mi adorado Aza! Todos los tormentos de las almas tiernas se hallan juntos en mi corazon: un folo momento de tu presencia los disiparia, y yo diera voluntáriamente mi vida á precio de gozarla.

CARTA II.

¡El árbol de la virtud, ó mi amado Aza, extienda para siempre su benéfica sombra sobre la familia del piadoso ciudadano, que ha recibido debaxo de mi ventana el miſterioſo texido de mis pensamientos, y que los ha pueſto en tus manos! PACHACAMAC (1) prolongue la carrera de ſus años en recompensa de la destreza con que ha hecho que lleguen á las mias los divinos placeres de tu reſpueſta.

(1) Dios Criador, mas poderoso que el Sol.

Los tesoros del amor se me han abierto y franqueado de par en par : en ellos gozo una alegria deliciosa, con que se embriaga mi alma. Quando voy desanudando los secretos de tu corazon se baña el mio en un mar de aguas perfumadas. Tu vives, y aun no estan rotas las cadenas que debian enlazarnos. Tanta felicidad era el objeto de mis deseos, pero no el de mis esperanzas.

En el abandono en que me hallaba de mí misma, todos mis temores se reducian al recelo de tu desgracia : pero ¿ tu vida está segura ? ya se acábaron para mí las desgracias. Tu me amas, y el

placer casi extinguido, renace en mi corazon. Hallo un gusto deliciosísimo en la confianza de agradar y complacer al objeto de mis amores; pero no por eso echo en olvido que te debo todo quanto te dignas aprobar en mí. Así como la rosa toma la brillantez de sus colores de los rayos del Sol, de la misma manera los encantos y atractivos que hallas en mi espíritu y en mis sentimientos no son mas que los beneficios de tu brillante talento: nada hay en mí sino mi ternura.

Si tu fueras un hombre ordinario, me hubiera quedado sumergida en la ignorancia á que

por lo comun eſtá condenado mi sexô ; pero tu alma superior á las coſtumbres, las ha mirado como otros tantos abusos: tu has superado todos los inconvenientes para elevarme hasta ti: tu no has podido llevar con paciencia que mi ser semejante al tuyo, fuese reducido á la mezquina ventaja de dar la vida á tu poſteridad : tu quisiſte que nueſtros divinos AMAUTAS (1) adornasen mi talento con sus sublimes conocimientos : pero ¡ ó luz de mi vida! sin el deseo de

(1) Filósofos Indios.

agradarte ¿cómo hubiera yo podido resolverme á abandonar mi tranquila ignorancia, por la penosa ocupacion del eſtudio? Sin el deseo de captarme tu estimacion, tu confianza y tu respeto, por medio de unas virtudes que fortifican el amor, y que el amor hace tan lisongeras; yo no hubiera sido mas que un objeto de recreo á tus ojos, y la ausencia me hubiera ya borrado de tu memoria.

¡Ay de mí! si aun me amas ¿por qué soy esclava? Quando vuelvo los ojos ácia las paredes que me aprisionan, se auyenta

mi alegría ; el horror se apodera de mí , y mis temores ſe renuevan. A ti no te han privado de la libertad ; y no vuelas en mi socorro ! Ya eres sabedor de mi suerte ¡ y aun no se ha cambiado! No , mi querido Aza , estos Pueblos que tú llamas Españoles , no te tienen tan en libertad como á ti te parece ; y veo tantas señales de esclavitud en los honores que te rinden, como en la cautividad en que me tienen aprisionada.

La miſma bondad de tu corazon te engaña y seduce : parécente sinceras las promeſas que eſas gentes te hacen por medio de ſu intérprete , porque las tuyas

ſon inviolables ; pero yo que no entiendo ſu lenguage , yo que tal vez no les pareceré digna de ſer engañada ; yo en fin veo y penetro sus fines y acciones.

Tus vaſallos los miran como Dioſes , y se ponen de ſu parte; ¡ O mi amado Aza ! ¡ deſgraciado el pueblo que procede impelido del temor ! Sálvate de eſte error; deſconfia de la bondad aparente de esos Extrangeros. Abandona tu Imperio, pues que Viracocha ha predicho de antemáno ſu destruccion. Compra tu vida y tu libertad á precio de tu póder , soberanía, grandeza , y tesoros : en tal caſo ſolo te reſtarán los dotes

de la naturaleza, y será lo ſuficiente para aſegurar la tranquilidad de nueſtros dias.

Ricos con la poſesion de nueſtros corazones; grandes por nuestras virtudes, y poderoſos por nueſtra moderacion, irémos á una cabaña á gozar del cielo, de la tierra, y de mayor ternura. Tu ſerás mas Rey con el dominio de mi alma, que no dudando del afecto de un pueblo innumerable: mi ſumision á tus voluntades te proporcionará el placer de mandar sin tiranía: obedeciendo tus preceptos, haré que reſuenen por todo tu Imperio los cantos que me inspire la alegría: tu diade-

ma (1) será siempre obra de mis manos; y solo perderás de tu soberanía los cuidados y las fatigas.

¿ Quántas veces, ó amada alma de mi vida, te lamentaſte de las obligaciones y cargos de tu alta gerarquía? ¿ Quántas veces, las ceremonias de que iban acompañadas tus visitas, te hiciéron envidiar la suerte de tus vaſallos? Tu que ſolo hubieras querido vivir para mí ¿ temerás al preſente perder tantas ſujeciones? ¿ No soy yo aquella miſma Zilia, cuya

(1) La diadema de los Incas era una especie de franja; obra de las Vírgenes del Sol.

posesion hubieras preferido á la de tu Imperio? No lo puedo creer: mi corazon no se ha mudado ¿ por qué lo ha de haber hecho el tuyo?

Yo amo; yo veo siempre á aquel mismo Aza que reyna en mi alma y albedrío desde el primer momento que se presentó á mi vista: no se me aparta un punto de mi memoria aquel venturoso dia, en que tu Padre, mi soberano Señor, te hizo partícipe por la primera vez de la facultad, reservada únicamente á su persona, de entrar en lo interior del Templo (1): traigo á la me-

(1) Los Incas reynantes eran los únicos que tenian derecho de entrar en el Templo del Sol.

moria el agradable espectáculo de nueſtras Vírgenes juntas, cuya belleza aumentaba el órden admirable con que eſtaban colocadas, así como en un jardin las mas brillantes flores reciben un nuevo eſplendor con ſu colocacion simétrica.

Tu te preſentaſte enmedio de noſotras como el Sol en ſu Oriente, cuyos tiernos crepúſculos anuncian y preparan la serenidad de un hermoſo dia: el fuego de tus ojos derramaba sobre nueſtras mexillas el amable colorido de la modeſtia: un embarazo ingenuo tenia como en cautiverio nueſtras miradas; una bri-

llante alegría resplandecia en las tuyas; jamas habias tu visto tantas hermosuras juntas. Nosotras no habiamos visto en toda nuestra vida mas que al Capa-Inca: la admiracion y el silencio reynaban por todas partes. Yo no podré decir quales eran los pensamientos de mis compañeras; pero por mi parte; qué sentimientos tan extraños asaltáron mi corazon! Aquella fué la primera vez en que sentí en mí turbacion é inquietud, y al mismo tiempo un placer desconocido. Viéndome confusa con las agitaciónes de mi alma, quise ocultarme á tu vista; pero tu dirigiste acia mí tus pa-

ſos, y el respeto me detuvo.

¡O mi amado Aza! Siempre me será agradable la memoria de eſte primer momento de mi felicidad. El son de tu voz, así como el melodioſo canto de nuestros himnos, difundió por todas mis venas el suave temblor, y el santo reſpeto que nos inſpira la preſencia de la Divinidad.

Trémula y turbada, la timidez me usurpa hasta el uso de la voz: animada en fin con la dulzura de tus palabras, me atreví á dirigirte mis miradas, y se encontráron con las tuyas. No, la muerte no será capaz de borrar de mi memoria los tiernos movi-

mientos de nueſtras almas, que se encontráron y confundiéron en un inſtante.

Si noſotros dudáramos, ó mi querido Aza, de nueſtro orígen, eſte rayo de luz confundiria nuestra incertidumbre. ¿ Quién sino el Príncipe del fuego, hubiera podido infundirnos eſta viva inteligencia de los corazones, comunicada, repartida y extendida con una rapidez tan inexplicable?

Era yo aun demasiado ignorante acerca de los efectos del amor para no engañarme. Llena mi imaginacion de la sublime Teología de nueſtros Cuci-

PATAS (1), creí que el fuego que me animaba era una agitacion Divina: creí que el Sol me manifestaba su voluntad, sirviéndole tu de órgano, y que me elegia por su esposa predilecta (2): esta idea me costó algunos suspiros; pero despues de que te ausentaste examiné mi corazon, y no hallé mas que tu imágen.

¡ O mi amado Aza, que mudanza tan grande ocasionó en mí tu presencia! Todos los objetos que se presentaban á mi vista me pareciéron nuevos; y creí que era

(1) Sacerdotes del Sol.

(2) Habia una Vírgen escogida para el Sol que nunca se podia casar.

la primera vez que veia á mis compañeras: ¡O quan hermoſas me pareciéron! yo no podia ſufrir su preſencia. Sola, y apartada de su viſta me entregaba á mi ſabor á la turbacion de mi alma, quando una de ellas vino á sacarme de mi letargo, dándome con sus palabras nuevos motivos para volverme á entregar á él. Díxome pues que siendo yo tu parienta mas cercana eſtaba deſtinada á ser tu eſposa, luego que mi edad permitiese la union.

Yo ignoraba las leyes de tu Imperio (1) mas despues de ha-

(1) Las Leyes de los Indios obligaban á los

berte viſto, quedó mi corazon demaſiadamente iluminado para no llenarse de la idea de la felicidad de ſer tuya; sin embargo como eſtaba acoſtumbrada al nombre sagrado de Eſpoſa del Sol, léjos de conocer toda ſu extension, limitaba mis esperanzas á solo verte todos los dias, adorarte, y ofrecerte holocaustos como á él.

Tu fuiste, mi amado Aza, tu fuiſte quien en lo sucesivo colmaſte mi alma de delicias, haciéndome ſaber, que la auguſta cla-

---

INCAS á caſarse con sus hermanas, y en su defecto con la primera Princesa de la Sangre Real que era Vírgen del Sol.

se de tu esposa, me asociaria á tu corazon, á tu trono, á tu gloria, y á tus virtudes: que gozaria sin intermision de aquellas conversaciones tan escasas y cortas para nuestros deseos; de aquellas conversaciones que adornaban mi espíritu con las perfecciones de tu alma, y que añadian á mi felicidad la deliciosa esperanza de contribuir al aumento de la tuya algun dia.

¡O mi adorado Aza, quanto lisonjeó mi corazon en otro tiempo la impaciencia que te causaba mi extremada juventud, pues que tardaba nuestra union! ¡Quan largos y prolixos te pareciéron los

dos años que pasáron, y sin embargo quan corta ha sido su duracion! ¡Ay de mí! El momento dichoso llegó por fin ¿qué fatalidad pudo hacerlo funesto? ¿Quién es, quién persigue la inocencia y la virtud? ¿O qual es el terrible poder que nos ha separado de nosotros mismos? El horror se apodera de mí; mi corazon se hace pedazos con el dolor; y mis lágrimas inundan los nudos que tengo entremános. . ¡Aza! ¡mi amado Aza! No puedo....

CARTA III.

Tu eres, amada luz de mis dias, tu eres quien me vivifica: ¿ querria yo conservar mi vida, sino estuviera segura de que la muerte no ha cortado de un solo golpe el hilo de tus dias y los mios? Ya miraba cercano el momento en que aquella chispa del fuego Divino con que el Sol anima nuestro ser, iba á extinguirse: la Naturaleza activa y laboriosa se preparaba ya para dar nueva forma á la porcion de materia que le pertenece: me veia morir: ya perdias para siempre la mitad de ti mismo;

quando mi amor me volvió á la vida, de que te hago sacrificio, y ofrezco en holocausto. Pero ¿ cómo podré yo darte noticia de las cosas tan extraordinarias que me han sucedido? ¿ cómo podré traer á la memoria unas ideas, que me confundiéron en el momento que las recibí; y que el largo tiempo que ha pasado desde entonces hace mucho ménos inteligibles?

Apenas, mi querido Aza, habia confiado á nuestro fiel Chaqui, el último texido de mis pensamientos, quando sentí un gran ruido y movimiento en nuestra habitacion. A cosa de media noche viniéron dos de mis robado-

res, y me ſacáron de mi obscuro retiro con tanta precipitacion, como quando me arrebatáron del Templo del Sol.

No te podré decir porqué camino me conduxeron; porque solo se caminaba de noche, y por el dia nos deteniamos en medio de unos áridos desiertos, sin hacer diligencias para buscar asilo alguno donde recogernos. A poco rato caí deſmayada á impulſos del cansancio, y me hiciéron conducir en no sé que HAMACA (1) cu-

(1) Especie de cama colgante de que se sirven los Indios para paſar de un parage á otro.

yo movimiento me fatigaba tanto como si camínara á pie.

Ultimamente luego que llegamos, segun las apariencias, al sitio donde nos dirigíamos, una noche me conduxéron nueſtros conquiſtadores sobre sus brazos á una caſa, cuyos contornos, á peſar de la obſcuridad, me pareciéron en extremo impracticables. Colocáronme en un sitio mucho mas eſtrecho é incómodo que el de mi primera prision. Pero ¡O mi amado Aza! ¿Cómo podré perſuadirte lo que apenas puedo comprehender yo miſma, á no ser que tengas preſente, y estés seguro de que jamas mancilló sus labios

con la mentira una hija del Sol? (1) Esta, que á mi parecer era muy grande por la cantidad de perſonas que contenia; eſta casa como colgante, y sin estar fixada en tierra, estaba en un continuo balanceamiento.

Seria preciso, ó luz de mi eſpíritu, que TICAIVIRACOCHA hubiera colmado mi alma como la tuya de ſu divina ciencia para poder comprehender este prodigio. Todo lo que he inferido es que esta habitacion no fué conſtruida por un ente amigo de los hom-

(1) Pasaba por constante que jamas habia mentido un Peruano.

bres ; porque algunos momentos deſpues de haber entrado en ella, su movimiento continuo , agregado á un olor fétido y mal sano, me ocasionáron un mal tan violento , que aun me pasmo de no haber perecido á su impulso ; pero eſto no era mas que un preludio de mis penas.

De allí á muchos dias en que ya me hallaba casi enteramente recobrada , me arrancó de los brazos del sueño por la mañana un ruido mas eſpantoſo que el del YALPOR. Eſte ocasionaba en nuestra habitacion unos vayvenes tan terribles , como los que ocasionará la caida de la Luna , quando

reduzca á polvo el Univerſo (1). Una multitud de gritos que se agregaban á eſte espantoſo ruido lo hacian mucho mas terrible : un horror secreto, que se apoderó de mis sentidos, no excitaba en mi alma mas idea que la de la destruccion del Univerſo entero. Creí que el peligro era univerſal : temí el fin de tus precioſos dias ; y últimamente ſe acrecentó mi eſpanto haſta el último extremo á la viſta de una tropa de hombres furioſos, con el roſtro y los veſti-

(1) Creen los Indios que la Luna ocasionará el fin del mundo dexandose caer sobre la tierra.

dos ensangrentados, que tumultuosamente se arrojáron á mi habitacion. No pude sostenerme á la vista de tan horrible espectáculo: la fuerza y los sentidos me abandonáron, y aun en el dia ignoro las conseqüencias de este terrible acontecimiento. Quando volví en mí me hallé en un lecho muy aseado, rodeada de muchos salvages, que ya no eran los Españoles, pero que no me eran ménos desconocidos.

¿Cómo podrás tu figurarte mi sorpresa; hallándome en una habitacion distinta y nueva; entre hombres diferentes de los anteriores, sin poder comprehender, como

ó de qué manera podia haberse hecho semejante mudanza? Al momento cerré los ojos, á fin de que estando mas recogida en mí misma, pudiese cerciorarme de si vivia, ó si mi alma habia abandonado mi cuerpo para transferirse á las regiones incógnitas (1).

Yo te lo confieso; amado Idolo de mi corazon; fatigada con el peso de una vida tan odiosa, cansada de sufrir tanta clase de tor-

(1) Creian los Indios que despues de su muerte iria el alma á unos parages desconocidos para ser recompensada ó castigada segun sus merecimientos.

mentos, agoviada con la insufrible carga de mi destino horrible, miraba con indiferencia el fin de mi vida, que á mi parecer se acercaba. Neguéme constantemente á los socorros que se me ofrecian; de manera que en pocos dias llegué á divisar el fatal momento de mi muerte, pero sin que me pésara en manera alguna.

El decaimiento de las fuerzas enflaquece, ó anonada el sentimiento: ya no recibia mi debilitada imaginacion las imágenes sino como unos leves diseños trazados por una mano trémula: los objetos que mas me habian interesado no excitaban en mí mas que aquella

sensacion vaga que experimentamos quando nos dexamos conducir á un ſueño indeterminado : en una palabra , casi no exîstia.

Eſte eſtado, mi querido Aza, no es tan moleſto como se le ſupone : deſde léjos nos aſusta, porque pensamos en él con todo el vigor de nueſtras fuerzas; pero quando llega , debilitados por la gradacion de los dolores que nos conducen á él , eſte momento decisivo no nos parece otra coſa mas que el del deſcanſo. Sin embargo experimenté que aquella inclinacion natural que durante la vida nos induce á penetrar lo futuro, y aun en aquel que para noſotros

ya no tendrá ser ni exîſtencia, vuelve á cobrar al parecer nuevas fuerzas en el momento de perderlas. Se ceſa de vivir para uno miſmo, y se quiere ſaber como se vivirá en lo que ſe ama.

En uno de eſtos delirios de mi alma fué quando me creí trasladada á lo interior de tu Palacio; y llegué en el momento en que te acababan de dar la noticia de mi muerte.

Fué tanta la viveza con que mi imaginacion me pintó lo que debia paſar, que ni aun la miſma verdad hubiera tenido poder para mas. Yo te ví, mi amado Aza, pálido, desfigurado, privado de ſen-

timientos, tal como un lirio desecado por los ardientes calores del medio dia. ¿Puéde ser algunas veces bárbaro el amor? Yo participaba de tu dolor: yo misma lo excitaba diciéndote tristes adioses: hallaba cierta dulzura, y acaso placer en derramar sobre tus preciosos dias la ponzoña de mis sentimientos y dolores; y este mismo amor que me hacia tan feroz, despedazaba mi corazon con el horror que me causaban tus penas. Ultimamente vuelta en mí como si hubiera salido de un profundo y aletargado sueño, penetrada del sentimiento de tus propios dolores; temerosa de que

ſe cortasen tus dias amables ; pedí ſocorro , y volví á ver la luz del Sol.

¿ Te volveré yo á ver , amado árbitro de mi exîſtencia ? ¡ Ay de mí ! ¿ quién podrá asegurarme que sí ? Yo no sé donde estoy: tal vez es á mucha diſtancia de ti. Pero aunque nos separaran los eſpacios inmensos que habitan los hijos del Sol , la nubecilla ligera de mis pensamientos volaría sin ceſar alrededor de tu adorable perſona.

CARTA IV.

Qualquiera que sea, ó mi adorado Aza, el amor á la vida, las penas lo disminuyen, y la defesperacion lo extingue totalmente. El defprecio que á veces parece que hace de nueftro ser la naturaleza, abandonándolo á su dolor, nos altera primero; y la imposibilidad de evadirnos nos prueba defpues una infuficiencia tan indecorofa, que nos conduce hasta disgustarnos de nofotros mismos.

Ya no vivo en mí, ni por mí: cada instante que respiro es un sacrificio que hago á tu amor; y de

dia en dia se va haciendo mas penoso. Si el tiempo trae algun consuelo á la violencia del mal que me devora y consume interiormente, duplica las penas de mi espíritu. Léjos de aclarar mi suerte, parece que pretende obscurecerla: todo quanto me rodea me es desconocido; es enteramente nuevo para mí: todo interesa mi curiosidad, y nada puede tranquilizarla satisfaciendo sus deseos. En vano hago un continuado uso de mi atencion y mis esfuerzos para entender y ser entendida; porque lo uno y lo otro es igualmente imposible. Fatigada con tantas penas inútiles, me parece que ago-

taré enteramente el manantial que las origína,quitando á mis ojos la impresion que reciben con los objetos, y me he obſtinado por algun tiempo en tenerlos cerrados: ¡esfuerzos inútiles, é infructuosos! Las tinieblas á que voluntariamente me condeno,no sirven de consuelo mas que á mi modeſtia;siempre herida é incomodada con la viſta de eſtos hombres,cuyos servicios son para mí otros tantos suplicios; pero mi alma no eſtá ménos agitada. Encerrada dentro de mí misma se avivan mis inquietudes; y se aumenta violentamente el deseo de expresarlas.

La imposibilidad de darme á entender esparce sobre mis órganos un

tormento no ménos insufrible que los dolores que pudieran tener una realidad mas aparente. ¡O qué cruel es mi situacion! ¡Ay de mí! parecíame que ya entendia algunas palabras de los salvages Españoles, (*) y hallaba en el suyo alguna semejanza con nueſtro auguſto idioma: lisongeábame con la esperanza de que en pocos dias podria explicarme para con ellos; y léjos de hallar la misma ventaja en los nuevos salvages que me tiranízan, se explican con tanta velocidad, que ni aun puedo diſtinguir las inflexiônes de su voz. Todo me induce á creer que no

(*) Los Indios llaman á los Europeos salvages como nosotros á ellos; con que eſtamos pagados.

son de la misma nacion, y segun la diferencia de sus modales y cáracter exterior, se viene con facilidad en conocimiento de que Pachacamac les ha distribuido con extraordinaria desproporcion los elementos de que formó los humanos. El ayre grave y guerrero de los primeros hace ver que estan compuestos de los mas sólidos metales; pero los segundos parece que se escapáron de las manos del Criador, en el momento en que no habia hecho mas que juntar para su formacion el ayre, y el fuego. Los ojos altivos, y los ademanes, y disposicion sombría y reposada de aquellos dan bien á co-

nocer su cáracter aguerrido : el semblante risueño de estos, la dulzura de sus miradas, y una cierta afectacion que se nota en todas sus acciones, y que aparenta ser efecto de su cariño, previenen el sentimiento en favor suyo, pero noto tantas contradicciones en su conducta, que me es preciso suspender el juicio.

Dos de estos salvages no se apartan casi nunca de la cabecera de mi cama : el uno que á mi parecer es el CACIQUE (1) segun su ayre de grandeza y dignidad, me

(1) CACIQUE es una especie de Gobernador de Provincia.

rinde á su modo muchos refpetos: el otro me da una parte de los focorros que exíge mi enfermedad; pero su bondad es dura, fus focorros crueles, y su familiaridad imperiofa.

Defde el primer momento en que vuelta de mi defmayo, y recobrados mis fentidos, me hallé en su poder, este último (que bien lo he notado) mas atrevido que los otros, quiso tomar mi mano, que yo retiré llena de una confusion inexplicable: parécióme que le forprendió mi refiftencia, y sin refpeto á quanto exîgen las leyes de la modeftia, la volvió á coger al momento; con que ya se vé,

débil, moribunda, y pronunciando unas palabras que nadie entendia ¿cómo lo habia de impedir? Túvola asida, mi amado Aza, todo el tiempo que quiſo; y desde eſte momento fué preciſo que yo misma se la diese muchas veces al dia, si queria evitar unos debates que redundaban en deshonor mio.

Eſta eſpecie de ceremonia (1) me parece una ſuperſticion de estos pueblos; creo haber notado que á su parecer eſto tenia alguna conexîon con mi enfermedad;

(1) Los Indios no tenian conocimiento alguno de la Medicina.

pero segun las apariencias es preciso ser de su nacion para conocer los efectos, porque yo he experimentado muy pocos. Continuamente padezco un ardor interior que me consume, y apénas me quedan fuerzas para anudar mis QUIPOS. En esta ocupacion empleo todo el tiempo que mi debilidad me permite: estos nudos que encantan mis sentidos, parece como que dan mas realidad á mis pensamientos: la especie de semejanza, que segun yo imagíno tienen con las palabras, me ocasiona una ilusion que engaña mi dolor: paréceme que te hablo, que te digo, QUE TE AMO, te aseguro

la fidelidad de mis votos, y de mi ternura, y eſte dulce error es todo mi bien y mi única vida. Si el exceso de mi debilidad me obliga á interrumpir mi obra, gimo tu ausencia, y asi entregada toda á mi ternura, no hay momento mio que no te pertenezca.

¡ Ay desventurada! ¿qué otro uso pudiera yo hacer de todos ellos, mi adorado Aza, aun quando tu no fueras el dueño de mi alma? Quando las cadenas del amor no me tuvieran ligada á ti inseparablemente, sumergida en un abismo de obſcuridad ¿podría yo apartar mis pensamientos del que es la luz de mi vida? Tu eres el Sol

de mis dias ; tu les das claridad; tu los prolongas ; todos son tuyos : ¿ tú me amas ? pues viviré guſtosa : ¿ qué podrás hacer por mí ? amarme : pues no necesito mas recompensa.

CARTA V.

¡O quanto he padecido, mi amado Aza, desde los últimos nudos que consagré á tu memoria! La privacion de mis QUIPOS era lo único que faltaba para que llegasen á colmo mis penas; y con efecto desde que mis oficiosos perseguidores conociéron que este trabajo aumentaba mi desfallecimiento, me priváron de su uso.

Por fin ya ha vuelto á mi poder este tesoro de mi ternura, pero ¡ quantas lagrimas no me ha costado! Esta es la única expresion

que me resta para dar á entender mis ſentimientos : ya no me queda mas que el triſte conſuelo de pintarte en ellas mis dolores ¿ cómo podria perderlos sin deſeſperarme?

Mi eſtraño deſtino me ha privado haſta de aquella dulzura y conſuelo que hallan los deſgraciados en la comunicacion de sus amargas penas ; creemos que se nos compadece quando se nos escucha ; una parte de nueſtros peſares se transfiere al semblante de los que nos preſtan ſu atencion ; y sea qual fuere el motivo , esta parece que nos conſuela.

Yo no puedo darme á enten-

der; y por todas partes me rodean las imagenes y expresiones de la alegria: ni aun puedo gozar pacíficamente la nueva especie de desierto á que me reduce la imposibilidad del poder comunicar mis penſamientos. Rodeada de objetos importunos, que turban con ſus atentas miradas la soledad de mi alma, violentan las aptitudes de mi cuerpo, y quieren avaſallar haſta mis miſmos penſamientos. Freqüentemente me acontece el olvidarme de aquella facultad dichoſa que hemos recibido de la naturaleza para hacer impenetrables nueſtros ſentimientos; y temo algunas veces que eſtos salvages

curiosos, adivinen las reflexiônes poco favorables que me inspira su extraordinaria conducta. Hago un humilde estudio en coordinar mis pensamientos, como si fuera posible que contra mi voluntad pudiesen penetrarlos.

Un momento destruye la opinion que otro me hizo formar de su modo de pensar con respecto á mi persona.

Sin contar un número infinito de otras contradicciones de poco momento; ellos me niegan, ó mi querido Aza, hasta los alimentos necesarios para la conservacion de mi vida; y aun la libertad de elegir el sitio en donde quiero es-

tar. Me retienen con una especie de violencia en esta cama que se me ha hecho insufrible; de manera que debo creer que me miran como su esclava, y que su poder es tiránico.

Por otra parte, si paro la consideracion en el extremado deseo que manifiestan de la conservacion de mi vida, y en el respeto de que acompañan los servicios que me rinden, todo ello me estimula á pensar que me tienen por un ser de especie superior á la humanidad.

Ninguno de ellos se me presenta sin inclinar su cuerpo poco ó mucho, como nosotros practicamos quando rendimos al Sol

nueſtras adoraciones. El CACIQUE, parece que quiere imitar el ceremonial de los INCAS en el dia del RAYMI (1) : se pone de rodillas muy cerca de mi cama : permanece mucho tiempo en eſta humilde poſtura : algunas veces guardando un profundo silencio, y con los ojos baxos parece que medita profundamente : veo en su semblante aquel embarazo reſpetuoso que nos inſpira el GRANDE NOMBRE (2) pronunciado en alta voz.

(1) El RAYMI era la principal fiesta del Sol: el INCA, y los Sacerdotes lo adoraban de rodillas.

(2) El grande nombre era PACHACAMAC, el qual se pronunciaba muy rara vez, y esa con muchas señales de adoracion.

Si halla ocasion me coge una mano, y la lleva á su boca con la misma veneracion que nosotros pudiéramos practicarlo con la sagrada Diadema (1). Algunas veces pronuncia un gran número de palabras que no tienen semejanza con las del lenguage ordinario de su nacion: su sonido es mas dulce, se distingue mejor, y es mas circunspecto: añade á aquel semblante tierno que precede á las lágrimas aquellos suspiros que expresan las necesidades que pa-

(1) Esta Nacion besaba la Diadema de Mancocapac, con tanto respeto como nosotros las reliquias de nuestros Santos.

dece el alma ; aquellos acentos que son quasi gemidos ; últimamente todo quanto acompaña al deseo de obtener un favor. ! Ay mi amado Aza ! si me conociera bien; sino eftuviera imbuido de algun error acerca de mi ser ¿ qué tendría que suplicarme?

¿ Será acaso Idólatra efta nacion ? Yo hafta ahora no la he visto hacer reverencia , ni adorar en manera alguna al Sol : tal vez serán para ellos las mugeres los objetos de su culto. Antes de que el grande MANCOCAPAC (1) hubiese

(1) Primer Legislador de los Indios. Vease la Historia de los INCAS.

comunicado á la tierra las voluntades del Sol, nueſtros antepaſados divinizaban todo quanto les inspiraba temor ó placer; y tal vez estos salvages no experimentarán estos dos ſentimientos sino con reſpecto á las mugeres.

Pero si me adoráran ¿añadirian á mis males y deſgracias, la eſpantosa prision en que me tienen? No; antes procurarian agradarme y complacerme: obedecerian á las señas de mi voluntad; estaria libre; ſaldria de eſta odiosa habitacion; iria á buscar al dueño de mi corazon; y una sola de sus miradas bastaria para borrar la memoria de tantos infortunios.

CARTA VI.

¡O que horrible ſorpresa, mi adorado Aza! ó quanto se han aumentado nueſtras deſgracias! Quan dignos somos de compasion! Ya no tienen remedio nuestros males; y solo me resta ponerlo en tu noticia y morir.

En fin ya me han permitido levantar, y aprovechándome con ansia de eſta libertad me acerqué con gran trabajo á una ventana, que mucho tiempo habia era el objeto de mis curioſos deſeos. Abríla con precipitacion; pero ¡qué es lo que he viſto, amado

objeto de mi amor! No es posible que encuentre expresiones para pintarte mi excesiva admiracion, y la mortal desesperacion que se apoderó de mi pecho, no descubriendo alrededor de mí mas que aquel terrible elemento cuya sola vista me estremece.

Mi primera ojeada fué suficiente para aclarar mis dudas acerca del movimiento incómodo y molesto de nuestra habitacion. Estoy, pues en una de aquellas casas flotantes de que los Españoles se han servido para acercarse á nuestras Provincias, y de que solo se me habia hecho una descripcion muy imperfecta.

¿ Podrás tu concebir, mi querido Aza, las funeſtas ideas que se han apoderado de mi alma con eſte asombroſo conocimiento? Estoy segura de que se me aleja de ti; ya no reſpiro el mismo ambiente; ya no habito el mismo elemento que antes: siempre ignorarás en donde me hallo, si te amo, si vivo; y la deſtruccion de mi ser no parecerá sin duda un acontecimiento tan considerable que merezca la pena de que te lo noticien. ¡ O amado dueño de mis tristes dias! ¿ De qué precio puede ser para ti en lo suceſivo mi vida deſgraciada? Permite, pues que vuelva á la Divinidad un be-

neficio de que ya no quiero gozar: ya no te volveré á ver; ya no quiero la vida.

En fin yo pierdo para siempre lo que amo: el Univerſo es nada para mí; ó quando mas es un vasto desierto, que lleno de los gritos y lamentos de mi amor: óyelos, amado objeto de mi ternura; compadécete; permite que muera.....

Pero ¡qué error me seduce! No mi amado Aza, no eres tu quien me ordena que conserve mi deſgraciada vida, la tímida naturaleza sí, que eſtremeciéndose de horror, toma tu voz mas poderosa que la ſuya, para retardar un fin

siempre terrible y espantoso para ella : pero esto es hecho ; el medio mas pronto me libertará de sus amargos pesares...... Para siempre sepulten los abismos del mar en sus olas mi ternura desgraciada, mi vida, y mi desesperacion.

Recibe, ó Aza el mas infeliz de los hombres, recibe los últimos sentimientos de mi corazon; de este corazon que no ha recibido mas imágen que la tuya ; que no quiere vivir sino para ti,y que muere lleno de tu amor. Yo te amo : aun lo conozco; y lo digo por la postrera vez.

CARTA VII.

¡O mi adorado Aza! Aun no lo has perdido todo: aun reynas en mi corazon: aun respiro. La vigilancia de los que me custodian, frustró mi funesto designio, y ya no me queda mas que el bochorno de haberlo intentado. No te participaré las circunstancias de un proyecto tan pronto destruido como formado. ¿Cómo me atreveria á levantar los ojos dirigiendo mis miradas á tu persona, si hubieras sido testigo de mi cólera furiosa?

Perturbada enteramente mi

razon á impulsos de mi desesperacion, ya no me podia suministrar socorro alguno: mi vida no me parecia digna del menor precio; y me habia olvidado hasta de tu amor.

¡O quan cruel es la serenidad despues de pasado el furor! ¡O quan diferentes son los puntos de vista en unos mismos objetos! En el horror de la desesperacion, se reputa por valor la ferocidad, y el temor de los sufrimientos y las penas por firmeza. En este estado, una palabra, una mirada, qualquiera cosa que nos pueda causar la menor sorpresa, y volvernos á nosotros mismos, basta para

que conozcamos que la debilidad es el principio de nueſtro mentido heroismo; el arrepentimiento es el fruto que sacamos, y el deſprecio la recompensa.

El conocimiento de mi falta es mi mas riguroſo caſtigo: abandonada á la amargura de mis remordimientos; sepultada baxo el velo del sonroxo, me retiro de las gentes: temo que mi cuerpo ocupe demasiado lugar; quisiera ocultarlo á la luz del dia: mis lágrimas corren con abundancia: mi dolor es ſordo y reconcentrado: ninguna expresion lo patentiza, pero se halla apoderado de mis sentidos y potencias: ¿ Será acaſo este un fu-

ficiente caſtigo para un delito que cometí contra ti?

En vano eſtos benéficos salvages han querido de dos dias á eſta parte hacerme partícipe de la alegría que los tiene como fuera de sí. Yo ſospecho la causa; pero aun quando me fueſe notoria, no me juzgaria digna de mezclarme en ſus regocijos.

Sus danzas, ſus gritos alegres, un licor encarnado, parecido al MAIZ (1) de que beben abundan-

(1) El MAIZ es una planta de que los Indios hacen una bebida fuerte y saludable, que presentan al Sol los dias de sus fiestas, y de la qual beben hasta embriagarſe deſpues del

temente; lo mucho que se apresuran á contemplar el Sol por todos los parages por donde pueden percibirlo, no dexarian la menor duda de que esta fiesta se celebra en honra de este astro divino, si la conducta del Cacique fuera de conformidad con los de los demas. Pero léjos de participar y concurrir á la alegría pública, no se cuida mas que de mi dolorosa situacion desde mi pasado delirio. Su celo es desde entonces mas respetuoso, su asistencia mas continua y cuidadosa, y su atencion mas penetrante.

---

sacrificio. Veafe la Hist. de los Incas, T. 2. p. 151.

Ha conocido que la continua presencia de los salvages de su comitiva, añadia la violencia á la afliccion de mis penas, y me ha librado de ſus importunas miradas, de manera que ya casi no tengo mas que sufrir que las suyas.

¿Cómo podrás creer, mi amado Aza, que hay momentos en que hallo cierto dulce placer en eſtas converſaciones mudas? El fuego de ſus ojos me trae á la memoria el que siempre brillaba en los tuyos, y he hallado ciertas ſemejanzas que seducen y quieren liſongear mi corazon. Pero ¡ Ay de mí! ¡ quan paſagera, quan momentánea es eſta ilusion, y quan dura-

deros y permanentes son los amargos pesares que la suceden! Estos solo tendrán fin con mi vida pues solo vivo para ti.

CARTA VIII.

Quando un solo objeto reune nuestros pensamientos, mi amado Aza, no nos interesan los acontecimientos, sino por la analogia que les hallamos con él. Si tu no fueras el único móvil de mi alma ¿ hubiera yo podido pasar como acaba de sucederme desde el horror de la desesperacion á la mas dulce y lisonjera esperanza? Habia intentado muchas veces el CACIQUE, aunque en vano, hacer que me acercase á aquella ventana, que no puedo mirar sin estremecerme. Ultimamente obligada con sus nue-

vas y expresivas inſtancias, me dexé conducir. ¡Ay mí; querido Aza, quan bien recompensada ha sido mi condescendencia.

Por medio de un prodigio tan incomprehensible para mí, como el hacerme aplicar la viſta al extremo de una caña horadada, me ha proporcionado el ver la tierra á una diſtancia tan dilatada, que sin el socorro de eſta maravillosa máquina no hubieran podido divisarla mis ojos.

Al mismo tiempo me dió á entender, por medio de algunas señales que empiezan á serme familiares, que noſotros nos dirigimos á aquella tierra, y que su vis-

ta era el único objeto de sus fiestas, y alegría, que á mí me parecieron ser un sacrificio al Sol.

Conocí á los principios todas las ventajas de semejante descubrimiento: la esperanza á manera de un rayo de luz ha introducido su claridad hasta lo mas íntimo de mi corazon. Es cierto que me conducen á esta tierra que me han enseñado; es evidente que es una porcion de tu Imperio, pues que el Sol la ilumina con sus benéficos rayos (1): ya no estoy aprisio-

(1) Los Indios no conocian nuestro Emisferio, y creian que solo alumbraba el Sol á sus hijos.

nada ¿ pues quién podrá impedir que vuelva á entrar en el dominio de tus suaves Leyes?

Sí, amado Aza; voy á reunirme con lo que mas amo: mi amor, mi razon, mis deseos, todo me lo asegura: volando voy á arrojarme entre tus brazos: un torrente copioso de alegría se difunde por toda mi alma: lo pasado se desvanece; mis males se acabáron; ya estan sepultados en mi profundo olvido; lo futuro es únicamente lo que ocupa mi atencion; y él es mi único bien.

Aza; amada esperanza mia; yo no te he perdido: veré tu semblante, tus vestidos, tu sombra;

te amaré, y te lo diré á ti mismo: ¿ puede haber tormentos tan terribles que puedan disipar tanta felicidad?

CARTA IX.

¡O quan largos son los dias, mi amado Aza, quando se les quenta por horas y minutos! El tiempo asi como el espacio no puede ser conocido sino por sus límites; y así nueſtras ideas como nueſtra viſta se pierden y confunden igualmente en la constante uniformidad del uno y del otro. Si los objetos ſeñalan los límites del espacio, ó los intervalos de lugar, me parece que nueſtras eſperanzas señalan los del tiempo, y que si eſtas nos faltan, ó que no eſtén ſensible y notoriamente señaladas, ni percibi-

rémos la duracion del tiempo, ni el ayre que llena el intermedio del eſpacio.

Deſde el inſtante fatal de nueſtra separacion, igualmente marchitados mi corazon y mi alma á impulsos del infortunio, eſtaban como ſepultados en un total abandono; horror de la naturaleza, imágen de la nada. Los dias pasaban sin sentir; ninguna esperanza fixaba mi atencion acerca de ſu longitud; pero al preſente que la eſperanza señala todos los instantes, me parece infinita su duracion, y recobrando la perdida tranquilidad, me paladeo con el inexplicable placer de volver á adqui-

rir la facultad de pensar.

Desdeque mi imaginacion h
abierto de par en par las puerta
á la alegría, una multitud de per
samientos que se le ocurren la ocu
pan tanto que á veces la fatigan
Mil proyectos de placer y feli
cidad se suceden alternatívamente
las ideas nuevas se reciben con fa
cilidad; y aun aquellas que no ha
bia percibido se vienen ellas mis
mas sin pretenderlo.

De dos dias á esta parte en
tiendo muchas palabras de la len
gua del CACIQUE, que de ningu
na manera me podia ocurrir que
sabía. Estas no son hasta ahora mas
que los nombres de los objetos: no

explican mis pensamientos, y ni aun me sirven para entender los de los otros; sin embargo me proporcionan algunas luces y noticias que me eran necesarias.

Ya sé que el nombre del CACIQUE es DETERVILLE; el de nuestra casa flotante NAVIO, y el de la tierra adonde vamos FRANCIA.

Este último nombre me sobresaltó á los principios; pues no hago memoria de haber oido llamar así á ninguna de las Provincias de tu Reyno; pero reflexîonando sobre el número infinito de las que lo componen, y de cuyos nombres no tendré noticia, no tardó mucho

en deſvanecerſe mi temor ¿ y có-
mo podria subsiſtir por largo tiem-
po con la sólida confianza que me
inſpira de que no me equivoco la
asistencia del Sol ? No mi querido
Aza ; eſte aſtro divino no alum-
bra mas que á ſus hijos ; solo el
dudarlo seria un delito. Voy á en-
trar otra vez en tu Imperio : ya
eſtá cercano el momento en que
te he de ver : corramos pues á
nueſtra felicidad.

Enmedio de eſta alegría que
me enagena, el agradecimiento me
prepara un placer delicioſo : sí
Aza mio ; sin duda colmarás de
honores y riquezas al CACIQUE
benéfico que nos vuelve uno á

otro : llevará á su Provincia la memoria de Zilia ; la misma recompensa de su virtud contribuiria á hacerlo aun mas virtuoso, y su felicidad será tu gloria.

Nada puede compararse , mi querido Aza , con la bondad con que me ha tratado. Léjos de mirarme como á una esclava , parece que lo es mio. Es tanta al presente la atencion que usa conmigo como noté contradicciones durante mi enfermedad. Ocupado únicamente en mi servicio , en disipar mis inquietudes , y en proporcionarme diversiones , parece que no tiene otra cosa á que atender. Yo lo recibo todo con ménos embara-

zo, despues de que instruida por la costumbre, y la reflexîon, veo que padecia un error en quanto á la Idolatría de que me pareciéron sectarios.

No digo esto porque no repita continuamente las mismas demostraciones que á mi parecer eran mi culto; sino porque el tono, el ayre, y la forma de que usa me persuaden á que esto es juego á la usanza de su Nacion.

Lo primero en que se ocupa es en hacerme pronunciar distintamente algunas palabras de su lengua; y quando he repetido, SI, YO OS AMO, ó estas, YO OS PROMETO SER VUESTRA, la alegría se derra-

ma y nota en todo ſu ſemblante; me beſa las manos como fuera de sí, con un ayre de alegría diametralmente contraria á la seriedad que debe acompañar á las ceremonias del culto divino.

Aunque tranquilizada en quanto á su Religion aun no lo eſtoy enteramente en lo tocante al pais de donde es originario. Su lenguage, y sus veſtidos son tan diferentes de los mios que á cada paso hacen que vacile mi confianza, y mil fatales reflexîones cubren algunas veces mi eſperanza con la denſa nube de la incertidumbre, paſando ſucesivamente del temor á la alegría, y de eſta á la inquietud.

Fatigada con la confusion de mis ideas, disgustada de las incertidumbres que me despedazan, habia resuelto alejar mi pensamiento de semejantes especies; pero ¿ cómo habia de impedir el sentimiento de una alma privada de toda comunicacion, que no obra sino en sí misma, y que se ve obligada á reflexîonar movida de tantos intereses? Yo no puedo, mi querido Aza; al contrario busco las noticias y las luces con una agitacion que me devora, y me hallo incesantemente sumergida en la mas profunda obscuridad. Sabía bien que la privacion de un sentido puede engañar con respecto á ciertas

cosas, y veo con sorpresa que el uso de los mios me arrastra de errores en errores. ¿ La inteligencia de las lenguas será acaso la del alma ? ¡ Amado Aza, y quantas fatales verdades me hacen percibir mis males y desgracias ! Pero aléjense de mí estos tristes pensamientos : ya llegamos á tierra; y la luz de mis dias disipará en un momento las tinieblas que me rodean y ofuscan.

CARTA X.

En fin, mi amado Aza, llegamos á esta tierra, que era el objeto de mis deseos; pero hasta ahora nada veo que me anuncie la felicidad que me habia prometido: todo quanto se presenta á mi vista me choca, me sorprende, me pasma, y solo me hace una impresion vaga, dexándome en una perplexidad estúpida, de que ni aun procuro libertarme. Mis errores reprimen ó contienen mis juicios: quedo indecisa; y suelo poner en duda aun aquello mismo que veo.

Apenas habiamos ſalido de la caſa flotante quando entramos en una Ciudad situada á las orillas del mar. La multitud de pueblo que nos seguía me pareció de la misma nacion que el CACIQUE ; pero las casas no se parecen en manera alguna á las de las Ciudades del Sol, y si las nueſtras las exceden en belleza por la riqueza de sus adornos, eſtas son en extremo superiores por los prodigios de que eſtan llenas.

Al entrar en el quarto donde Deterville me ha hospedado, se estremeció mi corazon al ver en el fondo una muchacha veſtida como una Vírgen del Sol, y corrí

acia ella con los brazos abiertos. Pero ¡ quanta fué, ó mi amado Aza, mi ſorpresa ! ¡ quanto no fué mi aſombro, no hallando mas que una resistencia impenetrable, en donde veia una figura humana que ſe movia en un espacio muy extenso!

La admiracion me tenia como en un éxtasi, con los ojos fixos en aquella sombra, quando Deterville me hizo notar tu propia figura al lado de aquella que haſta entonces habia ocupado mi atencion: yo lo tocaba; le hablaba y lo veia al mismo tiempo muy cerca, y muy léjos de mí.

Estos prodigios turban la ra-

zon, y ofuſcan el juicio: ¿que podrémos pensar de los habitantes de este pais? ¿deberé temerlos? ¿deberé amarlos? Yo me guardaré muy bien de decidir sobre esta alternativa.

El CACIQUE me ha hecho comprehender que la figura que veia era la mia, ¿pero esto de qué inſtruccion me puede servir? Será por eso el prodigio ménos grande? ¿Será ménos por eso la mortificacion que me causa el no hallar en mi espíritu mas que errores ó ignorancias? Con harto dolor lo veo, mi amado Aza; los ménos hábiles de eſta Provincia son mas sabios que todos nueſtros Amautas.

Deterville me ha traido para mi ſervicio una CHINA (1) joven y muy viva de genio: sin duda es para mí un dulce consuelo el volver á ver mugeres, y que me sirvan. Otras muchas se esfuerzan en asistirme, pero mas quisiera que no lo hiciesen, por que su preſencia deſpierta mis temores. El modo con que me miran me da bien á entender que no han eſtado en el CUZCO (2), sin embargo aun no puedo hacer juicio completo de cosa alguna: mi espíritu fluctua continuamente en un mar de incer-

(1) Sirviente ó Criada.

(2) Capital del Perú.

tidumbres, solo mi corazon inalterable es el que no desea, no espera, ni aguarda mas que una sola felicidad, sin la qual todo es para mí pesares y tormentos.

CARTA XI.

Aunque he procurado, ó mi amado Aza, con todo el cuidado que me ha sido posible adquirir alguna luz acerca de mi suerte, no he conseguido hallarme mas bien inſtruida que lo estaba hace tres dias. Todo lo que he adelantado es que los salvages de eſta Provincia me parezcan tan buenos, y humanos como el CACIQUE; cantan y danzan como si todos los dias tuvieran que cultivar (1). Si yo me hu-

(1) En el Perú se cultivaban las tierras en comun, y los dias en que se práčticaba eſte

biera de gobernar por la oposicion de sus usos á los de nuestra nacion, no me quedaria la mas remota esperanza; pero me acuerdo que tu augusto Padre ha sometido á su obediencia unas Provincias tan longinqüas, y cuyos pueblos en nada se parecian á los nuestros, ¿con que porque esta no será una de ellas? El Sol parece que se complace en alumbrarla: es mas hermoso, mas puro que en toda mi vida lo he visto, y me complazco en entregarme á la confianza que me inspira. Solo me resta la inquietud

trabajo eran dias dedicados á la fiesta y alegría.

que me causa el mucho tiempo que precisamente se ha de pasar antes de que pueda adquirir todas las luces respectivas á tu interés y el mio; por que, ó mi amado Aza, ya no tengo la menor duda, en que únicamente el uso del idioma del pais podrá cerciorarme de la verdad, y terminar mis inquietudes.

Por mi parte no dexo escapar ocasion alguna de instruirme en ella, aprovechándome de todos los momentos en que Déterville me dexa en libertad para tomar lecciones de mi CHINA; y en verdad que este es un recurso bien débil, pues no pudiendo hacerle entender mis pensamientos, no puedo

formar ningun raciocinio con ella. Las señas del CACIQUE me son algunas veces de mas utilidad. La costumbre ha formado entre los dos una especie de lenguage, que á lo menos nos sirve para expresar nuestras voluntades. Ayer me llevó á una casa en donde sin esta inteligencia mútua me hubiera conducido muy mal.

Entramos en una Sala mas grande y adornada que la que habito, y en la qual se habian juntado muchas personas. El asombro que generalmente maniféstaron quando me vieron me causó algun desagrado: las risas excesivas que muchas Señoritas procuraban ocul-

tar, y que volvian á repetirse cada vez que fixában en mí la vista, excitáron en mi corazon un sentimiento tan molesto y enfadoso, que hubiera creído que era verguenza, si hubiera á mi parecer cometido alguna falta. Pero hallando en mí únicamente una grande repugnancia á permanecer con ellas, estaba ya resuelta á volverme á salir, quando me detuvo una seña de Déterville.

Comprendí que incurriría en una falta si salia, y me guardé muy bien de hacer cosa que me pudiesen vituperar como á mi parecer lo hacian sin motivo. Quedéme en fin, y poniendo toda mi

atencion en aquellas mugeres, me parece que segun lo que púde discernir, la singularidad y estrañeza de mis vestidos era lo que ocasionaba la sorpresa de las unas, y las risas ofensivas de las otras; y me compadecí de su debilidad. Desde entonces solo pensé en persuadirlas por medio de mi circunspeccion, que mi alma no se diferenciaba tanto de las suyas como mis vestidos de sus adornos. (*)

(*) Ciertamente que es la cosa mas ridícula é infundada el reirse de un Oriental porque se viste á la Hotomana, ó de un otro qualquier Extrangero porque sus trages son como se usan en su pais; así como qualesquiera personas de las que acá se burlan do

Un hombre que hubiera creído

aquellas tendrian á falta de atencion y crianza el que en una Corte extrangera excitase la risa su trage á la Española. Esto sin duda es un efecto de nuestra mala educacion, pues debiera inspirárseles á los niños desde la infancia la idea de que tan racionales son los hombres vestidos de un modo como de otro, y que esta es una circunstancia accidental, anexa indispensablemente á la casualidad de nacer aquí ó allí. No pára en esto la preocupacion, sino que aun entre nosotros mismos fixamos infinito la atencion en estas exterioridades, y por ellas pasamos á graduar las prendas del Alma. Hay sugetos para quienes un vestido alto de talle, unos calzones estrechos y otras vagatelas semejantes, son suficiente prueba para graduar de licenciosa la conducta de un joven. Yo no sé que tienen que ver con las qualidades del alma, ni una

ſer un Curaca (1) sino hubiera

---

quarta mas ó ménos de tela, ni un trage floxo ó apretado. Y en quanto á noſotras ¿ puede darse una puerilidad tan ridícula como el que una Señorita se burle de una Anciana porque no se viste como ella? Pero ¿ qué ha de suceder si lo ménos en que se piensa en nueſtra juventud es en inspirarnos amor á las qualidades y adornos del eſpíritu? Hay criaturas que facha á facha se burlan de un sugeto porque á su parecer vá veſtido de este ó del otro modo, y sus padres no solo no lo reprehenden, sino que lo feſtejan como una gracia muy donosa. Parece que depropósito solo piensan algunos Padres en degradar á sus hijos, de la clase de racionales.

(1) Los Curacas eran una especie de soberanos ó régulos de una Provincia, que tenian el privilegio de usar el mismo trage que los Incas.

estado veſtido de negro, víno á tomarme de la mano con ademan afable, y me condúxo cerca de una muger, que segun la altivéz de su ſemblante me pareció la PALLAS (1) de aquel diſtrito. El que me llevó le díxo algunas palabras que yo entendia, por habérselas oído pronunciar muchas veces á Déterville. ¡ QUE HERMOSA ES !..... ¡ QUE OJOS TAN HERMOSOS !.... Otro hombre le contextó diciendo.... ¡ GRACIAS Y TALLE DE UNA NINFA... Sino las mugeres que nada dixéron, todos repitiéron

(1) Nombre genérico de las Princesas.

con corta diferencia las mismas palabras: yo no sé aun su significacion, pero sin duda expresan ideas agradables, porque quando las pronunciaban estaba risueño su semblante.

El CACIQUE manifestaba suma complacencia en todo quanto se decia: no se separó de mi lado, ó si se apartaba para hablar con alguno, nunca me perdian de vista sus ojos, y sus señales me advertian quanto debia practicar. Por lo que á mí toca empleaba toda mi atencion observándolas, para no contrariar los usos de una nacion tan poco instruida de los nuestros.

Yo no sé, mi amado Aza, có-

mo podré hacérte comprehender lo extraordinarios que me han parecido los modales de estos salvages.

Tienen una viveza tan impaciente, que no baſtándoles las palabras para explicarse, hablan tanto con el movimiento de su cuerpo como con el sonido de la voz. Lo que he viſto en quanto á su continua agitacion, me ha perſuadido completamente de la poca importancia de las demoſtraciones del CACIQUE, las quales me han ocasionado tantas dudas y embarazos, y ſobre quienes habia formado tan falſas conjetúras.

Ayer besó las manos de la

PALLAS; y las de todas las demas mugeres; y aun las besó las caras lo qual yo no lo habia visto hasta entonces. Los hombres venian á abrazarlo; unos le cogian una mano, otros le tiraban del vestido, y todo con una prontitud de que nosotros no tenemos la menor idea.

Si hemos de hacer juicio de su espíritu por la viveza de sus gestos, estoy segura de que nuestras expresiones graves, las sublimes comparaciones que explican tan naturalmente la ternura de nuestros sentimientos, y nuestros pensamientos afectuosos les parecerán insipídos: juzgarían que nuestros ademánes serios y modestos eran

efectos de la estupidez ; y la gravedad de nuestras acciones , por entorpecimiento. ¿ Cómo lo podrás creer , mi amado Aza ? á pesar de sus imperfecciones , si tu estubieras aquí me complaceria y divertiria con ellos. Un cierto ayre de afabilidad que se nota en todo quanto obran los hace amables ; y si mi alma lográra la dicha que tanto apetece,hallaría mucho placér en la diversidad de objetos que sucesivamente se presentan á mi vista; pero la poca conexîon que tienen contigo todos ellos,borra qualquiera sensacion agradable que ocasiona su novedad : tu solo eres mi felicidad y mis placéres:

CARTA XII.

¡Quanto tiempo he pasado, mi amado Aza, sin poder dedicar un momento á la mas amada de todas mis ocupaciones! pero sin embargo tengo un gran número de cosas extraordinarias que decírte, y me aprovecho de un rato desocupado para ver como te las puedo participar de modo que lo comprehendas todo.

La mañana siguiente al dia de mi visita en casa de la PALLAS, me hizo traer Déterville un trage muy hermoso de los que se usan en el pais. Despues de que mi pequeñi-

ta CHINA, lo colocó sobre mí á su fantasía, me hizo acercar á aquella ingeniosa máquina que duplica los objetos, y aunque estaba acostumbrada á sus efectos, no púde sin embargo evitar la sorpresa que me causó, viéndome como si estubiera enfrente de mí misma.

No me disgustó aquel trage; pero tal vez me sería mas sensible el dexar el mio que acabo de abandonar, sino hubiera sido causa de que por todas partes me mirasen con una atencion en extremo incómoda.

Entró el CACIQUE en mi quarto en el momento que mi muchacha andaba añadiendo muchas va-

gatelas á mi veſtido por acá y por acullá : detúvoſe á la entrada de la sala, y nos eſtuvo mirando mucho tiempo sin hablar una palabra : su embeleſo era tan profundo, que se apartó para dexar salir á la China y se volvió á poner como eſtaba sin advertir lo que hacia. Teniendo fixados los ojos en mí recorria toda mi perſona de arriba abaxo con una atencion tan grave y seria, que me causaba mucho embarazo y confusion sin poder adivinar el motivo.

Sin embargo á fin de mostrar mi agradecimiento á sus nuevos beneficios, le alargué una mano, y no pudiendo expreſar mis senti-

mientos, creí que nada le podia decir que le fuese mas agradable que algunas de las palabras, que se complace en hácerme repetir, procurando pronunciarlas en el mismo tono que él.

Yo no sé que efectos pudieran ocasiónarle en aquel momento, pero lo cierto es que sus ojos se aními maron, y ſu semblante se inflamò: se acercó á mí con una eſpecie de agitacion; parecia que queria cógerme entre sus brazos; y deteniendose de improviſo, me apretó fuertemente una mano pronunciando con alguna commocion estas palabras: No... el reſpeto.... su virtud... y otras muchas cuya sig-

nificacion no entiendo tampoco, y despues corrió á sentarse sobre su silla al otro lado de la sala, en donde permaneció con la cabeza apoyada sobre sus manos, con todas las muestras de un profundo dolor.

Causóme alguna alteracion el estado en que le veía, no dudando que le habria ocasionado algun disgusto: acerquéme á él con ánimo de dárle á entender mi arrepentimiento, pero él me contuvo con suavidad sin mirarme, de manera que no me atreví á decirle nada mas. En esta extraordinaria confusion me hallaba, quando los domésticos entráron para darnos

de comer. Levantóse entonces: cómimos juntos como acoſtumbrábamos, sin que su dolor diese á entender mas conseqüencias que alguna triſteza; pero no por eso me trató con ménos bondad y dulzura, todo lo qual era para mí un enigma impenétrable.

Yo no me atrevia á mirarle, ni aun á valérme de las señas de que ordinariamente nos servíamos en lugar de hablarnos; pero sin embargo la hora en que comíamos era tan diferente de la acostumbrada, que no púde evitar el darle á entender mi sorpresa. Todo lo que pude comprehender de su respuesta fué que íbamos á mudar de casa. Con

efecto despues de haber entrado y salido muchas veces el CACIQUE, vino y me cogió por la mano: yo me dexé conducir, siempre pensando en lo que habia pasado, y procurando averiguar si esta mudanza de habitacion era conseqüencia de aquel antecedente.

Apenas hubimos pasado la última puerta de la casa, quando me ayudó á subir un escalon bastante alto, y me hallé en un quartito muy pequeño, en el qual no se podia estar de pie sin mucha incomodidad, en donde no hay bastante espacio para pasearse, pero en el que nos sentamos con mucha comodidad el CACIQUE, la CHINA y yo. Este

diminuto aposento está adornado muy agradablemente, y le suministran suficiente luz una ventanita que tiene á cada lado y otra en la parte anterior.

Mientras que lo considéraba llena de sorpresa, y que procuraba adivinar porque Deterville nos encérraba con tanta estrechéz (¡ó mi amado Aza, quan comunes y familiares son en este pais los prodigios!) sentí que aquella máquina, ó Cabaña, que no sé como llamarla, se movia y mudába de sitio, y este movimiento me tráxo al momento á la memoria la casa flotante. El asombro se apoderó enteramente de mí y me sobrecogió so-

bremanera; y atento el CACIQUE á mis menores inquietudes, procuró sosegárme, haciéndome ver por una de las ventanas, que esta máquina colgada con bastante inmediacion al suelo se movia por medio de un secreto que no podia comprehender.

Tambien me hizo reparar Deterville en muchas HAMAS (1) de una especie que nos es enteramente desconocida, las quales marchaban delante de nosotros y nos llevaban arrastrando.

Es sin duda preciso ¡ó luz de mis dias! un talento mas que hu-

(1) Nombre genérico de las bestias.

mano para inventar cosas tan útiles y singulares; pero tambien lo es que haya en esta nacion algunos defectos grandes que contengan su poder, pues que no es dueña y Señora del mundo entero.

Ya hace quatro dias que encerrados en esta maravillosa máquina, solo salímos de ella por las noches, para descansar un rato en la primera habitacion que se halla al paso, y siempre salgo con sentimiento. Yo te lo confieso, mi querido Aza, á pesar de mis tiernas inquietudes he disfrutado durante este viage algunos placeres que me eran absolutamente desconocidos. Encerrada en el templo desde mi mas

tierna infancia, no conocía las bellezas del Universo, ¡ ó quanta dicha hubiera perdido sino hubiera salido de él!

Es preciso, ó caro amigo de mi corazon, que la naturaleza haya colocado en sus obras un atractivo desconocido, que el arte mas exquisito no puede imitar. Quanto he visto de los prodigios inventados por los hombres no me ha causado el asombro que experimento en la admiracion del Universo. Las campiñas inmensas que se mudan y renuevan incesantemente á nuestra vista, arrebatan mi alma, y se la llevan tras sí con tanta rapidéz como las cruzamos.

Los ojos recorren, abrazan, y se detienen á un tiempo en una infinidad de objetos tan variados como agradables; parece que la vista no halla otros límites mas que los del mundo entero: este error nos lisongea: nos inspira una idéa satisfactoria de nueſtra propia grandeza, y parece como que nos acerca al Criador de tantas maravillas.

Al finalizarse un hermoso dia, nos presenta el cielo imágenes cuya pompa y magnificencia exceden con mucho á las de la tierra. De una parte se descubren nubes transparentes, que rodeando al Sol en su ocaso ofrecen á nueſtra viſta mon-

tañas de sombras y luces, cuyo mageſtuoſo desórden arrebata nuestra admiracion haſta el extremo de olvidarnos de noſotros mismos: de otra se eleva un Aſtro ménos brillante, que recibe y difunde una luz no tan viva sobre todos los objetos, los quales perdiendo su actividad, y marchitándose con la ausencia del Sol, causan en nuestros sentidos una impresion suave, pacífica, y en perfecta armonía con el plácido silencio que reyna sobre la tierra. Entonces vueltos, y poseyendonos á noſotros miſmos, una calma delicioſa se interna penetrando haſta lo mas íntimo de nueſtra alma: gozamos del Universo co-

mo si fuéramos sus únicos poseedores: nada vemos que á nueſtro parecer no nos pertenezca: una dulce serenidad nos induce á reflexîones apacibles y agradables; y si intenta turbárlas algun amargo pesar, solo nace de la necesidad de arrancárnos de este amable éxtasi, para encerrárnos en las débiles prisiones que los humanos se han forjado á si mismos, y que á pesar de toda su induſtria siempre ſerán despreciables comparándolas con las augustas obras de la naturaleza.

Tuvo el CACIQUE la complacencia de hacérme ſalir todos los dias de la cabaña andante, (*) para

(*) El original dice cabaña ROULANTE;

que contemplase á mi guſto lo que me veía admirar con tanta ſatisfaccion.

Si las bellezas del Cielo y de la Tierra tienen para nueſtra alma tan poderoſos atractivos, las de las florestas mas sencillas é intereſantes no me han causado, ni ménos placer, ni ménos admiracion.

¡O quan delicioſos ſon los boſques, mi amado Aza! Quando se entra por ellos se difunde por todos nueſtros sentidos un encanto univerſal, y confunde su uso. Pa-

y no he encontrado otra voz castellana que exprese su significacion mas, que la que uso, á lo ménos á mi parecer.

rece que se ve y se palpa la frescura antes de ſentirla; los diferentes matices del color de las ojillas suavizan la luz que se introduce en ellos, y al parecer ſorprenden el sentimiento tan pronto como los ojos.

Un olor agradable, pero indeterminado, apenas dexa diſcernir, si liſonjea el guſto, (1) ó el olfato: haſta el ayre, sin ser percibido, ex-

(1) Despues de haber reflexîonado bien acerca de eſta frase, he creido que la voz GUSTO, debía significar aquí PALADAR; y con efecto, los olores obran en eſte como en el olfato, á causa de la íntima y recíproca comunicacion que hay entre estos dos sentidos.

cita en nueſtro ser una frúicion de placer puro, que al parecer nos da un sentido mas, sin que se pueda señalar porque órgano hace su impresion.

¡O mi amado Aza! ¡quantos adornos añadiria tu preſencia á estos placeres tan puros! ¡quanto he deſeado gozárlos en tu amable compañia! Teſtigo tu de mis tiernos pensamientos, te hubiera hecho hallar en los sentimientos de mi corazon encantos mucho mas interesantes que los de las bellezas del Univerſo.

CARTA XIII.

Veme aquí, amado Aza, en una Ciudad llamada PARIS; que es el término de nuestros viages, pero segun las muestras no lo será de mis sentimientos y temores.

Mas atenta que nunca á todo quanto ha pasado desde que llegué, solo producen mis descubrimientos nuevos pesares, y nada me preságian sino desgracias. Siempre me sale al encuentro tu idea á un en el menor de mis curiosos deseos, y no la hallo en objeto alguno de los que se ofrecen á mi viſta. Segun el juicio que puedo formar por

el tiempo que hemos tardado en atravesar la Ciudad, y por el gran número de habitantes de que se ven llenas las calles, sin duda contiene mas gente que la que podrian juntar dos ó tres de nuestras Provincias.

Acuérdome muy bien de las maravillas que me han contado de QUITO, y á mi parecer hallo aquí algun retrato de la pintura que se me ha hecho de aquella gran Ciudad; pero ¡ha, quan grande es la diferencia!

Esta contiene puentes, rios, árboles, campiñas; de modo que mas bien me parece un Universo que una poblacion particular. En vano

emprendería darte una justa idea de la altura de las casas, pues es tan desmesurada, que es mas fácil creer que la naturaleza las ha producido tales como son, que comprehender como han podido conſtruirlas los hombres.

En eſta Ciudad es donde reside la familia del CACIQUE. La casa que le sirve de habitacion es casi tan magnífica como la del Sol: los muebles y algunos pedazos de las paredes son de oro; y lo reſtante eſtá adornado con un texido de los mas variados y hermoſos colores, que representan con bastante propiedad las bellezas de la naturaleza.

Luego que llegamos me dió á entender Deterville que me conducia al quarto de su Madre. Hallámosla recostada en una cama de la misma forma con corta diferencia de las de los INCAS, y del mismo metal (1). Despues de haber alargado la mano al CACIQUE, que la besó postrándose casi hasta el suelo, le dió un abrazo, pero con un agasajo tan tibio, y una alegría tan forzada, que si no se me hubiera advertido de antemano no hubiera reconocido en las caricias de esta Madre los senti-

(1) Las camas, las sillas, y las mesas de los INCAS eran de oro macizo.

mientos que inspira la naturaleza.

Despues de haber hablado un corto espacio de tiempo me hizo el CACIQUE acercar; miróme con desden, y sin responder á lo que su hijo la decia, continuó envolviendo con gravedad en sus dedos un cordon que colgaba de un pedacito de oro.

Apartóse de nosotros Deterville para salir al paso á un hombre alto y de buena persona que se le habia acercado: abrazólo, como tambien á otra muger que se entretenia en la misma ocupacion que la PALLAS.

Desde que el CACIQUE se habia presentado en la sala una se-

ñorita de mi edad, con corta diferencia, corrió hácia él, y lo siguió despues con un apresuramiento tímido, y por lo tanto muy notable. La alegría brillaba en su semblante, sin disipar por eso un fondo de triſteza interesante. Abrazóla Deterville despues de todos los demás, pero con una ternura tan sincera y natural, que mi corazon se conmovió: ¡ Ay mi Aza ! ¡ quales serian nueſtros enagenamientos, quan imponderable nueſtro placer si deſpues de tantas deſgracias nos uniese la ſuerte!

Durante todo eſte tiempo, permanecí obligada de mi respeto

cerca de la PALLAS (1): no me atrevia á separárme de ella, y ni aun á poner mis ojos en su perſona. Algunas miradas ſeveras que me dirigia de quando en quando, me acabáron de intimidar, y cauſáron un temor que humillaba haſta mis penſamientos.

Ultímamente como si la Señorita hubiera adivinado mi perplexidad, vino deſpues de haber dexado á Deterville, y cogiéndome por la mano me condúxo cerca de una ventana donde nos sentamos. Aun-

(1) Las Solteras Indianas aunque de sangre Real, trataban con mucho respeto á las casadas.

que no entendia cosa alguna de quanto me decia, ſus ojos llenos de bondad me hablaban en el idioma universal de los corazones benéficos: inſpirábanme confianza y amiſtad; y yo hubiera querido darle á entender mis sentimientos agradecidos, pero no pudiendo explicarme segun mis deſeos, me contenté con decirle todo quanto ſabia en su lengua.

Muchas veces se sonreia mirando á Deterville con semblante fino y dulce. Yo hallaba cierto placer en esta especie de conversacion, quando la PALLAS pronunció algunas palabras en voz bastante alta, mirando á la jovencita, que

baxó los ojos, soltó mi mano que tenia agarrada con las suyas, y no me volvió á mirar. (*)

(*) Además de lo dicho antecedentemente en este asunto me parece oportuno añadir, que hay algunas personas que tratan á los extrangeros injusta y aun inhumanamente sin mas motivo que porque lo son. Me rio de lo que llaman influencia antípatica, ni tampoco quiero por ahora decir las causas políticas que pueden dar motivo á la ojeriza con que se miran unas naciones á otras, porque no es asunto de una nota de esta naturaleza; pues sino con poco trabajo podia echar mi quartito á espadas de erudita. ¿ Dexarán de ser próximos nuestros, y criaturas del mismo supremo artífice todos los hombres? Y bien mirada la cosa, ¿ no merecen mas bien sus errores excitar nuestra compasion, que nues-

Poco tiempo despues entró una muger anciana de una fisonomia feroz, la qual se acercó á la PALLAS,

---

tro odio? Tengo por una preocupacion la mas crasa el querer mal á un Italiano por que no es mi compatriota ¡miren que motivo tan poderoso y razonable! ¿No le basta á un extrangero el pesar de hallárse distante de su pais, y en uno desconocido, sin Padres, parientes, amigos y conexîonados que puedan servirle de apoyo y abrigo contra el infortunio, sin que nosotros añadamos pesares á pesares con nuestra dureza y mal trato? La idea del informe que darán de nuestra Nacion quando regresen á su Patria, debiera, ya que no lo puede conseguir lo que exîgen las leyes de la hospitalidad, contenernos dentro de los límites que prescriben la humanidad y la razon.

vino despues hácia mí, y cogiéndome por un brazo me conduxo casi contra mi voluntad al quarto mas alto sin duda de la casa y me dexó sola en él.

Aunque este momento, ó mi amado Aza, no fué el mas desgraciado de toda mi vida, sin embargo no fué de los ménos penosos que me han acaecido. Espéraba hallar al fin de mi viage algun consuelo en mis inquietudes, y quando ménos contaba con hallar en la familia del CACIQUE la misma bon-

---

¿Quán justamente no nos quexaríamos; con quantos vituperios no denigraríamos su conducta, si nos viésemos asi tratados en su pais?

dad de que él me habia dado tantas pruebas. El frio recibimiento de la PALLAS, la mudanza repentina en los modales y ademanes de la jovencita, la dureza con que aquella muger me arrancó de un sitio en donde estaba tan gustosa; la inatencion de Deterville, que en modo alguno se opúso á esta especie de violencia que se me hacia; todas las circunstancias en fin, con que un alma desgraciada sabe aumentar sus penas, se me presentáron de un golpe baxo los mas tristes aspectos; creíame abandonada de todo el mundo, lloraba amargamente mi fatal destino, quando vi entrar á mi CHINA.

En la situacion en que me hallaba no era extraño que su vista me pareciese una felicidad : corrí hácia ella : abracéla derramando un torrente de lágrimas ; ella se compadeció de mí ; y su enternecimiento me fué de un sumo y apreciable consuelo. Quando uno se cree hallarse reducido á la piedad de sí mismo sin contar con la agena, la de los otros es inapreciable. Las señales de cariño que noté en la muchacha suavizáran mis penas: contábale mis pesares como si ella pudiera entenderlos; hacíale mil preguntas como si pudiera responderme: sus lágrimas hablaban á mi corazon; y aunque las mias

corrian en abundantes raudales no estaban tan llenas de amargura.

Tenia la esperanza de volver á ver á Deterville á la hora de comer, pero me sirviéron la comida separadamente en mi quarto, y no se me han cumplido mis deseos. Desde que te he perdido, amado Idolo de mi corazon, este CACIQUE ha sido el único humano que me ha tratado sin interrupcion con suma bondad; la costumbre de verlo se ha hecho necesidad; y su ausencia duplica mi tristeza. Ultímamente despues de haberle esperado largo rato aunque inútilmente, me acosté, pero aun no habia enjugado el sueño del todo mis lágrimas, quan-

do le vi entrar en mi quarto, seguido de la jovencita cuyo áspero desden me habia sido tan sensible. Arrojóse sobre mi lecho, y por medio de mil cariñosas demonstraciones, parecia querer subsanar el mal modo con que me habia tratado. (*)

(*) Estas visitas clandestinas eran una conseqüencia precisa de aquella prohibicion injusta segun mi corto modo de entender; tales procedimientos de los Padres para con sus hijos son de los que mas debieran evitarse, por que no es posible sino que ocasionen malísimas conseqüencias. Paréceme pues que aunque á un niño no se le debe impedir que haga quanto se le antoje, siempre que no haya en ello inconveniente alguno; por el con-

Sentóse el CACIQUE á un lado de la cama, y á mi parecer manifestaba tanta complacencia en ver-

---

trario jamas, por ningun pretexto, se le debe permitir que practique aquello en que lo hay. De aquí se seguirá infaliblemente, que quando llegue á fortalecerse su razon obedecerán ciegamente quanto se les mande, por que sabrán por experiencia que nada se les niega sin justo motivo. La materia necesita sin duda mas extension, pero solo me reduciré por ahora á decir, que los Padres que niegan á sus hijos ciertos placeres inocentes, de que no puede resultar alguna mala conseqüencia, serán indispensablemente engañados y desobedecidos con el tiempo, y darán motivo á que hagan de noche lo que á su parecer es indiferente y no se les permite hacer de dia. Muchas veces son ma-

me, como yo de que no me habian abandonado: ellos se hablaban mirándome á cada instante, y me colmaban de las mas tiernas y expresivas muestras de cariño.

Insensiblemente fué tomando su conversacion un cierto ayre de seriedad, y aunque sin entender sus discursos me fué facil conocer que estaban fundados sobre una completa confianza y amistad: yo me guardé muy bien de interrumpirlos; pero luego que se volviéron á dirigir á mí sus palabras procuré que me aclarase el CACIQUE

---

los los hijos por que aquellos abusan de su potestad.

las dudas en que me hallaba de todo lo que me habia parecido mas extraordinario desde nuestro arribo.

Lo que pude comprehender de sus respuestas fué que la jovencita que veia se llamaba CELINA; que era su hermana; que el hombre grande que habia visto en la sala de la PALLAS era su hermano mayor; y la otra muger joven esposa de este hermano.

Desde este instante se aumentó mi amor á CELINA, pues que era hermana de mi bienhechor el CACIQUE; y la compañia del uno y del otro me era tan agradable que no percibí que ya era de dia

aun antes que se separásen de mí.

Despues que se fuéron ocupé lo restante del tiempo destinado al descanso en hablar contigo: este es mi único bien; mi mayor alegría: á ti solo, amada alma de mis pensamientos, es á quien patentizo los secretos mas íntimos de mi tierno corazon: tu serás siempre el único depositario de mis secretos, de mi ternura y de mis sentimientos.

CARTA XIV.

Si no continuase, mi amado Aza, quitando de mi sueño el tiempo que te dedico á ti, no gozaría de estos momentos deliciosos en que no exîsto sino para ti solo. Me han vuelto á vestir con mis ropas de Vírgen, y me obligan á estar todo el dia en un quarto lleno siempre de una multitud de gentes, que entran y salen renovándose á cada momento, sin que casi se disminuyan.

Esta distraccion involuntaria me separa freqüentemente á mi pesar de mis mas tiernos pensamien-

tos; pero si pierdo por algunos instantes aquella atencion vivísima que incesantemente une mi alma con la tuya, se vuelve á encontrar despues en las comparaciones tan ventajosas que hago de ti con todo quanto me rodea.

En las diferentes Provincias que he recorrido no he visto unos salvages tan orgullosamente familiares como los de aquí. Con particularidad las mugeres me parece que tienen una bondad despreciable que repugna y choca á la humanidad, y que tal vez me inspiraría tanto desprecio respecto de ellas, como el que ellas demuestran á las otras, si las conociese mas á fondo.

Una de ellas me ocasionó ayer un bochorno, que aun hoy me aflige con su memoria. Quando la concurrencia era mas numerosa, habia hablado á muchas personas sin haberme visto; y ya fuese la casualidad, ó alguno que la hizo reparar, lo cierto es que quando puso los ojos en mí, soltó una fuerte carcajada de risa. Levantóse con precipitacion de su asiento; víno-se á donde yo estaba; hízome poner en pie, y despues de volverme y revolverme quantas veces le sugirió su viveza de genio; despues de haber tocado todas las partes de mi vestido con escrupulosa atencion, hizo una seña á un joven pa-

ra que se acercase, y juntos volviéron á empezar el exâmen de mi persona y adornos.

Aunque me repugnaban las libertades que uno y otro se tomaban, creyendo por la riqueza de los veſtidos de la muger que era alguna PALLAS, y en vista de la magnificencia de los del joven, todo cubierto de chapillas de oro, algun ANQUI (1), no me atreví á oponerme á su curiosidad; pero eſte Salvage temerario, anima-

(1) Príncipe de la Sangre, era preciso permiso especial del INCA para traher oro en los vestidos, y únicamente lo concedia á los Príncipes de Sangre Real.

do con la familiaridad de la PALLAS, y tal vez en vista de mi circunspeccion, tuvo el atrevimiento de poner su mano en mi garganta, pero yo lo aparté tan sorprehendida é indignada, que pudo muy bien comprehender que estaba mas instruida que él en lo que exîgen las leyes de la honestidad y la decencia. (*)

(*) Reprende Madama de Graffigni la mala crianza de algunos jóvenes que se abrogan el derecho de injuriar á sus inferiores en calidad, en saber, &c. Por lo qual, y siendo tanta la cosecha que hay por acá de estos tales, soy de parecer que nos persuadamos á que el parrafo se hizo enteramente para nosotros. Los mismos que se conduelen del mo-

Al grito que yo dí, corrió apresurado Deterville, que apénas dixo al salvage algunas palabras, quando este poniéndole una mano sobre un

---

do con que los tratan sus Superiores tratan á sus criados, ó dependientes con la mayor iniquidad; como que hay algunos amos que los llaman à silvos como á los perros. ¿ Acáso se persuadirán los tales que son hombres de otra naturaleza, quando por las menores vagatelas los insultan, maltratan, ó afrentan? La Condesa de Genlis en su tratado de Adela y Teodoro, (sino me engaño) rebate la opinion de un Escritor Francés que quiere que sean mirados los criados como unos amigos desgraciados. ¡ Vease que extremos tan opuestos! Pues eſto mismo que sucede con los criados por acá, sucede con aquellos sobre quienes nos parece que tenemos alguna superioridad.

hombro, dió tales y tan descompuestas risotadas que se ponia todo contrahecho y feo.

Desembarazóse de él el CACIQUE, y le díxo, poniéndose encendido, algunas palabras con un tono y ademan tan frios, que al momento se disipó la alegria del otro; y no teniendo segun las apariencias cosa que responder, se alejó sin replicar, y no se volvió á acercar.

¡O mi amado Aza, quan respetables me parecen las costumbres de los hijos del Sol á vista de lo extrafalario de las de eſtos salvages! ¡O quanto me trae á la memoria la temeridad del joven AN-

QUI, tu tierno respeto, tu prudente modestia, y los encantos de la honestidad que reynaban en nuestras conversaciones! Yo los presencié desde el primer momento que te viéron mis ojos: tu solo reunes todas las perfecciones que la naturaleza ha repartido con separacion entre los humanos, asi como ha juntado en mi corazon todos los sentimientos de ternura y admiracion, que me inclinan á ti, y me harán tuya hasta el fin de mis dias.

CARTA XV.

Quanto mas vivo, mi querido Aza, en compañia del CACIQUE y su hermana, mas dificultad me cuesta el persuadirme que son de esta Nacion: ellos solos conocen y respetan la virtud. Los modales sencillos, el candor, la bondad, y la modestia alegre de Celina, pudieran hacer creer que ha sido educada entre nuestras Vírgenes. La honesta dulzura, y seriedad apacible de su hermano persuadirian facilmente que ha nacido de la sangre real de los INCAS. Uno y otro me tratan con tanta humanidad como

la que nosotros exerceriamos con respecto á ellos, si las desgracias los hubiesen conducido á nuestros paises; de manera que no me queda duda de que el CACIQUE es tu tributario (1).

Jamás entré en mi aposento sin traerme algun regalo de las cosas maravillosas de que abunda esta Provincia: unas veces me trae pedazitos de aquella máquina que du-

(1) Los CACIQUES y los CURACAS tenian obligacion de dar lo necesario para el vestido y alimento del INCA y la Reyna. Nunca se presentaban á qualquiera de los dos sin ofrecerles un tributo de las curiosidades que producian las Provincias de su mando.

plica los objetos, encerrados en unos cofrecillos de una materia admirable; otras veces son unas piedrecitas ligeras y de maravillosa brillantez, con las quales se adornan aquí casi todas las partes del cuerpo: ya pasando las orejas, ya sobre el pecho, al cuello, en el calzado, lo qual es muy agradable á la vista.

Pero lo que mas me divierte y gusta son unos instrumentitos de metal muy duro de una singular comodidad. Unos sirven para componer varias obras que me enseña á hacer CELINA; otros en forma cortante, sirven para dividir toda clase de telas, de las quales se hacen con ellos tantas partes como se

quiere, sin necesidad de hacer exfuerzos, y de un modo muy divertido. (*)

Tengo en mi poder una infinidad de otras rarezas aun mucho mas extraordinarias, pero como no-

(*) Esto no debe causar extrañeza sino á las personas que no se han dado á la lectura de nueſtros descubrimientos y conquistas de América; pero de todas nuestras Historias consta, que aquellos habitantes daban el oro por pedazos de espejo, cuentas de vidrio, peynes, cuchillos, cascabeles, campanillas, y otras infinitas buxerías de esta clase; y lo mas gracioso es que unos y otros creian engañar á aquellos con quien hacian estos cambios. En verdad que no me parece tan fácil decidir quien tenia razon.

sotros no las usábamos, no hallo en nuestra lengua voces algunas que puedan dar idea de ellas. Yo te conservo, mi amado Aza, con mucho cuidado todos estos dones, pues además del placer que me causará tu sorpresa quando los veas; sin duda te pertenecen. Si el CACIQUE no estubiera sumiso á tu mando ¿como me habia de pagar un tributo, que sabe que solo es debido á la suprema gerarquia? Los respetos que continuamente me rinde, me dan motivo á sospechar que conoce mi órigen. Los regalos con que continuamente me honra, me persuaden sin déxarme la menor duda, que no ignora que debo ser tu

esposa; pues me trata con antelacion como á una Mama-Oello (1).

Esta conviccion tranquiliza y calma una parte de mis inquietudes: yo comprehendo que no me falta mas que la facultad de explicárme para saber del Cacique las razones que le asisten para empeñarlo en retenerme en su poder, y para determinarlo á que me traslade al tuyo, pero hasta tanto aun tendré muchas penas que sufrir.

Es absolutamente preciso que el genio de Madáma (este es el

(1) Este era el nombre que tomaban las Reynas quando ascendian al trono.

nombre de la Madre de Deterville) no sea tan amable como el de sus hijos; pues léjos de tratarme con la misma bondad que eſtos, me mueſtran en todas ocasiones una frialdad y deſden que me mortifican mucho; sin que pueda descubrir la causa; y por efecto de una oposicion de sentimientos, que aun comprehendo mucho ménos, exîge de mí que eſté continuamente en su compañia.

Eſto es para mí una incomodidad insufrible: la violencia, y el temor reynan en todas partes donde asiste aquella; y en tal caso no pueden ni Celina, ni su hermano hacerme señas amistosas sino con

disimulo y á hurto de su Madre; pues ni aun ellos entre sí se atreven á hablar libremente en su presencia. Por esta causa continuan pasando en mi quarto una parte de la noche, que es el único tiempo en que disfrutamos pacíficamente del placer de vernos; y aunque yo no participo de sus conversaciones, su presencia es siempre muy agradable para mí: y puedo asegurar que no consiste en ninguno de los dos el que yo sea feliz; pero, ó mi amado Aza, ellos ignoran que yo no puedo serlo léxos de tí, y que solo me parece vivir en quanto tu memoria, y mi ternura me ocupan toda entera.

CARTA XVI.

Me restan ya tan pocos QUIPOS, mi querido Aza, que apenas me atrevo á hacer uso de ellos. Quando quiero anudarlos, me detiene el temor de que se finalicen, como si economizándolos pudiera multiplicarlos. Ya voy á perder el único placer de mi alma, el apoyo de mi vida: nada podrá aliviar el peso de tu ausencia: forzosamente me costará la vida.

Hallaba el mas delicado regocijo en conservar el recuerdo de los mas secretos movimientos

de mi corazon, para ofrecértelos en holocausto. Quisiera conservar la memoria de las principales costumbres de esta Nacion singular, para entretener tus ratos de vagar en dias mas felices; pero, ¡ay sin ventura, quan poca esperanza me queda de poder executar mis proyectos!

Si al presente hallo tantas dificultades en poner en órden mis ideas ¿cómo podré en lo sucesivo traerlas á la memoria sin un socorro extraordinario? Es verdad que me ofrecen uno pero es tan difícil su execucion que lo tengo por imposible.

El CACIQUE me ha presentado

un salvage de esta Provincia, que viene todos los dias á darme leccion de su lengua, y del método de que aquí se sirven para dar una especie de exîstencia á los pensamientos.

Eſto se hace trazando con una pluma unas figuritas, que llaman LETRAS, sobre una materia blanca y delgada que llaman PAPEL: estas figuras tienen nombres, y estos nombres mezclados y coordinados representan los sones de las palabras; pero eſtos nombres y estos sonidos me parecen tan poco distintos unos de otros, que si consigo algun dia entenderlos, estoy segura de que será á costa de mucho tra-

baxo. Este pobre salvage se lo toma increible é infinito para instruirme; y yo mucho mas para aprender; pero sin embargo hago tan pocos progresos, que abandonaría la empresa, si supiese que por otro camino podia informarme de tu suerte y de la mia. ¡ Pero no lo hay, mi querido Aza! por cuyo motivo en nada hallaré placer sino en eſte nuevo y singular estudio. Quisiera vivir sola para ocuparme únicamente sin intermision ni descanso en él; de modo que la precision que se me ha impueſto de eſtar siempre en el quarto de MADAMA es para mí un suplicio.

Al mismo tiempo que á los

principios excitaba la curiosidad de los demas, entretenia la mia, pero quando solamente se hace uso de los ojos, estos quedan en poco tiempo satisfechos. Aquí todas las mugeres se pintan la cara de un mismo color; todas hacen siempre los mismos ademánes; tienen los mismos modales, y yo creo que siempre dicen unas mismas cosas. Las apariencias son mas várias entre los hombres: algunos tienen semblante de meditadores, pero hablando generalmente sospecho que esta Nacion no es lo que parece: la afectacion es á mi modo de entender su cáracter dominante.

Si las demonstraciones de celo

y expresion con que aquí se decoran las menores obligaciones sociales fueran naturales, seria preciso, Aza mio, que estos Pueblos tuvieran en su corazon mas porcion de bondad, y mas humanidad que los nueſtros; ¿ y esto quien puede ni aun imaginarlo ? (*)

(*) En esta parte sobre poco mas ó menos me parece que ya todos somos unos Franceses y Españoles. Todos los extremos son viciosos por lo comun ; y desde la quijoteria gótico-caballeresca , como dice N...., hemos pasado á una frivolidad extremada , y superficialidad insufrible ; de modo que la insubſtancialidad ha ocupado el lugar que dexaron vacío una seriedad y prosopopeya inaguantables. Todo es apariencias y nada realidad. ¿ Quién hay que no quede edificado en vista de las pruebas de

Si tuvieran tan serena el alma como el semblante; si la propension á la alegría que noto en todas sus acciones fuera síncera, ¿cómo seria posible que eligiesen para su diversion unos espectáculos como los que me han hecho ver?

Con efecto me han conducido á un parage en donde se represen-

---

amistad y cariño que nos prodigamos unas á otras? Pues todo ello es conversacion. Los besos y los abrazos no son ya unas pruebas evidentes, sino muy equívocas de afecto. ¡O si léyeramos buenos libros! ¡O si se nos adornara el espíritu! ¡O si desde niñas se nos inspirára el desprecio á ciertas pataratas! Entonces seríamos mugeres; ahora somos unas figuritas de óptica, y nada mas.

tan como en tu Palacio sobre poco mas ó ménos las acciones de unos hombres que no exîſten (1); con sola esta diferencia, que si nosotros hacemos commemoracion de los prudentes y virtuosos, yo creo que aquí solamente se celebran los insensatos y malvados.

Los que representan, gritan y se agitan como unos furiosos, y en alguno de ellos he viſto llegar á tanto extremo la rabia que se mató á sí mismo. Unas mugeres hermosas, á quienes ellos persiguen

(1) Los Incas hacian representar ciertas especies de comedias cuyos asuntos se tomaban de las mejores acciones de sus predecesores.

segun las apariencias, lloran incesantemente, y hacen unos gestos de desesperacion, que no necesitan de las palabras de que van acompañados para dar á conocer el exceso de su dolor.

¿ Cómo es creible, mi querido Aza, que un Pueblo entero, cuya exterioridad y apariencias son tan humanas, se complazca en la representacion de las desgracias, ó de los delitos que en otro tiempo han envilecido ú oprimido á sus semejantes? ¿ Si acaso será aquí necesario el horror del vicio para conducir á los humanos á la virtud? Este pensamiento me ocurre sin pretenderlo, ni buscar-

lo ; y si fuese verídico ¡ ó quanto me compadeceria de eſta Nacion ! La nuestra, mas favorecida de la naturaleza, ama el bien por ſus propios atractivos : solo necesitamos modelos de virtud para ser virtuoſos ; asi como solo basta amarte para ser amable.

CARTA XVII.

Yo no sé que pensar, mi amado Aza, del genio de eſta Nacion. Recorre los extremos , y va de unos en otros con tanta rapidéz , que seria necesario ser mas hábil de lo que yo soy , para formar un juicio sólido de su caráɛter.

Me han llevado á ver un espectáculo totalmente opuesto al primero. Este cruel, espantoso, repugna á la razon , y abate la humanidad ; aquel divertido, agradable, imita la naturaléza, y hace honor á la facultad racional, y se compone de mucho mayor número de

personas que el otro. Tambien se representan en este acciones de la vida humana, pero ya procure expresar la pena ó el placer, la alegría ó la tristeza, siempre es por medio de cantos y danzas.

Es preciso, mi amado Aza, que la inteligencia de los sonidos sea universal: por que me ha sido tan fácil revestirme de las diferentes pasiones que se han representado, como si se hubieran expresado en nuestra lengua: y esto me parece muy natural.

El lenguage humano es indudablemente una invencion de los hombres, pues que se diferencia segun las diferentes naciones. La natura-

leza, mas poderosa y mas atenta á las necesidades y á los placeres de sus criaturas, les ha dado unos medios generales de explicarse, que se imitan muy bien por los cantos que he oido.

Si es verdad que los sonidos agudos expresan mejor la necesidad de socorro en un pesar violento, ó en un dolor vivo, que las palabras entendidas en una parte del mundo, y que no tienen en la otra significacion alguna; no lo es ménos que los tiernos gemidos y lamentos hieren nuestros corazones imprimiendo en ellos una compasion mucho mas eficaz, que unas palabras, cuya coordinacion eſtrafala-

ria produce por lo comun un efecto contrario.

¿No inspiran inevitablemente en el alma los sones vivos y ligeros un placer alegre que no es capaz de excitar sino imperfectamente la relacion de una hiſtoria divertida, una chanza aguda? ¿Hay en algun idioma expresiones que puedan comunicar un placer síncero é ingenuo con tan buen suceso, como lo consiguen los juegos sencillos de los animales? Parece pues que las danzas pretenden imitarlos, ó á lo ménos inspiran con corta diferencia los mismos sentimientos.

Ultimamente, mi amado Aza; en este espectáculo todo es con-

forme á la naturaleza y á la humanidad.! ó ¿ qué bien se puede hacer á los hombres que iguale al de inspirarles la alegría? Yo la disfruté y sentí en mi misma, y la llevaba conmigo casi contra mi voluntad, quando la turbó un accidente que sucedió á CELINA.

Al salir del espectaculo, nos separamos un corto trecho de la multitud, y nos sosteniamos recíprocamente una á otra temiendo caernos. Deterville iba algunos pasos mas adelante con su cuñada á quien servia de bracero, quando un jóven salvage, de amable presencia, se acercó á Celina; la dixo algunas palabras en secreto, la dexó

un papel en la mano, que apenas tuvo fuerzas para poder recibir, y se alejó de nosotras.

Fué tanto lo que se asustó Celina quando se acercó á ella, que me hizo participar del temblor que azoraba todos sus miembros, y solo pudo volver hacia él tiernamente la cabeza quando se separó de nosotras. Parecióme tan débil, que creyendo que la habia acometido algun accidente repentino, iba á llamar à su hermano Deterville para que la socorriese, pero ella me contuvo y me impuso silencio poniendo uno de sus dedos sobre su boca; y yo quise mas quedarme con mi inquietud y sobresalto que

desobedecerla. (*)

La misma noche quando el hermano y la hermana vinieron á mi

(*) Es cierto que hay muchos hijos malos; pero tambien lo es que hay muchos padres que no acordándose de que fueron hijos, se empeñan en elegir á su gusto las halajas que han de ser para aquellos. Deben sin duda procurar contener los progresos de una pasion desarreglada; y á mi parecer obran en esta parte con mas prudencia, que quando se empeñan en dirigir á su gusto las inclinaciones de sus hijos, de que se hablará mas adelante. ¿A quantos escondites peligrosos no dan lugar unas prohibiciones indiscretas? ¿Quantos escándalos públicos y desavenencias domésticas no ocasionan? ¿Quantas jóvenes hay que se entregan á la confianza de una criada interesada ó liviana, por una falta de decente libertad? Y quantos perjuicios, quán

quarto, mostró á aquel el papel que habia recibido, y por lo poco que pude inferir de su conversacion,

---

irremediables y vergonzosas conseqüencias no acarrean semejantes desordenes! Y esto ¿porque? Por que governados algunos Padres por el interés mundano, impiden que sean como debieran serlo, los únicos depositarios de la confianza de sus hijos ¿Quienes tienen mas derecho á exigir que se les patenticen los secretos de su corazon? Nadie: y con todo son por lo comun los últimos que lo saben. Lo qual nace á mi parecer de que se empeñan en que un jóven de veinte años obre como si tuviera sesenta, exigiendo de ellos una conducta irreprehensible y angélica, sin contemporizar jamás ni mirar con indulgencia las flaquezas anexas á la edad juvenil; y quando los Padres quieren disponer á su antojo del albedrio de sus hijos, estos se recatan

hubiera creido que ella amaba al jóven que se lo habia entregado, si á mi modo de entender fuera posible el que causase tanto susto la presencia de lo que se ama.

Aun podria, mi amado Aza, participarte otras muchas observaciones que he hecho; pero ¡ Ay de mi ! voy viendo el fin de mis cordones y mis nudos, de eſtos nudos que me parecen ser una cadena de comunicacion entre mi corazon y el tuyo, y que ya no son mas que triſtes objetos de mis pesares. La ilusion que me ocasionaban me

persuadidos á que si cometen una falta y recurren á su amparo, hallarán un Padre riguroso, en vez de benigno. En tales casos unos y otros deberian ceder de su derecho.

abandona; y la fatal verdad la reemplaza: mis pensamientos errantes, confundidos, y descaminados en el inmenso vacío de la ausencia, se disiparán en lo sucesivo con la misma rapidéz que se desliza el tiempo. ¡O mis fieles intérpretes! ¡O mis amados QUIPOS! ¡O mi adorado Aza! ya se acabáron, mi mano trémula cesa de anudarlos. Amado Aza, me parece que nos separan segunda vez; que de nuevo me arrancan á tu amor. Yo te pierdo, me aparto de ti, ya no te volveré á ver. ¡Aza! amada esperanza de mi tierno corazon ¡A quanta diſtancia vamos á separarnos uno de otro!

CARTA XVIII.

¡O mi amado Aza, quanto tiempo ha estado como suspendida mi vida! El Sol ha hecho la mitad de su círculo desde la última vez que gozé de la felicidad artificial que yo misma me forxaba figurándome que hablaba contigo. ¡Quan larga me ha parecido esta duplicada ausencia! ¡Quanto no ha sido preciso exforzar mi valor para sobrellevarla! Yo no vivia en realidad sino en lo futuro; y lo presente no me parecia digno de entrar en cuenta. Mis pensamientos no eran mas que deseos; todas mis reflexîo-

nes, proyectos, y todos mis sentimientos, esperanzas.

Apenas me hallo en disposicion de poder formar estas figuras, que me apresuro á hacer interpretes de mi ternura: y á mi parecer me reaníma y vivifíca esta amable ocupacion. Vuelta pues en mí misma de esta especie de letargo, me parece que vuelvo á empezar la carrera de mis dias. ¡O Aza, quanto te amo! ¡que alégria me causa el decirtelo, el escribirlo, y dar á este sentimiento todas las especies de existencias que puede tener! Quisiera trazarlo ó esculpirlo en el mas duro metal, en las paredes de mi quarto, en mis vestidos, en todo

quanto me rodea, y expresarlo en todos los idiomas.

¡ Ay de mi, y quan funesto es para mi al presente el conocimiento del que me sirvo! ¡ quan engañosa ha sido la esperanza que me induxo á instruirme en el! Al paso que adquiero inteligencia, un nuevo Universo se vá ofreciendo á mis ojos: los objetos han tomado una forma distinta; y cada conocimiento me descubre una nueva desgracia.

Mi espíritu, mi corazon, mis ojos, todo me ha seducido: hasta el mismo Sol me ha engañado. Este pues ilumína al mundo entero de que tu Imperio no es mas que

una porcion, asi como otros muchos Reynos que lo componen. No creas, mi amado Aza, que me hayan engañado en quanto á eſtos hechos increibles : demasiado me los han demoſtrado y hecho palpables.

Léjos de hallarme entre los Pueblos sumisos á tu obediencia, eſtoy, no solamente baxo un extrangero dominio, sino tan diſtante de tu Imperio, que aun seria ignorada nueſtra Nacion, si otra acostumbrada á despreciar los obſtáculos que se oponen á sus empresas, no hubiera vencido y arrostrado peligros espantosos hasta llegar á nueſtra Region.

¿Y no será capaz de hacer el

amor lo que hizo la ambicion de la gloria ? Si me amas, si deseas unirte á mí, si aun piensas en la deſgraciada Zilia, no hay cosa que no deba esperar de tu ternura y de tu generosidad. Y sino, enseñénme los caminos que pueden conducirme haſta tu presencia; los peligros que haya que vencer, y las fatigas que sufrir, serán placeres para mi amante corazon.

CARTA XIX.

Aun eſtoy tan poco dieſtra, mi querido Aza, en el arte de escribir, que necesito infinito tiempo para formar un corto número de lineas. Sucedeme por lo comun que deſpues de haber escrito mucho, ni aun yo misma puedo adivinar que es lo que quise decir. Eſte embarazo embrolla todas mis ideas, me hace echar en olvido lo que con mucho trabaxo habia traido á mi memoria; vuelvo á empezar; nada adelanto, porque suele salir peor, pero sin embargo continúo,

Sin duda hallaria mas facilidad

sino tubiera mas que hacer que pintarte las expresiones de mi ternura: la viveza de mis sentimientos allanaria todas las dificultades; pero quisiera tambien darte cuenta de todo lo que ha pasado en el intervalo de mi silencio. Quisiera que no ignoraras ninguna de todas mis acciones; bien que de mucho tiempo á eſta parte son tan poco interesantes, y tan uniformes que me será imposible distinguirlas las unas de las otras.

El principal acontecimiento de mi vida en este intermedio ha sido la ausencia de Deterville. Hace ya un espacio de tiempo que aqui llaman SEIS MESES, que marchó á

la guerra por los intereses de su Soberano. Quando partió, aun ignoraba yo el uso de su lengua; sin embargo, en vista del acerbo dolor que demostró al separarse de su hermana y de mí, comprendí que lo perdiamos por mas largo tiempo.

En verdad que derramé muchas lágrimas: mil temores angustiáron mi corazon, que no pudieron disipar las bondades de Celina; pues perdia en él la mas sólida esperanza de volverte á ver. ¿A quien podría yo recurrir, si me acontecian nuevas desgracias? Nadie absolutamente me entendia entonces.

No tardé mucho en experimentar los efectos de esta ausencia.

MADAMA, cuyo desden habia adivinado muy bien, y que siempre me habia tenido en su compañia cerca de su persona, por no sé que especie de vanidad que la infundia, dicen, mi nacimiento, y el poder que sobre mí tenia, me hizo encerrar con Celina en una casa de Vírgenes, en donde aun permanecemos.

No me desagradaria este retiro, si hallándome en estado de entenderlo todo, no me privase de las instrucciones de que necesito segun el designio que he formado de irte á buscar. Las Vírgenes que lo habitan son tan sumamente ignorantes, que ni aun siquiera pueden

satisfacer á mis menores curiosidades; de manera que no parece sino que la Divinidad á quien rinden su culto exige que avandonen sus beneficios, los adornos del espíritu, los sentimientos del corazon, y la razon misma: á lo ménos así me lo hacen pensar sus discursos. (*)

Aunque encerradas como las nuestras tienen una ventaja de que carecen las del Templo del Sol; pues aqui las paredes abiertas por algunos parages, y solamente cerrados por medio de unos pedazos de hierro pueſtos en cruz, coloca-

(*) Esto habla con las de Francia; téngase asi entendido para evitar equivocaciones.

dos con bastante inmediacion unos á otros, dexan libertad para ver y hablar á las gentes de afuera; y esto es lo que llaman LOCUTORIOS.

A favor de eſta comodidad continúo dando y tomando mis lecciones de escribir. Solamente hablo con el Maeſtro que me las dá; y su ignorancia en todo lo que no es perteneciente á su facultad, no permite que yo salga de la mia. Celina no me parece mas bien instruida: noto en sus respuestas á mis preguntas un cierto embarazo, que no puede tener otro origen que el de un disimulo mal entendido ó de una vergonzosa ignorancia. Sea lo que fuese, su conversacion se re-

duce siempre á los interéses de su corazon, y á los de su familia.

El jóven Francés que la entregó el papel al salir del teatro en dónde se canta, es su Amante como en efecto me lo habia yo recelado; pero Madama Deterville, que no quiere que se unan, le prohibe absolutamente que lo vea; y para impedirlo con mas seguridad, no quiere tampoco que hable con persona alguna sea quien fuese.

Esto no es porque su eleccion sea indigna de sus circunstancias, sino porque esta Madre vana y cruel quiere aprovecharse de una costumbre barbara establecida entre los grandes Señores del pais,

para obligar á Celina á que tóme el habito de Vírgen para aumentar la riqueza de su hijo primogenito. Por la misma razon ha obligado ya á Deterville á que elija una cierta órden, de la qual no podrá salir desde el momento que haya pronunciado unas palabras que llaman VOTOS. (*)

(*) ¡ Valgame Dios ! ¡ Que haya Padres que tal sacrificio exijan de sus hijos! ¿ Es acaso una vagatela el condenarse á una perpetua reclusion por toda su vida ? ¿ Tan fácilmente se persuaden que es posible resistir á unas pasiones, que ellos mismos suelen llevar hasta el Sepulcro ? ¿ Tan fácil es cumplir unos votos que se hacen con repugnancia ? ¡ Ha ! si los que se abrazan voluntariamente son penosos, y á veces irresistible su transgresion ¿ qué de-

Celina se resiste con todas sus fuerzas al sacrificio que se quiere exigir de ella; y se sostiene su valor con las cartas de su amante, que yo recibo de mi maestro de escribir, y que la entrego al momento; sin embargo sus pesares y sentimientos han ocasionado en su caracter tanta alteracion, que léxos de tratarme con la misma bondad que antes, quando aun no hablaba la lengua, derrama en nuestra amis-

---

bemos persuadirnos de los que se forman á sugestiones de una sordida avaricia? El ser Supremo no quiere victímas forzadas, y ¡ay de aquellos que por interéses mundanos y efiméros, conducen al pie de los Sacrosantos altares las inocentes victímas de su perversidad!

tad una amargura que acibara mis penas.

Siendo pues yo confidente perpetua de las suyas las escucho sin disgustarme ; la compadezco sin violentarme , y la consuelo con amistad; y si dispertada mi ternura, por la pintura de la suya, me obliga á que busque consuelo á la opresion de mi corazon, solamente basta que pronuncie tu nombre, para que aparezcan en su semblante la impaciencia y el desprecio: me disputa tu talento tus virtudes, y hasta tu amor.

Hasta mi CHINA (yo no la llamo de otra manera; este nombre ha parecido gracioso, y con él la han

dexado) mi CHINA pues, que al parecer me amaba, y que me obedecia en todas ocasiones, se toma el atrevimiento de exhortárme á que no piense en ti; y si le impongo silencio me dexa y se sale: llega Celina, y es preciso ocultar mi disgusto. Esta opresion tyranica ocasiona el mas extremado de todos mis males: ya no me resta mas que la sola y penosa satisfaccion de cubrir este papel de las expresiones de mi ternura, pues que él es el único testigo docil y pacifico de los sentimientos de mi corazon.

¡Ay de mi! Tal vez me tomo un trabajo inútil: tal vez no llegará jamas á tu noticia que solo he

vivido por ti y para ti. Este horroroso pensamiento debilita mis esfuerzos y valor, sin que por eso pueda hacer que dexe de continuar escribiendote. Conservo toda mi ilusion, para conservarte mi vida: separo de mi la razon barbara que quiere aclarar mi suerte: sino tuviera esperanza de verte, pereceria irremediablemente, mi amado Aza; estoy cierta en ello: sin tí, la vida es para mi un suplicio.

CARTA XX.

Entregada toda hasta ahora, mi amado Aza, á las penas de mi corazon, no te he hablado de las de mi espíritu; que no son ménos crueles. Yo experimento una de cierta clase desconocida entre nosotros, causada por las costumbres generales de esta Nacion; tan diferentes de las nuestras, que á no darte alguna idea de ellas no podrás compadecerte de mi inquietud.

La desgracia de los Nobles en general nace de las dificultades que hallan en conciliar su magnifi-

cencia aparente, con su pobreza real y verdadera.

El comun de los hombres solo mantiene su eſtado por lo que llaman comercio, ó industria: la mala fé es el menor de los crimenes que de aqui resultan.

Para vivir una parte del pueblo se vé en la precision de recurrir á la humanidad de los demás; cuyos efectos son tan limitados, que apénas sacan estos infelices lo necesario para no morirse de hambre. (*)

(*) Nosotros en eſta parte somos como en otras muchas extremados, pero si es cierto en un todo lo que dice el original que traduzco,

Sin tener oro es imposible adquirir una porcion de esta tierra que la naturaleza ha dado á todos

---

se puede decir que en general somos nosotros mas caritativos; pero regularmente son ménos los que debieran ser mas ; y esto con mucha indiscrecion. Hay personas que dan limosna al primer vagamundo que se les presenta ; verdad es que suele ser porque lo vean ; pero hay otras que ni en dónde lo sepan todos, ni en dónde lo sepa él solo. Tan malo con corta diferencia es lo uno como lo otro. Dar limosna á vagos es , además de fomentar la ociosidad, hacer una usurpacion á los verdaderos necesitados ¿ Y dexará de contribuirse al sustento de todos los vicios dando alicientes á la madre de todos ellos ? Y ¿ quién creerá que hay personas que tienen poco ménos que por delatable este raciocinio ? Por otra parte no aliviar con alguna limosna la miseria del enfermo , de la

los hombres. Sin poseer lo que llaman BIENES, es imposible tener oro, y por efecto de una inconse-

viuda, del anciano impedido, del jóven huerfano, del imposibilitado de ganar el triste sustento diario, &c. es lo mismo que querernos confundir con los animales mas feroces, y tener entrañas de pedernal. Algunas veces me ocurren á la imaginacion simultaneamente las imagénes de la mesa de un Magnate, y la de un pobre jornalero. ¡O como me mortifica la inconcebible distancia que debe haber de la una á la otra! Por una parte veo al orgulloso Señorón, presa de todos los vicios anexos á la opulencia y á la inaccion, buscando alicientes á un apetito que la sobra de todo, y la indolencia tienen enteramente destragado, é inapetente, y por otra al honrado, al virtuoso y fornído jornalero, rodeado de hijuelos robustos y juguetones, que con hambre sana y na-

qüencia repugnante á las luces naturales, y que impacienta y saca de quicio á la razon, esta orgullosa Nacion (segun las leyes de un falso honor que ella ha inventado) mira como una cosa vergonzosa el recibir de qualquiera otro que de el Soberano, lo que es necesario para el sustento de la vida, y de su estado. Este Soberano derrama entre tan corto numero de vasallos sus liberalidades en comparacion

---

da escrupulosa se contentan con una mesa frugal cubierta de manjares groseros; fruto de sus afanes. ¡Ah poderoso! ¿No te condueles de la triste suerte del que con sus sudores ha surtido tu mesa? ¿No? Pues por otra parte pagarás lo que debes á la humanidad, indolente.

de la multitud de desgraciados, que tanta locura seria el pretender tener parte, como ignominia en libertarse por medio de la muerte de la imposibilidad de vivir, ó bien de su trabajo, ó mendigando el favor de otro.

El conocimiento de estas tristes verdades no excita desde luego en mi corazon mas sentimiento que el de la piedad para con aquellos miserables, é indignacion contra las leyes. Pero ¡ay! el tono de desprecio en que oygo hablar de los que no son ricos, me hizo hacer crueles reflexîones con respecto á mi misma. Yo no tengo oro, tierras, ni industria: por nece-

sidad soy una parte de los ciudadanos de este pueblo. ¡O Cielos! ¿en que clase me debo colocar?

Aunque me es desconocido todo sentimiento vergonzoso que nace de una falta cometida; y aunque conozco quanta insensatéz hay en recibirlos por causas independentes de mi poder, ó voluntad, no puedo evitar el que me causa la idea que los demás formarán de mi. Esta pena me sería insufrible, sino esperase que un dia tu generosidad me pondrá en eſtado de poder recompensar, á los que contra mi voluntad me humillan con beneficios; que á mi parecer me hacen mucho favor.

No consiste todo esto en que Celina no haga quantos exfuerzos le son posibles para calmar mis inquietudes en esta parte; sino que lo que veo, lo que oygo de las gentes del pais, me hace en general desconfiar de sus palabras: en suma, mi querido Aza, sus virtudes tienen tanta realidad como sus riquezas. Los muebles que habia creido ser de oro, no lo son mas que en su superficie; su verdadera substancia es de madera: de la misma manera lo que llaman politica y atencion, oculta ligeramente sus defectos baxo las apariencias de virtud; pero con poca atencion se descubre tambien facilmente el artificio, co-

mo el de sus falsas riquezas. (*)

Debo una parte de estas noticias á una especie de escritos que

(*) Con efecto, á mi parecer todo quanto nos rodea sigue el paso de las costumbres. Hubo un tiempo en que la gravedad de éstas se representaba hasta en el prolixo trabajo de nuestros muebles, los embutidos de marfil y bronce de nuestros escritorios y roperos, y la magnificencia de doradura y talla de los artesonados de los Zaguanes. Todo era machucho, y solído, pero con exceso: ahora ya se gradúa el mérito de las cosas por su ligereza valadí. ¡Todo es extremos! ¿quando pararémos en un prudente medio? Antes se quitaban los hombres la vida por mantener una verdad, acrisolarla, y cumplir una palabra: ahora es la primera desconocida, y por conseqüencia nadie se mata por lo que no exifte sino casi casi en los espacios imaginarios; y de tal ma-

llaman LIBROS. Aunque todavia me cuesta mucha dificultad el comprehenderlos me son de mucha utilidad: con ellos adquiero muchos conocimientos; Celina me explica lo que sabe, y yo compongo y comparo ideas que á mi parecer son justas.

---

nera se dá la segunda y se falta á su cumplimiento, que no habría quien quando ménos no tubiese rota ó empañada la cabeza por estas faltas comunes y leves. Esto quando repartido el mundo en dos bandos no se ocupáran en matarse reciprocamente por estas travesuras que ahora se miran como juguetes de niños, si en otro tiempo se derramaban arroyos de sangre human a, para expiar sus contravenciones. Virt ud maciza y sólida, Dios la dé: hipócresia y ap ariencia, á pedir de boca.

Algunos de estos libros me enseñan lo que los hombres han hecho, y otros lo que han pensado. Yo no puedo explicarte, mi amado Aza, la excelencia del placer que segun pienso hallaría leyendolos si los entendiera mejor, ni el extremado deseo que tengo de conocer á algunos de los hombres divinos que los componen. Yo comprehendo que son para el alma lo que el Sol con respecto á la tierra; y que hallaria en ellos todas las luces, y socorros de que necesito; pero no veo que pueda fundar esperanzas de conseguir algun dia esta satisfaccion. Aunque Celina se aplica á la lectura con bastante continua-

cion, no eſtá muy bien instruida para satisfacerme; apenas le habia pasado por la imaginacion el que los libros han sido hechos por hombres: ignora sus nombres, y aun si viven todavia.

Yo te llevaré, mi amado Aza, todo quanto pueda juntar de eſtas maravillosas obras; yo te las explicaré en nueſtra lengua; tomaré el gusto á la suprema felicidad, de proporcionar un nuevo placer á lo que tanto amo. ¡Ay de mi! ¿será esto posible?

CARTA XXI.

Por ahora, mi amado Aza, no me falta materia para hablar contigo. Me han proporcionado una conversacion con un CUSIPATA. que aqui llaman RELIGIOSO, instruido de todo, el qual ha prometido no dexarme ignorar cosa alguna. Atento como un gran Señor, sabio como un AMAUTA, y sabe con tanta perfeccion las costumbres del mundo como los Dogmas de su Religion. Su conversacion, mas util que un libro, me ha proporcionado una satisfaccion que no habia tenido desde que mis desgracias me separaron de ti.

Venía con el fin de instruirme en la Religion de Francia, y exhortárme á que la abrazase. Segun me ha hablado de las virtudes que prescribe, sin duda están sacadas de la ley natural, y á la verdad tan puras como las nuestras; pero yo no tengo el talento bastantemente sutil para percibir la analogia que deberian tener con ella las costumbres y usos de la Nacion; pues por el contrario hallo una contradiccion é inconseqüencia tan notables, que absolutamente repugna á mi razon, la comparacion de las unas con las otras. (*)

(*) He aqui una cosa que ha ocupado muchas veces mi imaginacion. Todo el mundo

Por lo que toca al origen y principios de esta religion no me

se jacta de Religioso, y suelen muchos que se lisongeán de tales, dar en aquel momento pruebas de lo contrario. Yo creo que hay mas irreligion, ménos conocimiento de Dios de lo que se imagina, y mas hipocresia y superstición de lo que se piensa. Tambien conceptúo que nuestras costumbres solas serían capaces de substraer aun proselito ó catecumeno, que para abrazar, nueſtra santa religion, quisiese informarse de aquellas para hacer concepto de esta; pues sin duda la dureza é irracionalidad de muchas de las primeras, le parecerían incompatibles con la dulzura y santidad de las segundas, y le harian formar un concepto erroneo. Ello puede no ser así; pero lo que yo veo es que suelen dár muy mal exemplo los mismos que nos debieran servir de modelo por sus circunstancias; los que

han parecido tan increibles como la Historia de MANCOCAPAC, y lago de TISICACA: (*) la moral es tan pura, que sin duda hubiera escuchado al CUSIPATA con mas complacencia sino me hubiera hablado con tanto desprecio del cul-

por ellas debieran ser los mantenedores de su pureza, y conciliar asi las unas con la otra.

(*) El lago de Tisicaca que contiene la Isla del mismo nombre, es en donde los Peruanos creyeron que el Sol su Padre puso á los dos hijos varon y hembra, quando los envio para que los doctrinasen. Por esta razon y mirandólo como un sitio sagrado construyeron los Incas en ella un Templo dedicado al Sol, todo aforrado, dice Garcilaso, de tablones de oro; y que se servia del mismo modo que los del Cuzco &c.

to que tributamos al sol: toda parcialidad destruye la confianza. Hubiera podido aplicar á sus raciocinios lo que él oponia á los mios; pero si las leyes de la humanidad prohiben el que se hiera á su semejante por que esto es hacerle un mal, parece que no debe haber razon para causar heridas en el alma con el desprecio de las opiniones: de suerte que me contenté con explicarle mis sentimientos sin oponerme ni contrariar los suyos. (*)

(*) Conozco quán delicada es la materia para mi pulso femenil; pero permitaseme una reflexîon que me ha sugerido mas bien mi celo piadoso que mi talento. Haciendo relacion el incomparable apologista de Cortes

Por otra parte otros interéses me obligaron á mudar de asunto en nuestra conversacion. Interrum-

de la resolucion que este nunca bien ponderado Capitan formó de derribar los Idólos de Tlascala, dice por boca de Fray Bartólome de Olmedo las siguientes palabras para disuadirlo de una empresa mas celosa que prudente. ,, Que no estaba sin escrupulo de la violencia ,, que se hizo á los Zempoales :::: que aque- ,, llo en substancia era derribar los altares y ,, dexar las Idólos en el corazon. ,, Pareceme, pues, que no es el mejor modo de hacer proselitos, entrar vituperando una secta que se pretende desterrar, antes de inspirar amor á la verdadera. Y á mi corto modo de entender no hay duda en que como despreciar una secta, no es lo mismo que convencerla de falsa, siempre será un paso que exaspere mas bien que suavice, para dar oidos á nuestra Reli-

pile, pues, quando hallé la ocasion, para hacerle algunas preguntas sobre la distancia á que estaba la Ciudad de Paris de la del CUZCO, y en quanto á la posibilidad de la travesia. Satisfizome con bondad el CUSIPATA, y aunque me pintó la distancia á que se hallaban las dos Ciudades, de una manera que me hicieron mirar como insuperable la dificultad del viage, me bastó saber que la cosa era posible, para reanimar mi valor, y darme la confianza de comunicar mi designio á este buen Religioso.

---

gion; y tengo por indudable, que admitidas las verdades de esta, los errores de la falsa se arruinarán por si mismos.

Asómbrose este, y se exforzó en disuadirme de semejante empresa pero con unas palabras tan dulces, que aun yo misma me enternecí con la idea de los peligros á que me exponia. Sin embargo no se alteró mi resolucion, y supliqué al Cusipata con las mas vivas instancias, que me enseñase los medios de poder volver á mi Patria. Negóse á informarme por menor, y solamente me dijo que hallandose Deterville en una alta consideracion, asi por su distinguido nacimiento, como por su mérito personal, podría conseguir quanto quisiese; y que teniendo un Tio poderoso en la Corte de España, podía

con mas facilidad que ninguna otra persona proporcionarme noticias de nueſtros desgraciados países.

Para acabarme de determinar á que esperase su regreso, que me aseguró no eſtar distante, añadió, que en viſta de los muchos favores que debía á eſte generoso amigo, no podía sin exponer mi honor disponer de mí sin su participacion y consentimiento. Convine, como era razon, en lo mismo, y escuché con placer el elogio que me hizo de las singulares qualidades que distinguen á Deterville de las demas personas de su gerarquia. El peso del agradecimiento, mi querido Aza es sumamente ligero,

quando se recibe de mano de la virtud.

Este hombre sabio me dixo despues, de que manera fueron los Españoles conducidos á tu Imperio. Explicóme tambien, como el derecho de la guerra me hizo caer en manos de Deterville por medio de un combate de que salió victorioso, despues de haber apresado otros muchos Baxeles de aquella Nacion entre los quales estaba el que me conducía.

Ultimamente, mi amado Aza, si este sabio religioso ha confirmado mis males, á lo ménos me ha sacado de la cruel obscuridad en que vivia con respecto á tantos aconte-

cimientos funeſtos, lo qual no es un corto consuelo para mis penas. Espero lo demas del regreso de Deterville: eſte es humano, noble, virtuoso, y debo contar con los efectos de su generosidad. Si me vuelve á tu poder ¡O que beneficio! ¡que alegria! ¡que felicidad!

CARTA XXII.

Yo habia contado, mi querido Aza, con contraer una estrecha amistad con el sabio CUSIPATA; pero la segunda visita que me hizo destruyó la buena opinion que habia formado en la primera.

Si al principio me pareció afable y sincéro, despues he hallado dureza, y alguna falsedad á mi modo de entender en quanto me ha dicho.

Tranquilizado mi espiritu en quanto á los interéses de mi ternura, quise satisfacer mi curiosidad en quanto á los hombres maravillosos que componen los libros.

Empecé primero preguntandole que papel hacian, que clase ocupaban en el mundo, la veneracion con que se les miraba; últimamente que honores, que triunfos se consagran á su memoria por tantos beneficios como ocasionan á la sociedad.

No puedo decir que halló el CUSIPATA de gracioso ó chancero en mi discurſo, y preguntas, pero lo cierto es que se sonreía conforme las pronunciaba, y que me respondió con expresiones y discursos poco graves, de modo que fué fácil conocer que me engañaba.

Con efecto si se le ha de dar credito, estos hombres, sin disputa superiores á los demás por la no-

bleza y utilidad de su trabajo, se quedan por lo comun sin recompensa, y se ven precisados á vender sus pensamientos para sustentar su vida, así como el pueblo vende para subsistir, las viles producciones de la tierra. ¿Será esto posible?

El engaño, mi amado Aza, no me desagrada ménos baxo la mascara transparente de la chanza, que cubierto con el denso velo de la seduccion: por esta causa me indigné contra el del CUSIPATA, y ni aun me digné contestarle. (*)

(*) No me admira que la pobre Zilia se persuadiese á que era incierta la relacion del Re-

No pudiendo satisfacerme so-
bre este punto, dirigí la conversa-
cion al proyecto de mi viage; pe-

---

ligioso, así porque no tenia ideas completas de la grandeza de su cáracter para sujetar su entendimiento á unos informes que tanto la repugnaban, como porque yo lo veo y lo palpo, y apenas lo creo. Hasta la opinion pública suele condenar á los mas provechosos: pues por lo comun favorece con sus aplausos á los despreciables, y con el olvido á los mas venemeritos, á quienes por fortuna reintegra la posteridad imparcial. Sin embargo si la cosa se mirára con ojos filosoficos mas bien debiera esta persecucion inspirar vanidad que abatimiento, porque regularmente ha sido esta la suerte comun de los mas grandes hombres. De esta verdad se hallan á cada paso exemplares en la historia; y lo peor es que por una rara complicacion de acasos, no suele suceder asi

ro en lugar de disuadirme con la misma dulzura que á los principios, me opuso unos raciocinios tan fuertes y convincentes, que solo me atreví á combatirlos con la terneza con que te amo; y no dude un momento el confesarselo. Al principio puso el semblante risueño, y dudando al parecer de la verdad de mis palabras, solo me respondió

á los escritores adocenados y mercenarios; á los destructores del genero humano con nombre de Héroes guerreros; y á los malvados con capa de virtuosos. ¡Oh quantas reflexîones excitan semejantes hechos! ¡Como humillan nuestro infundado orgullo! Somos frágiles; somos escoria, y dale que le dás que no lo hemos de conocer ni confesar.

con algunas graciosidades que á pesar de su insipidéz nò déxaron de ofenderme algun tanto. Esforcéme, en convencerle de la verdad, pero al paso que las expresiones de mi corazon comprobaban sus sentimientos, su semblante y sus palabras se fuéron demudando y tomando cierto ayre de severidad: me díxo que el amor que te profesaba era incompatible con la virtud, y que era preciso abandonar lo uno ó lo otro; últimamente que no podia amarte sin incurrir en un delito.

Al oir estas palabras me alteré en sumo grado; y olvidando la moderacion que me he prescripto, le

díxe algunas expresiones algun tanto injuriosas: que no sabia que juicio hacer de quanto me habia dicho en aquella visita: le protexté mil veces que te amaría toda mi vida, y sin aguardar á que me respondiera marché con precipitacion á encerrárme en mi quarto, en donde estoy segura de que no me puede seguir.

¡O mi querido Aza, que extraordinaria es la razon en este pais! En general conviene en que la principal de las virtudes es obrar bien, y ser fiel en las promesas: y en particular prohibe cumplir las que el sentimiento mas puro ha formado. Ordena el agradecimiento, y pa-

rece que prescribe la ingratitud. ¿En qué consistirá esto? Sin duda hay alguna razon superior que mi debil entendimiento no alcanza.

CARTA XXIII.

Yo creo, mi amado Aza, que unicamente la alegria de eerte puede ser superior á la que me ha causado el regreso de Deterville, pero como sino me fuera permitido disfrutar un gusto sin mezcla de amargura, ha sido el de verle precursor de una tristeza que aun está apoderada de mi corazon.

Estaba ayer Celina en mi quarto quando vinieron á llamarla misteriosamente, y á poco rato de haberse separado de mi me envió á decir que fuese al locutorio: corrí con efecto; y ¡ quanta fué mi sor-

presa al encontrar con ella á su hermano!

No disimulé el placer que me causó verlo, pues le debo la eſtimacion y amiſtad que le profeso: eſtos sentimientos son casi virtudes; y los expresé con tanta verdad como los sentía. Yo veia á mi libertador; al único apoyo de mis esperanzas: iba á hablar sin temor alguno de ti, de mi ternura, y de mis designios, y mi alegria tocaba en enagenamiento.

Quando Deterville se ausentó, aun no hablaba yo el Francés. ¡Quantas cosas tenia que decirle! ¡quantas que averiguar! ¡quantas gracias que darle! Yo queria decirlo todo, lo

decia mal, y sin embargo hablaba muchísimo.

Noté en eſte intermedio que la triſteza que al entrar habia percibido en el semblante de Deterville se disipaba por instantes, é iba dexando su lugar á la alegría: complacíame en ello, y la misma que notaba me animaba á excitarla mas y mas; pero ¡Ay! ¿cómo podia yo temer causársela excesiva á un amigo á quien lo debia todo, y de quien todo lo esperaba? Sin embargo mi sinceridad lo indúxo á un error que aun al presente me cuesta muchas lágrimas.

Celina habia salido al mismo tiempo que yo entrado; tal vez su

presencia hubiera evitado una declaracion tan cruel. Atento Deterville á mis palabras se complacia al parecer en escucharlas, sin pensar en interrumpirme. Yo no se que especie de turbacion se apoderó de mí, quando quise pedirle algunas instrucciones en quanto á mi viage, y participarle el motivo, pero lo cierto es que las expresiones me faltaron. Buscabalas en vano, y aprovechandose de este momento de silencio, y poniendo una rodilla en tierra delante de la rexa á la qual eftaba asído con las dos manos, me dixo con mucha commocion: ¿A qué especie de sentimiento, divina Zilia, debo atri-

buir el placer que tan sencillamente veo en vueſtros ojos, como en vueſtros discursos? ¿ será posible que sea el mas feliz de todos los hombres en el momento mismo en que mi hermana me acaba de decir que soy el mas digno de compasion? Yo no sé, le dixe, que disgusto puede haberos causado Zelina, pero eſtoy bien segura, de que por mi parte jamas os los ocasionaré. Sin embargo, replicó él, ella me ha dicho que no tengo que esperar que me ameis. ¡Yo! dixe interrumpiendole; ¡Yo no os amo! . . . ¡ Ah Deterville! ¿ cómo es posible que vuestra hermana quiera mancillar mi sensible corazon con se-

mejante delito ? La ingratitud me horroriza ; á mi misma me aborrecería si me creyese capaz de cesar de amaros.

Mientras que yo pronunciaba estas palabras, parecia segun el ansia y viveza de sus miradas que queria leer los sentimientos interiores de mi alma. ¡ Vos me amais, Zilia, me díxo , vos me amais , y vos me lo decis ! Yo hubiera dado contento mi vida por oír esa preciosa confesion ; y no la puedo creer, aunque os la oygo pronunciar. Zilia , adorada Zilia ¿ será cierto qué me amais ? ¿ será posible que no os engañeis vos misma? Vueſtro tono de voz, vueſtros ojos,

mi corazon, todo me seduce ; y tal vez será para sepultarme en el abismo de la desesperacion de que acabo de salir.

Vos me admirais, repliqué yo; ¿de dónde nace vueſtra desconfianza? Desde que os conocí, aunque no he podido darme á entender por las palabras ¿no os han probado todas mis acciones que os amo? No, replicó él, no puedo lisongearme tanto como todo eso : vos no hablais con la suficiente perfeccion el francés para destruir mis justos temores : sé muy bien que no es vueſtro ánimo engañarme ; pero explicadme ¿qué sentido dais á estas adorables palabras; YO OS AMO?

Decidàse en este momento mi suerte : muera yo á vuestros pies de dolor , ó de placer.

Estas palabras , le respondí intimidada á vista de la viveza con que pronunció sus ultimas espresiones; estas palabras deben á mi parecer daros á entender, que me sois amable , que me intereso en vueſtra felicidad,y que la amistad y el agradecimiento me inclinan á vos: en eſtos sentimientos se complace mi corazon , y deben dexar satisfecho el vueſtro.

¡ Ah, Zilia ! me respondió ¡ quanto se debilitan vueſtras expresiones! ¡ quanto se entibia vuestra voz y semblante! ¿Acaso no me habrá di-

cho Celina la verdad? ¿ No es por Aza, por quien sentís todo lo que decís? No, le dige yo; El sentimiento con que amo á Aza, es del todo diferente de los que me excitais: aquel es el que vos llamais amor..... Esto, ¿que sentimiento ó pena puede causaros, añadí viendo que se ponia descolorido, que abandonaba la reja, y que lanzaba al Cielo unas mirada llenas de dolor? Yo tengo amor á Aza; porque el melo tiene á mi, y por qué debiamos ser unidos: ¿esto que conexîon tiene con vos? La misma, dixo el, que hallais entre vos y él, pues que yo tengo mil veces mas amor que el que jamás tuvo él.

¿Como es posible? repliqué yo: vos no sois de mi nacion; léjos de que me hayais elegido por vuestra esposa, la casualidad fué la que nos unió y hasta hoy no hemos podido comunicarnos nuestras ideas libremente. ¿Por qué causa pues tendreis los sentimientos que decís?

¿Se necesita otra que vuestros encantos y mi cáracter, me replicó él, para inclinarme á vos hasta el fin de mi vida? Naturalmente tierno, sosegado y enemigo del artificio, el trabajo que me hubiera sido indispensable para conocer á fondo el corazon de las mugeres, y el temor de no hallar en ellas la franqueza que deseaba, no me han

dexado con respecto á ellas mas que una aficion vaga ó pasagera: yo he vivido sin pasion hasta el momento en que os ví: vuestra hermosura me sorprendió; pero su impresion hubiera tal vez sido tan ligera como la de otras muchas, si la dulzura y candór de vuestro cáracter no me hubieran presentado el objeto que mi imaginacion se habia forjado mucho tiempo habia. Vos sabeis, Zilia, si yo he respetado este objeto de mi adoracion. ¡Quantono me ha costado resistirme á las ocasiones seductoras que me ofrecia la familiaridad de una prolixa navegacion! ¡Quan-

tas veces vuestra misma inocencia os hubiera entregado á mis transportes, si les hubiera dado oidos! Pero léxos de ofenderos, he aprisionado en un violento silencio mi amorósa pasion: he exigîdo de mi hermana que os hablase en mi amor; y á nadie he querido deber nada sino á vos misma. ¡Ah, Zilia! Sino os compadece un respeto tan tierno, yo huiré de vuestra presencia; pero, bien lo conozco, mi muerte será el precio de este sacrificio.

¡Vuestra muerte! dixe yo penetrado mi corazon, á vista del dolor síncero de que conocia que se hallaba oprimido: ¡Ay de mi, que sa-

crificio! No sabré decir si el de mi vida me sería ménos espantoso. Pues bien, Zilia, si mi vida os es amable, ordenadme que viva. ¿Y qué es preciso hacer, le dixe yo? Amarme, respondió él, como amais á Aza. Yo lo amo como antes, repliqué, y lo amaré hasta dar el último aliento. Yo no se si vuestras Leyes os permiten amar á dos objetos de una misma manera: pero ni nuestras costumbres ni mi corazon me lo permiten. Contentaos con los sentimientos de amistad y agradecimiento que os prometo: yo no puedo abrigar otros en mi corazon: amo la verdad, y me parece que las Leyes de la probidad exigen

que os la diga sin rodeos.

¡Quan á sangre fria me asesinais! dixo Deterville: ¡ah Zilia! ¡quanto os amo, pues que adoro hasta vuestra cruel franqueza! Pues bien, continuo diciendo, despues de haber estado silencioso algunos momentos, mi amor excederá á vuestra crueldad: vuestra felicidad me es mas amable que la mia: habladme con esa sinceridad que me despedaza y atormenta sin consuelo; ¿que esperanza teneis fundada en el amor que conservais á Aza?

¡Ay de mi! le dixe, solo en vos la fundo. Entonces le conté como habia sabido que no era imposible la comunicacion con las Indias: que

me habia lisonjeado de que él me proporcionaria medios para volver, ó á lo ménos que tendria á bien hacer que llegasen á tus manos los nudos que pudieran noticiarte mi suerte, y proporcionarme la respuesta, á fin de que instruida de tu destino pudiese servir de regla al mio.

Voy á tomar, me dixo esforzandose en aparentar serenidad, todas las medidas necesarias para descubrir el paradero y suerte de vuestro amante: en esta parte quedareis completamente servida; sin embargo en vano os lisongeais de volver á ver á vuestro dichoso Aza; pues os separan obstaculos insuperables.

Estas palabras, mi amado Aza,

fueron un golpe mortal para mi corazon: mis lagrimas se desataron y corrieron con abundancia; y ellas me impidieron por largo tiempo el responder á Deterville, que por su parte guardaba un profundo y sombrío silencio. Pues bien, le dixe en fin, ya no lo volveré á ver pero no ménos viviré para él. Si vuestra amistad es suficientemente generosa para proporcionarnos alguna correspondencia, esta será una satisfaccion que bastara á hacer ménos insufrible mi vida, y moriré contenta, con tal que vos me prometais hacer que llegue á su noticia que muero suya.

¡Ah! esto ya es demasiado, dixo

lebantandose con aspereza: si; si es posible, yo seré el solo desgraciado. Vos conocereis este corazon que desdeñais: vereis de que esfuerzos es capaz un amor tal como el mio, y á lo ménos os obligaré á que me tengais compasion. Acabando de decir estas palabras, salió y me dexó en un estado que aun ahora no puedo comprehender: habiame quedado de pie: fixos los ojos en la puerta por donde acababa de salir Deterville, abismada en un caos de pensamientos confusos, que ni aun procuraba coordinar, y asi hubiera permanecido mucho tiempo si Celina no hubiera entrado en el locutorio.

Preguntóme con viveza ¿por que habia salido tan pronto Deterville? y yo le contexte sin ocultarle cosa alguna de quanto habia pasado entre los dos. Afligióse al principio á vista de lo que ella llamaba la desgracia de su hermano, y convirtiendo despues su pesar en colera, me vituperó hasta lo sumo, sin que yo me atreviese á oponer una sola palabra á quanto decia. ¿Y que hubiera yo podido decirle? Apénas me dexaba mi turbacion libertad para pensar; salime de allí, y ella no me siguió. Retirada en mi aposento, he permanecido en él un dia entero sin atreverme á dexarme ver; sin saber de nadie absolutamente, y

tan desordenado mi espiritu que ni aun me permitia escribirte.

La colera de Celina, la desesperacion de su hermano, y sus últimas palabras, á las quales quisiera, pero no me atrebo, á dar un sentido favorable, fueron introduciendo en mi alma sucesivamente mortales inquietudes. Ultimamente, creí que el único modo de dulcificar un tanto su amargura, era pintandotelas dandote parte de ellas, y buscar en tu ternura los consejos de que necesito: este error me ha sostenido mientras que te escribia, mas ¡ de quan poca duracion ha sido! Mi carta se ha acabado y sus caractéres solo son para mi. Tu ig-

noras lo que yo padezco; tu ni aun sabes si existo, si te amo. ¡Aza, mi amado Aza, será posible que nunca ha de llegar á tu noticia!

CARTA XXIV.

Pudiera muy bien llamar segunda ausencia, mi amado Aza, al tiempo que se ha pasado desde la ultima vez que te escribí. Algunos dias despues de la conversacion que tuve con Deterville, me acometió una enfermedad que llaman CALENTURA. Si, como yo lo presumo, ha sido causada por las pasiones dolorosas que me agitaban entonces, no dudo que se haya dilatado con las tristes reflexîones á que me abandóno, y por el pesar de haber perdido la amistad de Celina.

Aunque haya dado muestras de que se interesaba en mi salud, y me haya asistido con todo el cuidado que de ella dependia, sin embargo todo ello lo hacia con un ayre de tibieza, y ha tenido tan poca atencion en evitar los sentimientos que atormentan mi alma, que de ninguna manera pude dudar de la alteracion de los suyos. La extremada amistad que profesa á su hermano la indispone contra mi: me hecha en cara y reconviene con que ocasióno su desgracia: el sonrójo de parecer ingrata me intimida; las bondades afectadas de Celina me humillan; mi embarazo y confusion la obligan á executarlas; pero la

dulzura y el agrado han desaparecido enteramente de nueſtra comunicacion.

Á pesar de tantas contrariedades, y penas como sufro, asi por parte del hermano como de la hermana, no soy insensible á los acontecimientos que cambian su destino. La madre de Deterville ha muerto: esta madre inhumana no ha deſmentido su caracter ni aun á la hora de su muerte; pues ha dexado toda su hacienda á su hijo primogénito. (*)

(*) ¿Será posible que la vejéz caduca; yá con el pie en la sepultura esperando á sus orillas el funesto, y último empellón de la inexorable parca, haga semejantes disposiciones teſtamentarias? ¿Será posible que tales últimas volunta-

Se espera que los Magiſtrados ú Hombres de letras impidan el efecto de eſta injuſticia. Aunque Deterville se mueſtra desinteresado con respecto á lo que le pertenece, trabaxa con extremo por sacar de la opresion á Celina. Parece que su desgracia aumenta en sumo grado su cariño : y además de venirla á ver todos los dias la escribe por tarde y por mañana. Sus cartas es-

---

des sean obra de un ser que se ha educado en los principios de la creencia católica ? ¿ Será posible que tales perſonas crean la exiſtencia de un ser Supremo y Justo; la realidad de una vida futura ; el premio y el castigo, en momento tan terrible ? -- ¡ No es posible ! -- ¡ Si lo es, la experiencia lo acredita!

tan llenas de quexas tiernas contra mí, da muestras de su viva inquietud por mi restablecimiento, y aunque Celina aparenta no querer participarme el progreso de sus negocios, descubro fácilmente el verdadero motivo.

No dudo, pues, que Deterville lo escribe todo para que me lo participen; sin embargo estoy persuadida á que se abstendría de hacerlo, si supiera las duras quexas y reconvenciones que siempre suceden á la lectura de estas Cartas. No puedo evitar que se impriman en mi corazon; y la tristeza me consume y devóra.

Hasta ahora, enmedio de estas

borrascas, gozaba la mezquina satisfaccion de vivir en paz conmigo misma: ninguna mancha mancillaba la pureza de mi alma, ningun remordimiento la oprimia, ni turbaba su sosiego; pero al presente no puedo pensar, sin despreciarme en cierto modo á mi misma, en que hago desgraciadas á dos personas, á quienes soy deudora de la vida; que turbo el descanso de que gozarian sin mí; que les hago todo el mal que puedo hacerles, y sin embargo no puedo ni quiero dexar de ser delinqüente: la ternura con que te amo triunfa de mis remordimientos. ¡ Aza, como, y quanto te quiero!

CARTA XXV.

¡O quan dañosa, mi querido Aza, suele ser algunas veces la prudencia! He resistido por largo tiempo á las eſtrechas y reiteradas instancias que Deterville me ha hecho para que le conceda un momento de conversacion particular. ¡Ay! yo huía de mi felicidad. Ultimamente, no tanto por complacencia quanto por cansancio de disputar con Celina, me dexé conducir al locutorio. A vista de la mudanza fatál que se notaba en Deterville, y que casi lo hacia desconocido; quedé extatíca: arrepentiame ya interiormente de mi determinacion; es-

peraba trémula y azoráda las recon-
venciones, que á mi parecér teni
derecho á hacerme : ¿ Cómo podi
yo adivinar que iba á colmar d
placer á mi alma?

Perdonadme, Zilia, me dixo, l
violencia que os hago : no os hu-
biera obligado á que me vierais, s
no os tragera tanta alegría com
dolor me ocasionais. ¿ Es acáso pe-
dir con exceso, el suplicaros qu
os dexeis ver un momento, e
recompensa del cruel sacrificio qu
os hago ? Y sin darme tiempo par
responder : ved aqui, continuó di-
ciendo, una Carta del Pariente mi
de que os han hablado : al mism
tiempo que os hará sabedora de l

suerte de Aza, os probará mejor que todos mis juramentos, qual es el exceso de mi amor; y consecutivamente me la leyó toda. ¡Ah mi amado Aza! ¿cómo he podido escucharla sin morir de alegría? Por ella sé que se conservan tus preciosos dias; que eſtás libre; y que vives sin peligro en la Corte de España. ¡O que inesperada felicidad!

Esta admirable Carta está escrita por un hombre que te conoce, te vé, y te habla: ¿habrás acáso dirigido por un momento tus miradas á este precioso papel? Yo no podía apartar de él las mias; y únicamente, y con mucho trabaxo he podido contener los gritos de ale-

gría que á mi pesar querian escaparse; pero en su lugar, las lágrimas del amor inundaron mi semblante.

Si yo hubiera seguido los impulsos de mi corazon, hubiera cien veces interrumpido á Deterville, para preguntarle todo lo que me inspiraba el agradecimiento; pero no olvidaba que mi felicidad debía aumentar sus penas; ocultéle mis transportes, y solo vió mis lágrimas.

Pues bien, Zilia, me dixo despues de haber acabado de leer; yo he cumplido mi palabra; ya estais noticiosa de la suerte de vuestro Aza; si esto no es bastante ¿qué mas quereis que haga por vos? Or-

denad sin temor, no hay cosa que no tengais facultades para exigir de mi amor, con tal que contribuya á vueſtra felícidad.

Aunque yo debía esperar que su bondad generosa llegará á este extremo, sin embargo me sorprendió, y causó compasion. Estuve algúnos momentos embarazáda en la eleccion de la respueſta, pues temía en sumo grado irritar el dolor de un hombre tan generoso. Buscaba palabras que pudiesen expresar la verdad de mi corazon sin ofender la sensibilidad del suyo: no las hallaba, y era preciso hablar.

Jamás, le dixe, faltará á mi felicidad una mezcla de amargura,

pues que no puedo conciliar los deberes del amor con los de la amistad: quisiera volver á ganar la vuestra y la de Celina; quisiera no apartarme de vosotros; admirar incesantemente, y á vueftro lado vuestras virtudes; pagar todos los dias de mi vida el tributo de agradecimiento que debo á vueftras bondades; veo que al separarme de dos personas que me son tan queridas, llevaré conmígo eternos y amargos pesares, pero...... Pues que, Zilia, dixo Deterville con alteracion ¿quéreis dexarnos? ¡Ah! yo no estaba preparado, ni aguardaba tan funefta resolucion, y me faltan fuerzas y valor para sobrellevarla. Te-

nía suficientes para veros aqui en brazos de mi rival : los esfuerzos de mi razon, y la delicadeza de mi amor , me habian preparado y corroborado para esperar este golpe mortal; yo mismo me lo hubiera proporcionado con fortaleza de ánimo , pero no puedo separarme de vos ; no puedo dexar de veros; no , no os ausentareis, continuó diciendo con ardor , no conteis con conseguirlo. Vos abusais de mi ternura : vos despedazais un corazon ciego de amor. ¡ Zilia , cruel Zilia ! ved mi desesperacion ; obra vueſtra es. ¡ Ay de mi ! ¡ á que precio pagais el amor mas puro!

Vos soys, le dixe asustada al oir

su resolucion, á vos os debeis culpar,y á vosdeberia acusar.Vos martirizais mi alma obligandola á que contra su natural sea ingrata, y afligis mi corazon con vuestra sensibilidad infructuosa. En nombre de la mas pura y síncera amistad os pido, que no desluzcais una generosidad sin exemplo, con una desesperacion que causará la amargura de mi vida, y acibará todas mis dichas, sin poderos hacer felíz. No condeneis en mi el mismo sentimiento que no podeis vencer; no me forceis á que me quexe de vos; dejadme adorar vueſtro nombre; llevarlo impreso en mi corazon, mi memoria y palabras hásta la extre-

midad de la tierra, y hacer que lo reverencien los pueblos que adoran las virtudes morales.

Yo no sé como pronuncié estas palabras; pero lo cierto es que fijando los ojos en mí Deterville, parecia que no me miraba: encerrado dentro de si mismo, permaneció por largo tiempo en una profunda meditacion: yo por mi parte no me atrebía á interrumpir su enagenamiento: observabamos los dos un profundo silencio, quando él lo interrumpió, diciendome con una especie de tranquilidad: Si, Zilia, yo conozco; penetro toda mi injusticia ¿pero os parece que con tanta facilidad se pueden abando-

nar á sangre fria tantos encantos y atractívos ? Sin embargo vos lo quereis; y sereis obedecida. ¡Que sacrificio, ó Cielos tan costoso! Mis tristes dias se deslizarán, y tendrán fin sin veros. A lo ménos si la muerte. . . . pero dexemos esto, prosiguió como interrumpiendose asímismo: mi debilidad me seducirá y hará traicion á mi resolucion: dadme dos dias de termino para asegurarme y responder de mi conducta:yo volveré á veros;pues es necesario que juntos tomemos las medidas necesarias para vueſtro viage. A Dios, Zilia : ¡ ojala conozca el dichoso Aza,toda la felicidad que le espera! y en diciendo esto se ausentó.

Yo te lo confieso, mi amado Aza, aunque amo á Deterville, aunque su dolor me traspasa el corazon, tenía mucha impaciencia de poder gozar en paz de mi felicidad, para no llevar con gusto el que se retirase.

¡O quan dulce es despues de tantas penas el poderse abandonar á la alegría! Pasé lo restante del dia, en los mas tiernos extasis: no te escribia, porque una carta era muy poco para lo que sentia mi corazon, y ella me hubiera trahido á la memoria tu ausencia. Yo te veia, te hablaba, amado Aza. ¿Que cosa faltaria al complemento de mi dicha, si á la preciosa carta que he

recibido, hubieras agregado tu algunos gages de tu ternura? ¿ Por que no has hecho? Te han hablado de mí ; te hallas instruido de mi suerte y paradero, ¡ y nada me habla en tu amor! ¿ Pero puedo yo dudar de tu corazon? El mio me responde del tuyo. Tu me amas, tu alegría es igual á la mia; te abrasas con los mismos ardores , y la misma impaciencia, que á mi, te devóra y consume. Alexése el temor de mi alma, domíne la alegría sin mezcla alguna de pesar. Sin embargo, tu has abrazado la religion Christiana: ¿ Qual es esta? Acaso exige que abandones mi ternura, como la de Francia quiere que

yo abandone la tuya? Tal vez no; pero sea lo que fuese mi corazon está sumiso á tus preceptos, y á tus luces: yo adoptaré todo quanto pueda hacernos inseparables. ¿Qué puedo temer? Dentro de poco reunida á mi bien, á mi ser, y á mi todo, solo pensaré en tí, y solo viviré para amarte.

CARTA XXVI.

Con que con efecto, mi querido Aza, ¿aqui es donde te volveré á ver despues de tan penosa ausencia? Mi felicidad se acrecienta de dia en dia por sus propias circunstancias. Acabo de salir de la visita que Deterville me habia señalado. Por grande que sea el placer que me causaba el vencer las dificultades del camino, y prevenirte buscandote antes, y corriendo á salirte al encuentro, yo lo sacrifico gustosa á la felicidad de verte quanto antes.

Me ha probado con tanta evi-

dencia Deterville, que tu puedes estar aquí en ménos tiempo del que me sería necesario para ir yo á España, que aunque ha dexado generosamente á mi arbitrio la eleccion, no he dudado ni un momento el esperarte: el tiempo es demasiado precioso para prodigarlo sin necesidad.

Tal vez hubiera examinado con mas cuidado esta ventaja antes de resolverme, sino hubiese adquirido algunas luces y noticias acerca de mi viage, que me han obligado á decidirme en secreto por el partido que he tomado y este secreto á nadie se lo puedo confiar sino á ti.

Acordéme de que en el largo viage que hicimos por tierra hasta llegar á París, daba Deterville muchas monedas de plata y á veces de oro, en todos los parages dónde hacíamos mansion. Quise saber si esto era por obligacion, ó por simple liberalidad,y supe que en Francia, no solamente se hace pagar á los que viajan el alimento sino tambien el descanso (1). ¡ Ay de mi! yo no tengo la menor parte de lo que sería necesario para satisfacer la abundancia de este Pueblo inte-

(1) Habian establecido los INCAS en los caminos reales unas grandes casas en dónde se alvergaban los Viajantes sin que les costase estipendio alguno.

resado; en conseqüencia sería preciso recibirlo de manos de Deterville ¿ pero cómo podría yo resolverme á contraher voluntariamente una especie de obligacion, cuya verguenza se acerca á la ignominia? (*) Yo no puedo, mi amado

(*) ¡ Oh que sentimientos tan diferentes de los que por acá se usan ! Ya en otra parte se habla de la facilidad, y aun vanagloria con que algunos jóvenes contrahen deudas y arruinan sus casas. Muchas veces he reflexîonado sobre esta materia, y he raciocinado de una manera que tal vez parecerá disparatada, Pero yo soy tan franca que aunque me desacredite tengo de decir lo que se me ofrece. El Artesano tiene para mantenerse con su jornal, sea como fuese; escasisimamente si se quiere, y como en realidad es; luego no pue-

Aza; eſta razon sola me hubiera determinado á permanecer aqui, y el placer de verte mas prontamen-

---

de faltarle nunca lo necesario al que tenga mas que aquel, aunque poco. Pues ¿ de dónde nace que ninguno tiene lo suficiente ? de que ninguno quiere vivir conforme á su clase, sino conforme á la que eſtá mas allà. Y es tal la corrupcion de nueſtras costumbres, que aquel que se reduce à lo que tiene es el blanco de la murmuracion de los que gaſtan mas de lo que dan de sí sus facultades ; y esto mucho serà que no salga de la usurpacion. Sin embargo esto no habla con aquellos empleados , cuyos sueldos , es cosa sabida , que no alcanzan mas que para no morirse de hambre, y que no obstante, han de presentarse con la decencia que exige su graduacion. Ya se vé , que ha de suceder si hay quien despues de quarenta ó mas años de servicio tiene en su carrera el

te no ha hecho mas que confirmar mi resolucion.

Deterville ha escrito en mi presencia una Carta para el Miniſtro de España, en que le pide con instancias que te haga venir; todo esto con una generosidad que me

mismo sueldo, que un mozo que empieza á servir por otra: cosa tan cierta que en el dia se trata de la enmienda. Sin embargo digo, que no se debe quexar el que tiene rentas propias, ó el que teniendolas agenas por empleado no tiene ocupacion que exija mucha decencia exterior, los quales si voluntariamente se empeñan delinqüen con exorvitancia mas que los que ocupan pueſtos de mucho honor y poco sueldo. Un Mayorazgo no tiene mas dignidad que la de sus rentas, con que qualquiera otra que aparente es injuſta.

penetra de agradecimiento y admiracion.

¡ Que dulces momentos he pasado mientras que Deterville escribía ! ¡ Que placer no me causa e[l] ocupar mi pensamiento en las disposiciones de tu viage; ver los preparativos de mi felicidad, y no haber en ello la menor duda!

Si á los principios me costó alguna repugnancia avandonar el designio que habia formado de adelantarme á tu viage buscandote primero, te aseguro, mi querido Aza, que hallo al presente en mi detencion mil manantiales de placer que yo no habia percibido. Muchas circunstancias que entonces no me pare-

cían de ningun momento, para retardar ó adelantar mi viage, me son ahora interesantes y agradables. Seguía ciegamente las inclinaciones de mi corazon: olvidaba que iba á buscarte enmedio de unos hombres que me causan temor; por otra parte la voz del amor era preciso que extinguiese los sentimientos de la amiſtad; y al presente gusto sin remordimientos el placer de reunir los unos á los otros. Ademas de esto, Deterville me asegura, que será imposible que volvamos á ver la Ciudad del Sol; y despues de nuestra patria, ¿hay Reyno alguno mas agradable que el de Francia? Sin duda te agradará, mi amado Aza,

y aunque la sinceridad se halla desterrada de él, hay muchos otros atractivos, que son bastantes para olvidar los peligros de la sociedad.

En vista de lo que antes de ahora te he dicho del oro, no me parece necesario advertirte que traigas el que puedas. Aqui no necesitas de otro mérito: la menor parte de tus tesoros basta para conciliarte la admiracion de todos, y confundir el orgullo de los magnificos indigentes de este Reyno: tus virtudes, y tus sentimientos, solo merecerán el aprecio de Deterville y de tu Zilia. Aquel me ha prometido hacer que te entreguen mis Quipos y mis Cartas, y me ha asegurado que ha-

llarás interpretes que te expliquen el contenido de estas últimas.

Ahora mismo me acaban de pedir el paquete; con que es preciso separarme de ti: A Dios amada y única esperanza mia; yo continuaré escribiendote,y si no puedo conseguir que lleguen á tus manos mis Cartas te las guardaré.

¿Como podré sufrir la dilacion de tan proiixo viage, si me privo del único medio que tengo de entretener mi alegría, y la enagenacion que me ocasiona la felicidad que me espera?

CARTA XXVII.

Desde que sé que mis cartas, ó mi amado Aza, van de camino, disfruto una tranquilidad que no conocia. Pienso incesantemente en el placer que tendrás quando las recibas: veo tu excesiva alegría; yo la participo: por ninguna parte recibe mi alma ideas que no sean agradables, y para colmo de mi alegría, la paz se ha restablecido en nuestra pequeña sociedad.

Los Jueces han reintegrado á Celina de los bienes que su madre la habia injustamente privado: ve á su amante todos los dias, y solo de-

tienen su casamiento los preparativos que son indispensables. Viendo completados sus deseos, ya no me riñe, y yo me muestro tan obligada y reconocida á este favor, como si debiera á su amistad las bondades que empieza segunda vez á darme á entender. Qualquiera que sea el motivo, siempre somos deudores de aquellos que nos ocasionan un sentimiento dulce y agradable.

Esta mañana me ha dado á conocer todo el precio de su favor, por medio de una complacencia que me hizo pasar desde una turbacíon penosa á una tranquilidad agradable.

La han trahido una prodigiosa cantidad de telas, vestidos, y alajas de todas clases y especies: corrió incontinenti á mi cuarto; me llevó desde él al suyo, y despues de haber consultado conmigo acerca de las diferentes bellezas de tantos trages y adornos, hizo por su misma mano una separacion de todo aquello que mas habia excitado mi admiracion; ya mandaba con resolucion á nuestras CHINAS que la conduxesen á mi aposento, quando yo me opuse con todas mis fuerzas. Mis instancias solo la sirvieron al principio de diversion, pero viendo que su obstinacion se aumentaba, conforme yo me oponia, no pu-

de disimular mas mi resentimiento.

¿Porque, le dixe con los ojos vañados en lágrimas; porque quereis humillarme mas de lo que estoy? Yo os debo la vida y todo quanto tengo; y esto es mas de lo que se necesita para no hechar en olvido mis desgracias. Yo sé que segun vuestras leyes, quando los beneficios no son de utilidad alguna á aquellos que los reciben, no debe causar verguenza el recibirlos. Esperad pues á que no necesite de alguna cosa para exercitar vueſtra generosidad. No dexa de costarme alguna repugnancia, añadí con bastante moderacion el conformarme con estos sentimientos tan poco naturales. Nues-

tras costumbres son mas humanas: entre nosotros, el que recibe se honra asimismo tanto como el que dá (1): vosotros me habeis enseñado á pensar de otra manera ¿y porque ha de ser solamente para ultrajarme?

Esta amable amiga, mas compa-

(1) Con efecto un corazon generoso tiene tanto, y aun tal vez mas mérito en recibir que en dar, porque la accion de dar lisongea naturalmente nuestro amor propio, en vez que la de recibir lo mortifica. Ciertamente que un corazon de esta qualidad hace un esfuerzo penoso para consigo mismo, y consigue sobre su vanidad una especie de victoria en recibir. He aqui sin duda el sentido que dá el autor á aquella proposicion, quando dice que entre los Peruanos el que recibe no se honra ménos á si mismo que el que dá.

decida de mis lágrimas que irritada de mis reconvenciones, me respondió con tono amistoso : Estamos muy distantes mi hermano y yo, amada Zilia, de pensar en cosa que repugne, ó hiera á vuestra delicadeza: no nos caeria sino muy mal el hacer de los magnificos para con vos, y dentro de poco lo conocereis mejor. Quisiera solamente que participaseis conmigo los regalos de un hermano generoso, pues este es, á mi modo de entender, el medio mas seguro de darle pruebas de mi agradecimiento. La costumbre, en el caso presente, me autoriza á ofreceros esta expresion; pero pues que vos os ofendeis no se

hable mas en el asunto. ¿Me lo prometeis asi? le dixe yo. Si, me respondió ella sonriendose; pero tened á bien que escriba quatro letras á Deterville. En fin yo la he dexado en libertad para que haga lo que quiera; y la alegria ha vuelto á renacer entre nosotras. Hemos vuelto á exâminar los adornos mas circunstanciadamente, hasta que la llamaron al locutorio. Queria llevarme consigo; pero, mi querido Aza, ¿hay para mí diversion alguna comparable con la de escribirte? Léxos de buscar otras, temo ya las que con motivo del casamiento de Celina me esperan.

Esta quiere que salga de esta ca-

sa religiosa, para vivir en la suya, luego que esté casada; pero si se me quiere dar credito...

¡O mi adorado Aza! ¡qué sorpresa tan agradable fue la que ayer interrumpió mi carta! ¡Ay! Pareciame ya haber perdido para siempre aquellos preciosos monumentos de nuestro antiguo explendor: yá no contaba con ellos; ni aun pensaba tampoco; pero al presente me tienen rodeada, los veo, los palpo, y apenas creo á mis ojos y á mis manos.

En el mismo momento en que te escribia, ví entrar à Celina seguida de quatro hombres fatigados con el peso de unos grandes cofres que conducian; y que poniendolos en

el suelo se retiraron. Parecióme que no podia ser otra cosa sino nuevos regalos de Deterville, y ya murmuraba en secreto, quando Celina me dixo entregandome las llaves: Abrid, Zilia, abrid sin enfadaros; pues todo ello viene de parte de Aza. Creíla, pues al oir tu nombre ¿hay alguna cosa que pueda contenerme? Abrí en efecto con precipítacion, y mi sorpresa confirmó mi error, reconociendo que todo quanto se ofrecia á mis ojos eran varios ornamentos del Templo del Sol.

Un sentimiento confuso mezclado de tristeza y alegría; de placer y pesar, se apoderó de todo mi corazon. Postréme en tierra delante

de aquellos restos sagrados de nuestro culto y nuestros altares; cubrílos respetosamente de mis besos, reguélos con mis lágrimas; no podia separarme de ellos, y habia olvidado que estaba presente Celina; hasta que ella me sacó de aquella especie de embriaguéz entregandome una carta, y suplicandome que la leyese.

Imbuida siempre de mi primer error, creí que era tuya: mi enagenamiento se aumentó, pero aunque la descifré con trabajo, conocí que era de Deterville. Sin duda me será mas facil, mi amado Aza, copiartela que explicarte su sentido.

ESQUELA DE DETERVILLE.

„ Estos tesoros son vueſtros, her-
„ mosa Zilia, pues que los he halla-
„ do en el Navio que os condu-
„ cía. Algunas disensiones ocurri-
„ das entre las gentes del equipage,
„ no me han permitido hasta aho-
„ ra el disponer de ellos con ente-
„ ra libertad. Quisiera poderoslos
„ presentar yo mismo, pero las in-
„ quietudes que habeis demostra-
„ do á Celina esta mañana no me
„ permiten que use á mi arbitrio
„ de mi eleccion. Yo quisiera ha-
„ cer todo quanto pudiese disipar
„ vuestros temores; y preferiré to-
„ da mi vida vuestra satisfaccion á
„ la mia.;,

Te confieso mi amado Aza, aunque á costa de mi rubor, que sentia ménos entónces la generosidad de Deterville, que el placer que me causaba el poderle dar pruebas de la mia. Puse con prontitud áparte un vaso que la casualidad mas que la codicia dexó caer de las manos de nuestros conquistadores, y es el mismo (bien lo ha reconocido mi corazon) que tocaron tus labios el dia en que quisiste beber ACA (1) preparado de mi mano. Mas rica en mi concepto con este tesoro que con todo lo que me restituían, llamé á los mozos que los

(1) Bebida de los Indios.

habian conducido; queria que los volviesen á cargar para enviarselos á Deterville, pero Celina se opuso á mi designio.

¡Oh quan injusta sois, Zilia! me dixo: ¡que! ¿ quereis qué acepte mi hermano unas riquezas inmensas, vos, á quien ofende la oferta de una vagatela? Acordaos de vuestra equidad, y ponedla en practica si quereis inspirarla á los demás.

Estas palabras me sorprendieron, y temí que hubiese en mi accion mas orgullo, y venganza que generosidad. ¡O quan cerca están los vicios de las virtudes! (*) Confe-

(*) En verdad que es asi; diganlo sino tan-

sé mi falta, pedí perdon á Celina, pero me mortificaba mucho la sugecion y estrechéz que queria imponerme, para que no procurase buscar algun consuelo. No me castigueis tanto como lo merezco, le dixe con timidéz; no desdeñeis algunos modelos del trabaxo de nuestras lexanas Provincias: vosotros no teneis necesidad alguna, y asi

tas obras de caridad como se hacen por vanagloria. Casi puede decirse que les está muy bien á los verdaderos necesitados el orgullo que nos impele á hacer algunas limosnas, porque por él reciben algunos socorros de que tal vez carecerían, si con tales exterioridades no pensasémos mas en conciliarnos el aura popular, que en socorrer la indigencia.

no debe ofenderos mi súplica.

Mientras hablaba de esta manéra noté que Celina miraba con atencion dos arbustos de oro cargados de paxarillos é insectos, excelentemente acabados: apresuréme á ofrecerselos con una cestilla de plata que llené de conchillas, pececillos, y flores de lo mas bien imitado, y los aceptó con una bondad que me encantó.

Elegí despues muchos Idolos de las Naciones vencidas (1) por tus

(1) Los INCAS mandaban depositar en el Templo del Sol los Idolos de los Pueblos que sometian, despues de hacerles abrazar el culto del Sol. Tambien los tenian ellos, pues en la Histor. de los INCAS, tom. 1. pag. 350.

antepasados, y una pequeña estatua (1), que representaba una Vírgen del Sol, á que agregué un Tigre, un Leon, y otros animales feroces, y le supliqué que los enviase á Deterville. Pues baya, me dixo sonriendose, escribidle vos; pues sin una Carta vuestra serán mal recibidos los regalos.

Era muy excesiva mi satisfaccion para que le negase cosa alguna; y escribí quanto me dictó mi agradecimiento. Despues que salió

se dice que el INCA HUAINA consultó al Idolo de Rimace.

(1) Los INCAS adornaban sus casas de Estatuas de oro de todos tamaños entre las quales las habia de corpulencia agigantada.

Celina, distribuí algunas frioleri-llas entre su CHINA y la mia, separando tambien para mi Maeſtro de escribir: últimamente disfruté el delicioso placer de dar.

No creas, mi querido Aza, que mis dadivas han sido hechas á vulto; no por cierto; todo lo que viene de tí, ó que puede tener una analogía íntima con tu memoria, no ha salido de mis manos.

La silla de oro (1) que se conservaba en el Templo para el dia de las visitas del CAPA-INCA tu auguſto Padre, y que eſtá colocada

(1) Los INCAS no se sentaban sino en sillas de oro macizo.

á un lado de mi quarto en forma de Trono, me representa tu grandeza y la mageſtad de tu gerarquia. La Imágen grande del Sol, de que á mi presencia se apoderaron en el Templo nueſtros Conquistadores, está colgada encima, y excita mi veneracion: me postro delante de ella; la adora mi espíritu, pero no puedo impedir que mi corazon sea todo tuyo. Las dos palmas que distes al Sol por ofrenda, y prendas de la fé que me jurastes eſtán colocadas á los dos costados del Trono, y atrahen incesantemente á mi memoria tus tiernos juramentos.(*)

(*) Tienese por cosa indudable el sumo res-

Las flores y las aves repartidas con simetría en todos los rincones

peto con que los Infieles tratan á los ornamentos de su Culto ; pronuncian con extraordinaria veneracion los nombres de sus falsas deidades; y observan una prolixa y escrupulosa puntualidad en el cumplimiento de sus preceptos. Pero ¡ Oh dolor ! ¡ quan diferentemente nos portamos los que dichosamente nos apellidamos católicos ! En los Templos se entra con tanta desenvoltura como pudiera en los Teatros públicos : nueſtros ademanes impenitentes é indevotos demueſtran nueſtra irreligion; ofreciendo enteramente la imágen del desenfreno, y relaxacion de costumbres ; y á veces suelen servir de puntos de reunion escandalosos y sacrilegos. Sus aledaños son el teatro de las diversiones de jóvenes blasfemos, araganes y fulleros , dónde á la faz de todo el mundo se profieren palabras obscenas , que

de mi quarto forman una imágen abreviada de los magnificos jardines (1), en dónde tan freqüente-

miran con indiferencia padres de tales hijos, y últimamente para que se horrorizen los verdaderos Católicos, los rincones de las venerandas Iglesias suelen ser unas cloacas ó depositos de inmundicias humanas. ¿Esto se sufre? ¿ésto se pasa por alto? ¿ésto se comete impunemente, al paso que una debilidad, una distraccion juveníl es castigada por un Padre, con una pena exorvitante á la calidad del delito? ¿Dónde eſtamos?

(1) Yá se ha dicho que los jardines del Templo y los de las Casas Reales eſtaban cubiertos de todas clases de imitaciones de la naturaleza en oro y plata. Imitaban los Peruanos hasta la planta llamada MAIZ, de que hacian artificialmente campos enteros.

mente me entretenía pensando en ti. Satisfechos mis ojos con la vista de tantos amados objetos, no se detienen en parte alguna sin acordarme tu amor, mi alegría, mí felícidad; en fin todo lo que será para siempre la vida de mi vida.

CARTA XXVIII.

No he podido absolutamente resistirme á las instancias de Celina, mi amado Aza; ha sido forzoso seguirla, y hace dos dias que nos hallamos en su casa de campo, en dónde luego que llegamos se celebró su matrimonio.

¡Con que violencia, y con quanto pesar he salido de mi amada soledad! Apenas habia tenido tiempo para gozar la vista de los ornamentos preciosos que me la hacian tan amable, quando me ví precisada á avandonarla, ¿y por quanto tiempo? No lo sé.

La alegría y los placeres, en que al parecer todos están como embriagados, me recuerdan con mas pesar, los dias pacíficos que pasaba escribiendote, ó á lo ménos pensando en tí. Sin embargo jamás vi objetos mas nuevos para mí, tan maravillosos y aproposito para distraherme; y con el mediano conocimiento que tengo al presente de la lengua del pais, podría adquirir algunas luces tan divertidas como utíles, de todo quanto veo, si el ruido y el tumulto que reyna en toda la casa permitieran á alguno el responder á mis preguntas; pero hasta ahora no he hallado persona que haya querido complacerme en

esta parte, por lo qual no me veo ménos confusa y embarazada que quando llegué á Francia.

Los adornos de hombres y mugeres son tan brillantes, (*) y car-

(*) Tambien habla Zilia en otra parte del mucho tiempo que gastaban en el tocador. Deseo infinito que se simplifique nuestro trage que además de ser costoso es molesto; y que sirva mas que hasta aqui á la comodidad y al abrigo. Pero antes de que se me olvide quisiera preguntar (porquè hace mucho tiempo que lo ignoro, por mas que he procurado averiguarlo) ¿en que consiste, que segun lo exige la costumbre, y lo que es mas la buena crianza, sea preciso tener un hombre asalariado para que nos empuerque y enmarañe el cabello, con lo qual solo se logra la conveniencia de criar y alimentar á costa de nuestra

gados de adornos inútiles; y unos y otros pronuncian con tanta rapidéz quanto dicen, que la atencion que presto para escucharlos, me impide verlos; y la que empleo en mirarlos, me impide entenderlos. Por esta causa, pues, me hallo sumergida en una especie de estupidéz, que daría dilatado campo á sus chanzas, si tubieran tiempo para percibirla; pero están tan ocupados consigo mismos, que mi pasmo se les pasa por alto. Sin embargo es muy bien fundado, mi querido Aza; yo veo aqui unos

---

sangre, una sentina de animalillos inmundos, é incomodos?

prodigios cuyos resortes son impenetrables á mi imaginacion.

No hablaré de la hermosura, de esta casa casi tan grande como una Villa, adornada como un Templo y llena de un gran numero de vagatelas agradables, de que veo se hace tan poco uso, que no puedo ménos de creer que los Franceses han elegido lo superfluo para objeto de su culto: conságranle las producciones del Arte, que son aqui superiores á la naturaleza: parece que no quieren mas que imitarla, y la exceden; y el modo con que usan de sus producciones, parece por lo comun superior al suyo. Acopian en sus jardines, y casi en un punto

de vista, todas las hermosuras que ella distribuye con económía sobre la superficie de la tierra; y sumisos los elementos parece que no se atreven á poner obstáculos á sus empresas, sino para hacer el triunfo mas brillante.

Vese la tierra atónita alimentar y criar en su seno las plantas de los climas mas remotos, sin mas objeto ni necesidad al parecér que la de obedecer á las artes y adornar el Idolo de lo superfluo. El agua, tan facil de dividir; que al parecér no tiene consistencia sino en los vasos que la contienen, y cuya direccion natural es seguir siempre toda clase de pendientes, se halla

aqui precisada á lanzarse con rapidéz por los ayres, sin guia, sin apóyo, por su propia fuerza é impulsion, y sin mas utilidad que la de causar placer á los ojos.

El fuego, mi querido Aza; el fuego; este terrible elemento; yo misma lo he visto, avandonando su poder destructor, dexarse dirigir con docilidad por un superior esfuerzo; tomar todas las formas que se le prescriben; unas veces delineando un quadro de luces sobre un cielo abscurecido con la ausencia del Sol; otras mostrandonos este Astro Divino, descendido á la tierra con sus fuegos, su actividad, y su brillantéz que nos

deslumbra últimamente con un resplandor que engaña á los ojos y al entendimiento! ¡ O que Artes, mi querido Aza ! ¡ Que hombres! ¡Que talento! Al presente me olvido de todo quanto me han dicho de su pequeñéz y miseria, de todo quanto yo misma he visto, y vuelvo contra mi voluntad á sumergirme en el caos de mi antigua admiracion.

CARTA XXIX.

¡O mi amado Aza! No sin un verdadero sentimiento paso desde la admiracion del talento de los Francéses al desprecio del uso que hacen de él. Complacíame de buena fé eftimando á efta Nacion encantadora, pero no me puedo negar á la evidencia de sus defectos.

El tumulto en fin que ocasionaba el casamiento de Celina se ha apaciguado, y he podido hacer preguntas: se me ha respondido completamente: pues nada mas es aqui necesario, para ser instruída aun mas allá de lo que se pretende saber. Descubren, pues, los Fran-

ceses con increible ligereza y buena fé, los secretos de la perversidad de sus costumbres: por poco que se les pregunte, no es necesaria mucha sagacidad, ni penetracion, para persuadirse á que el gusto desenfrenado por lo superfluo ha corrompido su razon, su corazon y su talento: que eſte ha eſtablecido riquezas quiméricas, sobre las ruínas de lo necesario: que ha substituido una politica superficial á las buenas costumbres, y remplazado el juicio y la razon, con un brillo falso del espíritu.(*)

(*) Por acá tambien tributamos nuestros inciensos al Idolo de lo superfluo. La redundancia de lo que se gasta en trages, trenes,

La vanidad dominante de los Francéses es la de parecer opulentos.

y mueblage de casa inútiles, sería suficiente para mantener una inumerable porcion de familias indigentes. A vista de los crecidos gastos, que hacen algunos hombres (lo mismo digo de las mugeres) en cosas enteramente inútiles, quando no perjudiciales, parece que á su modo de entender la palabra pobreza es absolutamente ociosa en nuestro idioma, ó sino, un ente imaginario lo que significa, solo aproposito para usado en cuentos de viejas. Cierto que es cosa graciosa, que una persona, que por mas que se afane jamás podrá llegar á ser persona y media, tenga para su uso tantos coches; tantos y quantos caballos, tantos y tantos veſtidos &c. &c. ¿ Se puede dar una prueba mas convincente de que esto de humanidad, ó es una palabra que no significa lo que se pretende, ó es un bochorno de in-

El Ingenio, las Artes y tal vez las Ciencias, todo se dirige á fomentar el fausto; todo concurre á la ruina de las fortunas, y como si la fecundidad de su talento no bastase para multiplicar los objetos, sé de ellos mismos que despreciando los bienes solídos y agradables que la Francia produce abundantemente,

---

finitas personas? Un hombre no es mas de uno, y se sienta á una mesa preparada como si hubiera de servir á saciar el apetito de veinte; pues hay quien dice, que es indispensable que en aquel momento haya otros tantos necesitados y faltos de lo necesario. Digo que no lo entiendo; si esto se subsana con decir que se practican las virtudes y nada mas. Ello es que todos se confiesan y....

trahen de todas las Provincias del Mundo, haciendo quantiosos gastos, todos los muebles fragíles, y sin uso, con que adornan sus casas, los trages brillantes con que se visten, y hasta los manjares, y los licores con que cubren sus mesas.

Tal vez no hallaría, mi amado Aza, cosa que condenar en el exceso de eſtas superfluidades, si los Franceses tuvieran tesoros para satisfacer su antojo, ó bien sino empleasen para satisfacer su gusto mas que lo que les sobrase despues de haber establecido en sus casas una honeſta comodidad.

Nueſtras Leyes, las mas sabias de quantas se han dado á los hom-

bres, permiten ciertas Decoraciones en cada eſtado que caracterízan el nacimiento, ó las riquezas, y que en rigor se pudiera llamar, SUPERFLUO; pero el que me parece un delito es aquel superfluo que nace del desarreglo de la imaginacion, el que no puede sostenerse, sin faltar á la humanidad, y á la juſticia : en una palabra, aquel de que los Francéses son idólatras, y al qual sacrifican su descanso, y honor.

No hay entre ellos mas que una sola clase de Ciudadanos que puedan llevar el culto de eſte Idolo al mas alto grado de esplendor, sin faltar al deber de lo necesario. Los

Grandes han querido imitarlos;pero eſtos no son otra cosa que los martyres de eſta religion. ¡Que penas, que embarazos, que trabajos no pasan, para sostener sus gaſtos mas allá de lo que dan de sí sus rentas! Hay pocos Señores que no hagan uso de mas induſtria, sagacidad y superchería para distinguirse con frivólas suntuosidades; que prudencia, valor, y talentos útiles al Estado emplearon sus antepasados para iluſtrar su propio nombre. Y no creas que te pondero ni engaño, mi querido Aza, yo misma oygo todos los dias con indignacion disputarse algunas personas jóvenes entre sí la gloria de

haber inventado mas sutílezas, y ardídes en sus maniobras, para sacar las superfluidades de que se adornan, de las manos y poder de aquellos que solo trabajan para adquirir lo necesario.

¡O que desprecio tan grande no me inspirarían semejantes hombres, acia toda la Nacion sino supiera por otra parte que mas comunmente pecan los Franceses por falta de tener ideas juftas y verdaderas de las cosas, que por falta de rectitud! Su ligereza excluye casi siempre el raciocinio: entre ellos nada es grave; nada tiene peso, ni tal vez ninguno de ellos ha reflexîonado acerca de las conse-

qüencias vergonzosas de su conducta. Pero es preciso parecér rico; es moda, es costumbre; todos la siguen: presentase un inconveniente, se supera por medio de una injusticia: solo se cree que se triunfa de una dificultad, pero la ilusion llega aun mas adelante.

En la mayor parte de las casas habitan regularmente juntos lo superfluo, y la indigencia sin tener de por medio mas que un quarto que los separa. Uno y otro se llevan por partes iguales las ocupaciones del dia, pero de un modo bien diferente. Por la mañana en lo interior de un gavinete, se explica la voz de la pobreza por la boca de

un hombre pagado para buscar medios de conciliarla con la falsa opulencia. El disgusto, y el mal humor presiden en estas conversaciones, las quales finalizan por lo comun con el sacrificio de lo necesario, que se ofrece en holocausto al Idolo de lo superfluo. Lo restante del dia, despues de haber mudado de vestido, quarto, y casi casi de SER, deslumbrado con su propia magnificencia, se pasa con alegría, se cree ser feliz, y aun se llega al extremo de creerse rico.

Sin embargo he notado que algunos de los que hacen alarde de su fausto con mas afectacion, no se atreven siempre á creer que enga-

ñan á los demás. Entonces se chancean unos con otros acerca de su propia indigencia: insultan alegremente la memoria de sus pasados, cuya prudente economía se contentaba con unos trages cómodos, adornos y muebles proporcionados á sus rentas mas que á su nacimiento.

Su familia, dicen, y sus domesticos, gozaban de una abundancia frugál y honrada: dotaban á sus hijas, y eſtablecían sobre cimientos solídos la fortuna del sucesor de su nombre, y reservaban además con que reparar el infortunio de un amigo ó un desgraciado.

¿Te lo diré, mi amado Aza? pues

sabéte que á pesar del aſpecto ridículo, baxo el qual se me han representado las coſtumbres de eſtos tiempos anteriores, me agradaban de tal manera, hallaba tanta semejanza con la sencillez y candor de las nueſtras, que dexandome arrastrar ácia la ilusion; se extremecía mi corazon á cada circunstancia que oía, como si acabada la relacion me hubiera de hallar enmedio de nuestros amados Ciudadanos; pero apenas empecé á aplaudir estas coſtumbres tan prudentes, las carcaxadas de risa que excité, disiparon mi error, y solo me hallé al rededor de míl Franceses insensatos de eſtos tiempos que se glo-

rían del desarreglo de su imaginacion.

La misma depravacion que ha transformado los bienes solídos de los Francéses en vagatelas inútiles, no ha hecho ménos superficiales los vinculos de la sociedad. Los mas juiciofos de ellos, que gimen á vista de la corrupcion, me han asegurado que en otro tiempo (asi como entre nosotros) la honradéz eftaba en el alma, y la humanidad en el corazon. Bien puede ser asi ; pero al presente lo que se llama atencion ocupa el lugar que antes el sentimiento; y consiste en una infinidad de palabras sin significacion ; respetos sin cariño , ni eftimacion,

y afectos que no se sienten.

En las casas grandes hay un criado destinado para cumplir con las obligaciones de la sociedad : ésto es, que cada dia anda de arriba para abaxo, para ír á decir á uno, que se está con cuidado acerca del estado de su salud; á otro que se siente mucho el disgusto ó pesar en que se halla ; ó que se alegran de su felicidad y placer. A su regreso ni aun se escuchan las respuestas que trahe; todos se han convenido recíprocamente en contentarse con esta formúla, pero sin interés alguno; y á estas atenciones es á lo que llaman amistad.

Los cumplidos que se hacen per-

sonalmente, llegan hasta un extremo pueril: yo misma me avergonzaría de hacerte relacion de algunos, sino fuera preciso saber todo lo que pertenece á una Nacion tan singular. Sería faltar al respeto á sus superiores y aun á sus iguales, si despues de haber comido familiarmente con ellos, se quisiese satisfacer la sed mas ardiente, sin escusarse tantas veces, quantas se pide permiso. Tampoco se puede tocar con su veſtido al de otra persona de consideracion, y sería faltarle al reſpeto mirarla con atencion; pero mucho peor si no se la mirase nada absolutamente. Sería necesaria mas inteligencia y me-

moria que yo tengo para contarte todas las frivolidades que se dan y reciben, por pruebas de consideracion y respecto, que quieren casi decir estimacion.

En quanto á la abundancia de las palabras, ya sabrás algun dia, mi amado Aza, que la exageracion tan pronto desmentida como pronunciada, es el fondo inagotable de la conversacion de los Francéses. Rara vez dexan de añadir un cumplido superflúo á otro que ya lo era, con el designio de persuadir que ni uno, ni otro lo son. Protestan la sinceridad de las alabanzas que prodigan, con tan baxas lisonjas, y apoyan sus protestaciones de

amor y amistad con tantas palabras y expresiones inútiles, que no se puede absolutamente reconocer en ellas el sentimiento del corazon.

¡O mi amado Aza! ¡quan insípidos deben parecér les mis pocos deseos de hablar, y la sencilléz de mis expresiones! Ni aun creo que les merezcan estimacion alguna mis facultades intelectuales: para merecér en eſta parte, es preciso haber dado pruebas de una grande sagacidad en aprovecharse de las diferentes significaciones de las palabras, y en dislocar su uso y sentido. Es preciso tener en exercicio la atencion de los oyentes con la sutileza de los pensamien-

tos, por lo comun impenetrables, ó bien de disimular la obscuridad baxo el velo de la abundancia de expresiones frivólas. Yo he leído en uno de sus mexores libros; QUE EL ESPIRITU DEL GRAN MUNDO CONSISTE EN DECIR NADERIAS AGRADABLES; Y A NO SOLTAR LA MENOR EXPRESION JUICIOSA; A NO SER QUE SE ADORNE CON LAS GRACIAS DEL DISCURSO: EN FIN A CUBRIR CON UN VELO LA RAZON, QUANDO HAY PRECISION DE PROFERIRLA.

¿ Qué podré decirte que pueda probarte mejor, que el juicio y la razon que se respútan como lo mas necesario para el talento, se miran

aqui con el mismo desprecio que todo aquello que es útil ? En fin, mi amado Aza, puedes eſtár segúro de que lo superfluo domina con tanta soberanía en Francia ; que el que no tiene mas que unas facultades medianas , es pobre : el que no es mas que virtuoso , es vulgar y desagradable; y el que no tiene mas que juicio , es un necio.

CARTA XXX.

Son los Francéses, mi querido Aza, tan naturalmente inclinados á los extremos, que aunque Deterville, eſtá esento de la mayor parte de los defectos de la Nacion, sin embargo participa algun tanto de éste.

No contento con cumplir la promesa que me ha hecho de no hablarme de sus sentimientos apasionados, evita con notable cuidado las ocasiones de encontrarse conmigo. Aun eſtando obligados á vivir incesantemente juntos, no he podido hallar ocasion de hablarle.

Aunque la concurrencia de per-

sonas es siempre muy numerósa, y está muy alegre, reyna sin embargo en su semblante la imágen de la tristeza. Es fácil adivinar que no sin violencia sufre, y obedece la ley que el mismo se ha impuesto. Tal vez debería yo agradecerselo, pero son tantas las preguntas que tengo que hacerle acerca de los interéses de mi corazon, que no puedo perdonarle sus esfuerzos en huir de mi presencia.

Quisiera preguntarle alguna cosa sobre la carta que ha escrito á España, y saber si al presente puede haber llegado: quisiera tener una idea justa del tiempo

en que emprenderás tu viage, del que emplearás en el camino, á fin de fixar el de mi felicidad. Una esperanza fundada es un bien real y verdadero, pero ¡ó mi amado Aza! es mucho mas apreciable quando se vé el termino.

Ninguno de los placéres que disfruta esta concurrencia, me interesan: son demasiado ruídosos para mi alma: tampoco disfruto la conversacion de Celina, que ocupada toda con su nuevo Esposo, apénas puedo hallar algunos momentos para tributarle los debéres que exige la amistad. El resto de los concurrentes no me agrada sino en quanto puedo por su

medio proporcionarme algunas luces sobre los diferentes objetos que excitan mi curiosidad ; y no siempre hallo ocasion oportuna. Asi, pues, continuamente sola enmedio de tanta gente, no tengo mas diversion que mis pensamientos: todos se dirigen á ti, amado amigo y confidente de mi corazon; tu serás para siempre el único depositario de los secretos de mi alma, de mis placéres, y de mis penas.

CARTA XXXI.

¡Oh quanto me engañaba, mi amado Aza, en desear ardientemente hablar con Deterville! ¡Ay de mí! Mas me ha dicho de lo que era menester; y aunque disimulo la turbacion que ha excitado en mi alma aun no se ha disipado del todo.

Yo no sé que especie de impaciencia se agregó ayer al disgusto que freqüentemente experimento: las gentes y el ruído me importunaban mas que lo ordinario; y hasta la tierna satisfaccion de Celina y su Esposo, todo en fin quanto se presentaba á mi vista, me inspiraba

una indignacion , que se acercaba al desprecio. Pesarosa, y aun avergonzada de ver apoderados de mi corazon unos sentimientos tan injuſtos, quise ocultar el embarazo y confusion que me causaban, en el parage mas retirado y solo del jardin.

Apénas me senté debaxo de un árbol , quando involuntariamente vertieron mis ojos un torrente de lágrimas; y ocultando mi semblante con mis dos manos , me hallaba abismada en una especie de letargo tan profundo , que sin que yo lo percibiese eſtaba de rodillas á mi lado Deterville , quando las separé.

No os ofendais Zilia, me dixo;

la casualidad me ha conducido á vueſtros pies; yo no os buscaba. Importunado del tumulto de las gentes, venía á gozar en paz de mi dolor: os divisé; hice esfuerzos para alexarme de vos, pero soy muy desgraciado, para lograr un corto intervalo de descanso. Compadecido de mi mismo me acerqué á vos: ví correr vueſtras lágrimas; y no he podido disponer de mi corazon á mi arbitrio: sin embargo si me mandais que me ausente, sereis obedecida. Pero ¿ podreis hacerlo, Zilia? ¿ Os és odiosa mi presencia? No, por cierto, le dixe: todo lo contrario: sentaos: yo me alegro mucho de hallar ocasion de

hablaros. Despues de vueſtros últimos beneficios...... No hablémos de eso, me dixo con viveza interrumpiendome. Esperad, le repliqué interrumpiendolo tambien: para ser enteramente generoso, es preciso que recibais las pruebas de mi agradecimiento: yo no os he hablado desde que me volvisteis los preciosos ornamentos del Templo en que he sido criada. Si os hubiera escrito, tal vez hubiera expresado mal los sentimientos que semejante exceso de bondad me inspiraba: yo quiero..... ¡Ay de mi! dixo interrumpiendome segunda vez ¡quan poco lisongea el agradecimiento el corazon de un des-

graciado! siendo compañero de la indiferencia, se úne por lo comun con el aborrecimiento.

¡Que es lo que os atreveis á pensar! dixe con alteracion: ¡ah Deterville¡ ¿quántas cosas no tendría que reprenderos, sino eſtubierais en situacion tan digna de lastima? Bien lexos de aborreceros, desde el primer momento en que os vi, sentí menos repugnancia en depender de vos que de otro ninguno. Vueſtra dulzura y vueſtra bondad, me inspiraron al momento el deseo de ganar vueſtra amiſtad. Al paso que he ido conociendo mas á fondo vueſtro caracter, me he confirmado en la idéa de que mereceis

toda la mia; y sin hablar de las grandes obligaciones que os debo, ya que mi agradecimiento os incomóda ¿ cómo quereis que pueda contenerme en quanto á los sentimientos que os son tan debidos?

Vueſtras virtudes son únicamente las que he hallado dignas de la sencilléz y candor de las nueſtras: vueſtros sentimientos serían suficientes para honrarse con ellos un hijo del Sol: vueſtra razon es casi la de la naturaleza; ¡ Oh quantos motivos para quereros bien! Haſta la nobleza de vueſtra persona; todo me agrada en vos. La amiſtad tiene ojos como el amor. En otro tiempo, despues de algunos momen-

tos de ausencia, nunca os veía volver sin que se derramase por todo mi corazon una especie de serenidad, ¿por qué habeis cambiado estos inocentes placéres en penas, y temores?

Ya no se mueſtra vueſtra razon sino, al parecer, forzada: temo incesantemente los desvíos: los sentimientos de que me hablais, humillan la expresion de los mios: me privan del placer de pintaros sin disimulo los encantos que disfrutaría en vueſtra amiſtad, si vos no acibaraseis su dulzura: me privais hasta de la delicada voluptuosidad de mirar á mi bienhechor: vueſtros ojos embarazan á los mios; ya no

noto en ellos aquella tranquilidad agradable, que algunas veces se comunicaba á lo interior de mi alma; y solo hallo en ellos un dolor sombrío, que incesantemente me acusa de ser yo la causa. ¡ Ah Deterville ! ¡ Quan injusto soys, si os parece que soys vos solo el que padece y sufre!

Amada Zilia, dixo con ardor ¡ quanto aumenta mis pesares vuestra bondad y franqueza ! ¡ que tesoro tan inestimable sería la posesion de un corazon como el vuestro ! ¡ Pero con que desesperacion me haceis conocer y sentir su pérdida ! ¡ Poderosa Zilia, continuó, quan absoluto es vuestro poder!

¿No era baſtante hacerme pasar desde una indiferencia apática al amor mas excesivo,y deſde la indolencia al furor, sino que ha de ser preciso vencer unos sentimientos que vos me inſpiraſteis? ¿Y podré yo? Si, le respondí; este esfuerzo es digno de vos, y de vueſtro corazon: eſta accion juſta os hará superior á los demas mortales. Pero ¿podré yo sobrevivir á semejante esfuerzo? me replicó, con dolor: á lo ménos no eſpereis que sirva de víctima al triunfo de vueſtro amante: iré lexos de vueſtra presencia á adorar vueſtra idea: ella será el amargo alimento de mi corazon, yo os amaré, pero no os veré. ¡Ah!

á lo ménos no olvideis..........

Los sollozos ahogaron su voz en el pecho: apresuróse á ocultar las lágrimas que corrían por sus mexillas: vertíalas yo tambien con abundancia; y compadecida, asi de su dolor como de su generosidad cogí una de sus manos que eſtreché entre las mias. No, le dixe, no os ausentareis: no me usurpeis en vos á mi único y cordial amigo: contentaos con los sentimientos que os profesaré toda mi vida: os amo casi tanto como á Aza; pero no me es posible amaros como á él.

¡ Cruel Zilia! dixo como fuera de sí; ¿ Será posible que siempre hayan de ír vueſtras bondades

acompañadas de los mas crudos y sensibles golpes? ¿ Deſtruíra siempre un mortal veneno el encanto que derramais con vueſtras palabras ? ¡ Oh quan insensato soy en avandonarme á su dulzura seductora ! ¡ En que vergonzoso abatimiento me veo sumergido ! Esto es hecho : yo me restituyo á mí mismo; añadió con firmeza: á Dios: dentro de poco vereis á Aza: ¡ Plegue al Cielo que no haga que experimenteis los tormentos que á mí me despedazan ! ¡ Ojalà sea tal como lo deseais ; y digno de vueſtro corazon!

¡ Oh mi amado Aza ! ¡ que alteracion y susto no ocasionó en mi

alma el semblante con que pronunció eſtas últimas palabras! No pude absolutamente impedir las sospechas que de tropel se presentaron á mi eſpíritu: no dudé en manera alguna que Deterville se hallaba mas instruído de lo que aparentaba: que me habria ocultado algunas Cartas de España; y en fin (¿me atreveré á pronunciarlo?) que tu me eras infiel.

Preguntéle la verdad con las mas vivas instancias, y todo lo que pude averiguar de él, no fué otra cosa mas que congeturas vagas, tan aproposito para confirmar como para deſtruir mis temores. Sin embargo las reflexîones que hice acer-

ca la inconstancia de los hombres, sobre los peligros de la ausencia y tu mudanza de religion, ocasionaron alguna turbacion en mi alma.

Esta es la primera vez que fué mi ternura un sentimiento penoso; y la primera que temí perder tu corazon. Aza; si fuera cierto; si tu no me amas..... ¡ Ah, jamas mancílle semejante sospecha la pureza de mi corazon! No; yo sería sola la culpable si me detuviese un instante en este pensamiento indigno de mi candor, de tu virtud y de tu constancia. No: la desesperacion ha sugerido á Deterville tan funestas y espantosas ideas. Su turbacion y desorden ¿ no debieran tranqui-

lizar mi espíritu? El propio interés con que hablaba no debiera serme sospechoſo? Si lo ſué, mi amado Aza; mi disguſto se dirigió todo contra él; lo traté con dureza; y se ſué deſeſperado. ¡ Aza, te amo con tanta ternura! ...... No; jamás podrás olvidarme.

CARTA XXXII.

¡ Oh quan dilatado es tu viage, mi amado Aza ! ¡ Quan ardientemente deseo tu llegada ! El termino me parece aun mas vago de lo que yo habia pensado; y me guardo muy bien de hacer pregunta alguna sobre esta materia á Deterville. No puedo perdonarle la mala opinion que ha formado de tu corazon; y la que me ha hecho formar del suyo disminuye la compasion que me causaban sus penas, y el pesar que en cierto modo me ocasionaria estar separada de él.

Hace quince dias que estamos en

París : habíto con Celina en la casa de su marido , baſtante separada de la de su hermano, para no eſtar obligada á verlo á todas horas. Freqüentemente viene á comer en nueſtra compañia ; pero pasamos una vida tan agitada asi Celina como yo, que no tenemos rato de vagar para hablarnos en particular.

Despues de nueſtro regreso empleamos una parte del dia en el penoso trabajo de veſtirnos, y lo demás en lo que se llama cumplir con los amigos. Eſtas dos ocupaciones me parecerian tan infructuosas,como fatigoſas , si la última no me proporcionara los medios de instruirme mas particularmente de las

costumbres del pais. Como quando llegué á Francia no tenia conocimiento alguno de la lengua,no juzgaba de las cosas mas que por las apariencias : quando empecé á hacer algun uso,eſtaba en la Casa Religioſa , y tu sabes muy bien quan pocos auxilios hallaba en ella para mi inſtruccion. Por otra parte en el Campo no he viſto mas que úna eſpecie particular de sociedad ; pero colocada al presente enmedio de lo que ſe llama el GRAN MUNDO, veo á la Nacion entera ; y puedo examinarla sin obstaculos algunos que me lo impidan.

Los obsequios que rendimos se reducen á entrar en un dia en el

mayor número de casas que es posible para dar y recibir un tribúto de alabanzas recíprocas acerca de la belleza del roſtro, y del cuerpo; sobre la excelencia del guſto, y eleccion de trages y adornos, pero nunca sobre las qualidades del alma.

No he tardado mucho tiempo en descubrir, que la razon que obliga á tomarse tanto trabajo para adquirir eſte frívolo homenage; es que es preciso recibirlo en persona, y sin embargo es muy momentaneo: luego que desaparece el sujeto en quien recaía, ya se piensa de otra manera. Los atractivos, y mérito que se hallaban en la persona que

sale, no sirven mas que para hacer comparaciones odiosas, para establecer las perfecciones de la que entra.

La censura es el gusto dominante de los Francéses asi como la inconseqüencia es el caracter de la Nacion. Sus libros critícan las costumbres en general, y sus conversaciones las de cada particular, con tal que esté ausente; y entonces se dice con libertad todo lo malo que se piensa; y algunas veces lo que no se imagína como cosa cierta. Las gentes mas de bien, siguen la costumbre, y solamente se les distingue en una cierta formula con que procuran apologizar su fran-

queza y amor á la verdad, por cuyo medio revelan sin efcrupulo los defectos, las ridiculeces, y hasta los vicios de sus amigos.

Asi como la sinceridad de que usan los Francéses unos contra otros es sin excepcion; asi tambien es ilimitada su confianza recíproca. No se necesita mucha eloqüencia para ser escuchado, ni mucha providad para ser creído. Todo se dice, y todo se recibe con la misma facilidad, y ligereza.

No creas por efto, mi amado Aza, que los Francéses son en general malvados por su naturaleza; y aun yo sería mas injusta que ellos si te dexase imbuido en efte

error. Son tan naturalmente sensibles, y amantes, en el fondo, de la virtud, que no he visto uno que no se enternezca al oír la relacion, que continuamente se me obliga á hacer, de la rectitud de nueſtros corazones, del candor de nueſtros sentimientos, y de la sencilléz de nueſtras coſtumbres. Si vivieran en nueſtro pais, se harían virtuosos: el exemplo y la coſtumbre tiranízan su conducta.

Tal hay que piensa bien de un ausente, y afea sus procederes por no captarse el deſprecio de los que le escuchan. Otro sería bueno, humano; y sin orgullo, sino temiera hacerse ridículo;y tal hay que lo es

por razon de estado, el qual sería un modélo de perfeccion, si se atreviera á tener abiertamente mérito real y verdadero. Ultimamente, mi amado Aza, entre la mayor parte de eſtos habitantes, asi los vicios como las virtudes son artificiales, y la frivolidad de su caraćter no les permite ser mas que imperfećtamente lo que son. Semejantes con corta diferencia, á ciertos juegos de su niñéz, (imitacion informe de los seres que piensan) tienen peso en los ojos y ligereza en el tacto; una superficie de buen colorido, y un interior informe; un precio aparente, y ningun valor real y verdadero. Por eſta causa no son esti-

mados de las demás Naciones, sino de la manera que lo son en la sociedad las vagatelas bonitas. El juicio y la prudencia se sonríen de sus donayres y agudezas, pero los ponen en el lugar que les corresponde.

Dichosa la Nacion que solo tiene al autor de la naturaleza por guia; la verdad por principio; y la virtud por primer movil. (*)

(*) Parece que no se puede decir mas ni mejor; y desengañemonos que lo mismo sucede entre nosotras. No hay amigas para amigas: las mas íntimas no se perdonan el ménor descuido. Todas nueſtras concurrencias se reducen á conversaciones inútiles en que se habla maquinalmente, sin que se sienta nada de quanto se dice; juego, y murmuracion, en

CARTA XXXIII.

No debe causar admiracion, mi amado Aza, el que la veleidad sea una conseqüencia del cáracter de los Francéses; pero no ceso de ad-

---

que suele suceder que se quitan el honor con la detraccion y la maledicencia, dos que ayer fueron en extremo amígas. Nadie se fia de nadie; todas nos miramos con desconfianza; y todas somos amigas unas de otras hasta que se presenta una mezquina ocasion de acreditarlo. La prueba mas evidente de que no hay verdaderas amistades, es la facilidad con que se contrahen. Señores hombres, no hay que hechar la especie en saco roto, que en esta parte no hay entre Vs. y las Mugeres un pelo de diferencia.

mirarme de que con tantas ó mas luces que ninguna otra Nacion, parece que no perciben las contradicciones chocantes que los Extrangeros notan en ellos desde la primera vista.

Entre el gran numero de las que me sorprenden á cada instante, no hay, á mi corto modo de entender, ninguna mas vergonzosa ni que mas desacredite su talento, que su modo de pensar relativo á las mugeres. Las miran con respeto mi amado Aza, y al mismo tiempo las desprecian con igual exceso.

La primera ley de su politica, ó si tu quieres de su virtud (por que hasta ahora, yo no les he descubier-

to otras) es respectiva á las mugeres. El hombre de mas alta gerarquia, debe tratar con respeto á la de la mas víl condicion; tanto que se cubriría de bochorno, y de lo que llaman ridiculéz, si le hiciese algun insulto personal: y sin embargo el hombre de ménos consideracion, el ménos estimado, puede engañar, hacer traicion á una muger de mérito, y manchar su reputacion con calumnias irreparables, sin temer desprecio ni castigo.

Si no tubiera certidumbre de que dentro de poco podrás experimentarlo por ti mismo y formar tus juicios ¿cómo me habia de atreber á pintar una contrariedad, que ape-

nas puede concebir la simplicidad de nuestros talentos? Docil nuestro ingenio á las nociones de la naturaleza, no se atreve á pasar de los límites que aquella le prescribe: nosotros hemos hallado en este aislado estudio, que la fuerza y el valor de un sexô, indicaba que debia ser el apoyo y defensa del otro: nuestras leyes van conformes con esta doctrina (1). Pero aqui, lexos de compadecerse los hombres de la debilidad de las mugeres se hallan angustiadas con el trabajo las pleveyas, sin que las consuelen ni las

(1) Las Leyes Peruanas dispensaban á toda muger de qualquiera trabajo penoso.

leyes ni los maridos; y las de la clase superior son el juguete de la seduccion,y de la maldad de los hombres,sin que puedan subsanarse estas perfidias mas que por las exterioridades de un respeto puramente imaginario, precursor siempre de la sátira mas atrevida y mordaz. (*)

(*) Es cierto que en esta parte hay hombres que como suele decirse, nos tiran á deguello. No temo que se diga que me apasiono en la defensa de mi sexô, porque el desarreglo es notorio, y tan excesiva la impudencia de algunos jóvenes, que se burlan de la reservada modestia de los otros. La flaqueza de una muger seducida sirve impunemente de conversacion á jóvenes atolondrados, sin reparar en que es casi imposible resarcir la opi-

Bien conocí desde que entré en el mundo que la censura habitual de la Nacion recaía principalmente sobre las mugeres, y que los hombres entre sí se desprecian con mu-

---

nion que una vez se perdió. Los oídos y la atencion se preſtan facilmente á la calumnia, pero una vez introducido el veneno, ni aun una satisfaccion pública es suficiente triaca para dexar las cosas en el sér y eſtado que estaban. Eſte pecado es tal vez el de peores conseqüencias, y es de los que mas freqüentemente se cometen. Esto, quando seamos tan afortunadas que se contenten con decir una verdad que nadie les pregunta. ¡ Ay de aquellos que injuſtamente mancillaron el honor de una muger, si es cierto (como no tiene la ménor duda) que sin el reintégro no se expian las usurpaciones!

cho tiento. Buscaba la causa entre sus buenas qualidades, quando un accidente casual me la descubrió entre sus defectos.

En todas las casas adónde hemos concurrido de dos dias á esta parte, se ha hecho conversacion acerca de la muerte de un jóven, muerto á manos de uno de sus amigos, y todos aprobaban esta accion barbara, por sola la razon de que el muerto habia hablado mal del vivo. Esta nueva extravagancia, me pareció de un carácter bastante serio, para profundizar el origen. Informéme y supe, ó mi amado Aza, que un hombre está obligado á exponer su vida, para quitarsela á otro, si sabe

que eſte ha hablado de él haciendole poco favor; ó á desterrarse de la sociedad, si se niega á tomar una venganza tan cruel. No fué necesario mas para abrir los ojos acerca de lo que queria inquirir. Es evidente que los hombres naturalmente cobardes, sin pudor, y sin remordimientos, no temen mas que los castigos corporales; y que si las mugeres eſtubieran autorizadas para castigar los ultrages que se las hacen, de la misma manera que ellos eſtán obligados á vengarse del mas ligero insulto; alguno que se vé recibido y acogido en la sociedad, ya no exiſtiría; ó retirado en un desierto, ocultaría su deshonor y

mala fé. La impudencia, y el atrevimiento dominan enteramente á los jóvenes, con particularidad quando no aventuran nada. El motivo de su conducta respecto de las mugeres, no necesita otras informaciones; pero aun no descubro el fundamento del desprecio interior, que noto en todos los espíritus ácia ellas. Yo me esforzaré en descubrirlo, á lo qual me impele mi propio interés. ¡Oh mi amado Aza! ¡Quanto sería mi dolor si á tu arribo te hablasen de mí como yo oygo hablar de las otras!

CARTA XXXIV.

Me ha sido necesario mucho tiempo, querido Aza mio, pára profundizar y descubrir la causa del desprecio con que generalmente se trata aqui á las mugeres. Ultimamente me parece haber dado con ella en la poca conexîon que hay entre lo que son, y lo que se cree que debieran ser. Querriase, como en todas partes, que tuvieran mérito, y fueran virtuosas, pero sería preciso que la naturaleza las hiciese asi; porque la educacion que se las dá es tan opuesta al fin que se proponen, que ella sola me parece

ser la obra maeſtra de la inconseqüencia Francésa.

Es cosa sabida en el Perú, mi amado Aza, que para preparar á los humanos á la práctica de las virtudes, es preciso inspirarles desde la infancia un valor y una cierta firmeza de alma que les forma un caracter decidido; todo eſto se ignora en Francia. Los niños en su primera edad no parece que estan deſtinados sino á la diversion de los Padres, y de los que los gobiernan. (*) Parece que se quiere

(*) No quiero que se me olvide ni pase la ocasion de decirlo. Conozco niños que se guardarán muy bien de coger un tenedor con la mano izquierda, ó poner el pan con el asiento ácia

sacar una vergonzosa ventaja de su incapacidad en descubrir la verdad; y se les engaña acerca de lo que no ven: se les inspiràn ideas falsas de lo que se presenta á sus sentidos, y se ríe inhumanamente de sus errores: aumentan su sensibilidad, y debilidad natural, por una compasion pueríl que se demueſtra por los accidentes mas frivólos: en una palabra se olvida absolutamente que han de ser hombres.

Yo no sé quales son las conse-

arriba delante de sus padres, pero sin embargo podrán impunemente, y aun se mirará como una gracia muy chistosa, llamar á su Madre.... No sé si me ría ó me compadezca.

qüencias de la educacion que un Padre dá á sus hijos, ni aun he podido informarme; pero sé que en el momento que las hijas empiezan á ser capaces de recibir instrucciones son encerradas en una casa Religiosa, para que aprendan á vivir en el Mundo: que se confia la ilustracion de su espíritu á unas personas de ninguna instruccion; y que son incapáces de formarlas un corazon que no conocen.

Los principios de la Religion que son la cosa mas aproposito para servir de germen á todas las virtudes, se aprenden superficialmente y de memoria. Los respetos relativos á la Divinidad no son ins-

pirados mas metódicamente; y es un dolor ver que todo quanto en eſte punto se las enseña se reduce á ceremonias de un culto exterior, exigidas con tanta severidad, y práсticadas con tanto disguſto, que esto es lo primero de que se olvidan quando entran en el mundo; y si aun se conserva algun uso, á vista del modo de cumplir con eſte deber, se creería que todo ello no era mas que una especie de pólitica que se tributa por coſtumbre á la divinidad. (*)

(*) Es indudable que la tibieza de nuestra devocion, nace de la superficialidad con que en nuestra educacion se nos inspiran las ideas relativas al ser supremo, y de lo

Por otra parte nada puede reemplazar los fundamentos de una

perteneciente á su sagrado culto. Asistímos á las Iglesias puntualmente, es cierto, pero de la misma manera que si fueramos á conversacion con una vecina. Parécenos que con ciertas exterioridades tenémos cumplido para con Dios; pero el corazon sabe S. D. M. por donde anda. Los rosarios que se rezan en las casas, son mas una algarabia de voces desentonadas, que devotas. De manera que con razon se dice que parecen un puro cumplimiento y nada mas. Es imposible que ningun gentíl pueda formar una idea completa de la grandeza y Magestad del Rey de los Reyes á quien dirigimos nuestras suplicas á vista de la familiaridad con que le hablamos. Basta ver la indevocion con que los niños acompañan nuestros rosarios públicos para venir en conocimiento de lo poco que fixaran en lo sucesivo

educacion mal dirigida. En Francia no se hace caso de inspirar á las niñas aquella especie de respeto á sí mismas, que tanto se cuida en nueſtro pais de infundir en el corazon de nueſtras Vírgenes. Este sentimiento generoso, que nos hace el Juez mas severo de nuestras acciones, y nueſtros pensamientos; que viene á ser un principio seguro quando es bien sentido, no sirve aqui de recurso alguno para las mugeres. Segun lo poco que se cuida de su alma, parece que los Francéses viven en el error de al-

su atencion en estos y otros actos religiosos. La mayor parte de los públicos no ofrecen mas que Imagenes de irreligion y desenvoltura.

gunos Pueblos bárbaros, que niegan que la tienen.

Arreglar los movimientos del cuerpo; colocar los del semblante; componer el exterior, son los puntos esenciales de la educacion. Fundados los Padres en las aptitudes mas ó ménos moleſtas de sus hijas, se glorían mas ó ménos de haberlas educado bien. Las encargan que se llenen de confusion por una falta cometida contra el buen parecer: no les dicen que el ademán honeſto, no es otra cosa que hypocresía, sino es efecto de la honeſtidad del alma. Incesantemente se excita en ellas aquel despreciable amor propio, que solo pro-

duce efectos en los atractivos exteriores : no dandoles á conocer aquel que forma el verdadero mérito, y que solo se satisface con la estimacion. La sola idea que se las da del honor se limita á no tener amantes; presentandoles sin cesar la certidumbre de agradar, por recompensa de la violencia y fatiga que se las impone : y el tiempo mas precioso para formar el espíritu, se emplea en adquirir nociones y talentos imperfectos, de que se hace poco uso en la juventud, y que en edad mas avanzada se miran como ridículos.

Pero aun no es esto todo, mi amado Aza, la inconseqüencia de

los Francéses no tiene límites. Con tales principios esperan de sus mugeres la práctica de las virtudes, que ni aun las dan á conocer; y ni aun úna idea justa de los terminos, ó palabras que las expresan. Yo adquiero diariamente sobre esto mas noticias y luces de las que necesito, en las conversaciones que tengo con algunas jóvenes cuya ignorancia no me causa ménos admiracion que todo quanto he visto hasta ahora.

Si les hablo de sentimientos, dicen que no los tienen, porque no conocen mas que el del amor. Por la palabra BONDAD, solo entienden la compasion natural que se

experimenta á vista de un ser que sufre; y aun he notado que son mas tiernas con respecto á los animales que los humanos (*): pero aquella

(*) Nóto que somos poco humanos: no se en que consiste pero diré dos observaciones que he hecho, la una con respecto á mi misma, y la otra relativa á las señoritas cuya indiferencia á vista de los males que otro sufre me estremeze y abochorna algunas veces. Sea, pues, la primera, que puedo asegurar con verdad, que desde que me he dedicado á la lectura se ha aumentado notablemente mi sensibilidad, y en el dia me conduelo de un irracional maltratado injustamente. Sea la segunda, lo infinito que me horroriza ver que corren y se atropellan por disfrutar la diversion de ver ahorcar á un hombre, tal vez mas digno de excitar la compasion que la abominacion publica; no ya aquellas gentes rusticas é idio-

tierna bondad, reflexîonada, que impele á hacer el bien con noble-

tas, que apénas son un poco mas que brutos; no aquellos señoritos, cuya educacion descuidada hace insensibles y estupidos; ni ménos (con horror lo digo) los Ministros del altisimo; Ministros de paz; sino las mismas señoritas de primera clase, cuyo corazon debiera ser mas susceptible de sentimientos piadosos y compasivos. Estas, pues, corren precipitadamente á ver quitar á sangre fria la vida á un hombre que ningun daño las ha hecho: á un infeliz que tal vez delinquio y fue conducido al cadalso á impulsos de la pobreza y la miseria: á un desgraciado lleno de angustia y amargura, que un momento despues va á perder nada ménos que el tesoro inapreciable de la vida, y que tal vez con su muerte va á llenar de luto y tristeza á una familia, inculpable é indigente. Empero si quando una de es-

za y discernimiento; que conduce á la indulgencia y humanidad, las es totalmente desconocida. Creen haber cumplido con toda la extension de los deberes que exîge la discrecion, sin mas que no descubrir sino á algunas amigas, los frívolos secretos, que han sabido por descubrimiento propio, ó que las han confiado; pero no tienen idea alguna de aquella discrecion circunspecta, delicada y necesaria,

tas señoritas vuelve á casa, y despues de haber observado con atencion é indiferencia los gestos y movimientos que producen las ansias de la muerte, halla muerto un falderito, le dá un patatus que por poco nos priva de sus gracias y sensibilidad.

para no ser gravosas, para no dañar á persona alguna, y para mantener la paz en la sociedad.

Si emprendo explicarles lo que entiendo por moderacion, sin la qual aun las mismas virtudes son casi vicios: si hablo de la honestidad de las costumbres; de la equidad que se debe usar con relacion á los inferiores, tan poco practicada en Francia, (*) y de la firmeza

(*) Acá, bendito sea Dios, todos nos pagamos en una misma moneda. Los de la primera clase se desdeñan de tratar con los de la segunda, y estos llaman vanos á aquellos, al paso que ellos lo son tanto ó mas con respecto á los de la tercera, que se quexan del mismo modo de ellos y proceden de la misma manera con los

en despreciar, y huír de los hombres viciosos por esclarecida que sea su gerarquia, noto en su embarazo, que sospechan que hablo en lengua Peruana, y solo por atencion se ven precisadas á fingir que me entienden.

---

de la quarta. Un pueblo que conozco es buen testigo de todo esto: todas las clases se llaman unas á otras vanas, y todas tienen razon á fé mia. Sin embargo en todas partes se nota que aquellos caballeros que son lo que representan; esto es que en realidad son ramas de un tronco de superior é ilustre gerarquia, son los mas atentos y familiares, é indispensablemente los mas estimados del pueblo, que sin duda los aprecia, y aun envanece con ellos quando no abusan de una calidad que los distingue, mucho mas quando sabe que es pegadiza ó infundada.

No estan mejor instruidas en el conocimiento del mundo, de los hombres, y la sociedad: ignoran hasta el uso de su lengua natural; y muy rara vez hablan correctamente, de manera que noto con la mayor sorpresa que al presente eſtoy en eſta parte mas adelantada que ellas. (*)

En el caos de eſta ignorancia se suelen casar las niñas apenas sali-

(*) A ninguna de nosotras se nos enseña el Castellano, y aunque no se puede negar que las hay entre nosotras muy afluentes, y de lengua muy expedíta, no es ménos cierto que todas hablamos bien mal, aunque eſto no quita que eſtemos muy satisfechas de lo contrario.

das de la infancia. Desde entonces, y á viſta del poco interés que sus Padres demueſtran por su conducta, no parece sino que no les pertenecen como hijas, y la mayor parte de los maridos hace otro tanto. Aun podrían sin duda repararse los primeros defectos de la educacion; pero ninguno se toma el trabajo.

Una muger jóven tiene libertad para recibir en su habitacion y sin temor alguno todas las gentes que quiere. Sus ocupaciones son ordinariamente pueriles; siempre inútiles, y tal vez peores que la ociosidad misma. Poco mas ó ménos todos entretienen su espíritu con frivolidades malignas, ó insipidas

mas propias á hacerla despreciable que la misma eſtupidéz. Sin que su marido tenga en ella confianza, no procura tampoco instruirla y aplicarla al cuidado de sus negocios, de su familia y de su casa. Ella no es parte de eſte pequeño universo sino por representacion: eſto es, que no es otra cosa que una figura de adorno para divertir á los curiosos; de suerte que por poco que el genio imperioso se agregue al guſto de la disipacion, cae en todos los absurdos; pasa con rapidéz desde la independencia á la licenciosidad; y á poco tiempo se concilia el desprecio y la indignacion de los hombres, á pesar de su

inclinacion é interés en tolerar los vicios de la juventud en favor de sus atractivos.

Aunque te digo la verdad con toda la sincéridad de mi corazon, ó mi amado Aza, guardate bien de persuadirte que no hay aqui mugeres de mérito. Las hay pues bastantemente dichosas por su nacimiento, para proporcionarse á sí mismas lo que la educacion las ha negado. La inclinacion al cumplimiento de sus obligaciones, la decencia de sus costumbres, y los honestos atractivos de su espíritu, las concilian la estimacion de todo el mundo; pero el número de éstas es tan limítado, en comparacion de la

multitud de las otras, que son conocidas y veneradas por sus propios nombres. No creas tampoco que el desarreglo de conducta de las otras nazca de su perverso natural; antes me parece hablando generalmente que las mugeres nacen aqui mas comunmente que entre nosotros, con todas las disposiciones necesarias para igualar á los hombres en mérito, y en virtudes: pero como si hubieran hecho una convencion en el fondo de su corazon, y que su orgullo no pudiese sufrir semejante igualdad, ellos mismos contribuyen con todo quanto pende de su arbitrio, á hacerlas despreciables, ya por la

falta de respeto y eſtimacion con relacion á las propias, ya procurando seducir á las agenas. (*)

(*) No me atreveré á decidir de que nace la ignorancia en que vivimos sepultadas las mugeres aunque me lo presumo, pero el hecho es evidente; y esta se ha connaturalizado tanto, que ya se burlan muchas de la escasa aplicacion de algunas. Pero si me apuran un poco diré que jamás llegarán los hombres á aquel grado de perfeccion de que son susceptibles en ciencia y virtud hasta que nosotras seamos regulares y les váyamos á los alcances. Yo me sé el porque pero no lo quiero decir, por qué pobre de mí ¡qual me pondrían! „ He aqui, dirían, lo que sucede: ya se nos quieren subir „ á las barbas por que saben algo mas que leer: „ no nos podrémos averiguar con ellas, ni con „ sus bachillerías, si les franqueamos la puerta „ á los estudios.„ Señores mios, ese es un ter-

Quando llegues á saber que aqui la autoridad eſtá enteramente en manos de lòs hombres, no dudarás en manera alguna, mi querido Aza, que ellos deben ser responsables de todos los desordenes de la so-

---

ror pánico, hijo legitimo de la holgazaneria: siendo ignorantes nosotras, no necesitan V. saber mas que lo que saben, y si adelantasemos un poquito tendrían V. precision de hacer un estudio mas sólido, y apretar los estribos. ¡ Pobres de todos V. si en mi consistiera! ¡ A fé mia que no nos habian V. de paladear con dixes y diversiones pueriles como á los niños! Pero á bien que algunas hay que ya ban sacando los pies de las alforjas, que son bien conocidas, y á mi parecer dentro de poco nos veremos las caras, y el que cayga mire como se levanta.

ciedad. Aquellos que por una poltrona indiferencia, dexan á sus mugeres seguir el gusto que las pierde, aunque no son los mas culpados, no son los ménos dignos de desprecio; pero no son comparables con aquellos, que con el exemplo de una conducta viciosa é indecente, arrastran á sus mugeres al desarreglo, ó por despecho, ó por venganza.

Con efecto, mi amado Aza ¿cómo es posible que no se alteren á vista de la injusticia de las leyes que toleran la impunidad de los hombres, establecida con tanto exceso como su autoridad? Un marido, puede sin temor de ser castiga-

do tratar á su muger con los mas chocantes modales; puede disipar en prodigalidades tan criminales como excesivas, no solámente su hacienda, y la de sus hijos, sino tambien la de la víctima que obliga á gemir en la indigencia, por una avaricia en quanto á los gastos honestos, que en este pais suele andar muy únida con la prodigalidad. (*) Tiene autoridad para cas-

(*) Muchas veces me ha ocurrido al pensamiento de que asi como el Gobierno procura contener los gastos con que se adeudan los manirrotos, no sería malo que prácticase algunas diligencias con los miserables. Si aquellos usurpan al público lo que gastan á mas de lo que dan de sí sus facultades, estos con lo que ahorran y de-

tigar rigurosamente las apariencias de una ligera infidelidad, entregandose al mismo tiempo sin rubor á todas aquellas que un desenfrenado libertinage le sugiere. Ultimamente, mi amado Aza, parece que en Francia no son recíprocos los vinculos del matrimonio, sino

---

biera circular. Por exemplo; un hombre tiene treinta mil ducados de renta, y por efecto de una sórdida avaricia gasta solamente en cada un año mil, y ahorra los veinte y nueve ¿no es esto hacer de las riquezas un abuso indigno de un racional? ¿A donde pensarán llevarlo por su fallecimiento? Estas acumulaciones de riquezas causan á mi parecer un daño real y verdadero, que no se puede ocultar á los talentos reflexivos, y amigos de profundizar las materias.

en el momento de su celebracion; y que en lo sucesivo, las mugeres solas son las que deben eſtar sugetas.

Yo pienso y creo que sería hacerlas mucho favor, el creerlas capaces de conservar amor á sus maridos, á pesar de la indiferencia y disgustos con que la mayor parte de ellas se hallan oprimidas. ¿ Pero quien puede sufrir el verse despreciada?

El primer sentimiento que la naturaleza nos inspira es el placer de SER, y nosotros lo conocemos mas vivamente por grados al paso que percibimos el caso que se hace de nosotros.

La felicidad maquinal de la primera edad se reduce á ser amados de nuestros padres, y agasajados de los eſtraños; pero la del reſto de la vida es el conocer la importancia de nueſtro SER; cuya proporcion es necesaria á la felicidad de otro. Tu, mi amado Aza; tu amor eſtremado; la franqueza de nueſtros corazones, la sinceridad de nueſtros sentimientos, son quienes me han patentizado los secretos de la naturaleza y los del amor. La amistad; este prudente y dulce vinculo, debería tal vez satisfacer todos nuestros votos y deseos; pero ella divide sin delito y sin escrupulo todo su cariño entre muchos objetos.

El amor, que dá y exige una preferencia exclusiva, nos presenta una idea tan alta, y tan satisfactoria de nueſtro SER, que ella sola puede contentar la codiciosa ambicion de la primacía, que nace con nosotros; que se manifieſta en todas las edades, en todos tiempos y en todos eſtados; y el guſto natural á la propiedad acaba de determinar nueſtra inclinacion al amor.

Si la posesion de un mueble, de un dixe, ó una tierra es uno de los sentimientos mas agradables que experimentamos ¿ quál debe ser el que nos asegura la posesion de un corazon, de una alma, de un SER libre, independiente, y que se da

voluntariamente en cambio del placer de tener en nosotros la posesion de las mismas ventajas?

Si es cierto, mi amado Aza, que el deseo dominante de nueſtros corazones es de el ser honrados en general, y amados de alguno en particular ¿cómo podrás concebir porque especie de inconseqüencia pueden los Franceses esperar que una Señorita, ofendida de una insultante indiferencia de parte de su marido, no procure subſtraherse á aquella especie de anonadamiento que la presentan baxo de todas formas? ¿Imagínas tu que sea posible ordenarles, que cuenten por nada eſte tratamiento en una edad

en que se pretende aun mas de lo que se merece ? ¿ Podrás comprehender con que fundamento se exige de ellas que practiquen las virtudes,de que los hombres se dispensan á sí mismos, negandoles las luces y principios necesarios para practicarlas ?

Pero lo que aun se concibe con mas dificultad es, que los Padres y los maridos se lamentan recíprocamente del desprecio con que miran á sus mugeres y á sus hijas , al mismo tiempo que perpetúan la causa, transmitiendola de raza en raza con la ignorancia , la incápacidad y la mala educacion.

¡O mi amado Aza! ¡Plegue al Cie-

lo que los brillantes vicios de una Nacion, por otra parte tan seductora, no nos disguften de la cándida simplicidad de nueftras coftumbres! No olvidemos jamás, tu la obligacion en que eftás de darme buen exemplo, de ser mi guia y apoyo en el camino de la virtud; y yo la en que eftoy de conservar tu eftimacion, y tu amor, imitando á mi modelo.

CARTA XXXV.

Nueftras visitas y cansancio, ó mi amado Aza, han tenido un fin que no pudo ser mas agradable. ¡Oh que dia tan delicioso pasé ayer! ¡Quan agradables me son las nuevas obligaciones á que me confieso deudora de Deterville y su hermana! Pero ¡quanto mas preciofas y amables serán para mi quando las pueda disfrutar y partir contigo!

Despues de dos dias de descanso, sálimos ayer por la mañana de París, Celina, su hermano, su marido y yo, para hacer, decia aque-

lla, una visita á la mejor de sus amigas. No fué muy largo el viage: llegamos á buena hora á una casa de campo cuya situacion y adyacencias me parecieron admirables, pero lo que me causó mucho asombro al entrar, fué hallar todas las puertas abiertas, sin encontrar persona alguna.

Esta casa, demasiado hermosa para eſtar abandonada, y demasiado pequeña para ocultar la gente que debería habitarla, me pareció un encantamento. Divertíame con este pensamiento, y pregunté á Celina, si nos hallabamos en casa de algunas Magas (1) cuyas Histo-

(1) Deidades subalternas.

rias me había ella misma dado á leer, y cuya ama y criados fuesen invisibles.

Ya la vereis, me respondió ella; pero á causa de hallarse ocupada en negocios de importancia por todo el dia, me ha encargado que os pida nos obsequieis en su nombre hasta que venga; mas ante todas cosas, añadió, es preciso que vos firmeis el consentimiento, que prestais sin duda, á esta proposicion. ¡Oh! si por cierto, respondí, siguiendo la chanza.

Apenas hube pronunciado estas palabras, quando ví entrar á un hombre vestido de negro, que trahía recado de escribir, y un papel,

ya escrito: presentómelo, y yo puse mi nombre dónde me dixeron.

Al mismo instante se presentó otro de buena presencia, que nos convidó, segun coſtumbre, á pasar con él al quarto ó sala de comer. En ella encontramos una mesa servida con tanto aseo como magnificencia; y apénas nos hubimos sentado quando se dexó oír una musica encantadora, al parecer en una pieza inmediata; de modo que nada faltaba de quanto puede hacer agradable un banquete. Pareciame que Deterville habia hechado en olvido sus pesares, para incitarnos á la alegria: hablábame de mil maneras distintas de sus sentimien-

tos respectivos á mí, pero de un modo lisongero, sin quexas ni reconvenciones.

El dia estaba sereno, y de comun acuerdo nos resolvimos á salir á paseo despues de comer. Hallamos los jardines mucho mas extensos que la casa parecia prometerlo. El arte y la simetria se admiraban solamente en quanto contribuían á hacer mas intéresantes los encantos de la simple naturaleza.

Terminamos nuestro paseo en un bosque donde finaliza el jardin: y sentados todos quatro sobre un delicioso cespede, vimos venir ácia nosotros, por una parte una tropa

de aldeanos, vestidos á su modo pero con mucho aseo, precedidos de algunos instrumentos musicales; y por otra una tropa de aldeanas jóvenes vestidas de blanco, adornadas las cabezas con flores campestres, y cantando rustica pero dulcemente, varias canciones en que noté con sorpresa que se repetia mi nombre.

Aumentóse mi admiracion quando acercandose á donde estabamos una y otra quadrilla, ví al hombre mas principal separarse de la suya, poner una rodilla en tierra y presentarme en una gran fuente muchas llaves, con un cumplido que apénas pude entender á causa de

mi turbacion, comprehendiendo únicamente, que siendo el Gefe de los Aldeanos del diſtrito ó Provincia, venía á rendirme homenage en calidad de su Soberano, y presentarme las llaves de la casa, de que tambien era dueña.

Luego que finalizó su harenga, se levantó para dexar el sitio á la mas linda de las Aldeanas, que me presentó un gran ramo de flores adornado con cintas, acompañado tambien de un corto discurso en mi alabanza, que desempeñó con muchisima gracia.

Era demasiada mi confusion, mi amado Aza, para poder responder á estos elogios, que no merecia en

ff

manera alguna. Por otra parte todo quanto pasaba tenia un ayre tan cercano á la verdad, que mas de una vez creí sin arbitrio, todo quanto por otro lado me parecia increible. Este pensamiento produxo una infinidad de otros: eſtaba mi espíritu de tal manera diſtrahido que no me fué posible pronunciar una palabra. Si mi confusion causaba diversion á los presentes, á mí me embarazaba con tanto extremo, que Deterville se condolió algun tanto: hizo una seña á su hermana: levantóse ésta, despues de haber dado algunas monedas de oro á los Aldeanos y Aldeanas, diciendoles que aquellas eran las pri-

micias de mis bondades ácia ellos: propúsome despues que diesemos un paseo por el bosque, y yo la seguí con mucho gusto, con designio de quexarme de la confusion y embarazo que me habia ocasionado, pero no tube tiempo para ello. Apenas habiamos andado un corto trecho, quando se detuvo, y mirandome con semblante risueño; confesad, Zilia, me dixo, que estais muy enfadada contra nosotros, y que lo estareis mucho mas, si os digo, que no hay duda en que esta tierra y esta casa son vuestras.

¡ Mias! dixe yo. ¡ Ah Celina! ¿ Es esto lo que me habiais prometido? Esto ya es llevar muy ade-

ff 2

lante el ultrage ó la chanza. Escuchad, me dixo con mas seriedad; si mi hermano hubiera dispuesto de algunas partes de vuestros tesoros para adquirir una y otra, y que en lugar de las enfadosas formalidades, de que se ha encargado, no os hubiera reservado mas que la sorpresa ¿nos aborreceriais? ¿No podriais perdonarnos el haberos procurado para todo acontecimiento, una habitacion tal como habeis dado á entender que la amais, y haberos asegurado una vida independente? Vos haveis firmado esta mañana la escritura auténtica que os pone en posesion de la una y la otra: reñidnos ahora todo lo que se os

antoje, añadió sonriendose, si es que nada de todo eſto os es agradable.

¡Ah, mi amada amiga! dixe arrojandome en sus brazos: reconozco con demasiada viveza unos cuidados tan generosos, para que pueda explicar mi agradecimiento. Con efecto no me fué posible pronunciar mas que eſtas pocas palabras; pero desde luego conocí la importancia de semejante servicio. Conmovida, enternecida, enagenada de alegría por imaginar el placer que tendría en consagrarte aquella encantadora habitacion, se ahogaron mis expresiones en la multitud de mis sentimientos. Dirigía-

me á Celina á quien hacia muchas caricias, que me correspondia con otras tantas y tan tiernas demostraciones de cariño, y despues de haberme dado tiempo para recobrarme, volvimos á buscar á su hermano y á su marido. Una nueva turbacion se apoderó de mí al acercarme á Deterville, y produxo en mis expresiones otro embarazo como el antecedente: yo le alargué una mano, que besó sin pronunciar una palabra, volviendose para ocultar las lágrimas que no pudo contener, y que á mí me parecieron una señal de la satisfaccion que recibia de verme tan contenta; de manera que me enternecí hasta

derramar las mias. El marido de Celina, que tenia ménos interés que todos nosotros en quanto pasaba, procuró alegrar la conversacion, y en tono chancero, me hizo varios cumplidos, dandome la enhorabuena en quanto á mi nueva dignidad, y nos persuadió que volviesemos á la casa, para examinar, decia, sus defectos, y hacer ver á Deterville que no es tan delicado su gusto como lo presume. ¿ Te lo confesaré, mi amado Aza? pues sabe que todo quanto se me presentó al paso, me pareció que tomaba una nueva forma: las flores me parecian mas hermosas; los árboles mas verdes, y la simetría de los jardines mas bien

ordenada. Hallé á mi parecer la casa mas alegre, los muebles mas ricos, y hasta las menores vagatelas me inspiraron un grande interés.

Recorría las habitaciones y andaba de uno en otro aposento, como embriagada de alegría, de modo que no me era posible examinar cosa alguna; el único parage en dónde me detuve, fué en una Cámara bastante grande, rodeada de un enrexado de oro ligeramente trabajado, que encerraba una infinidad de libros de todos colores, de todas formas, y de un aséo admirable. Estaba de tal manera encantada, que á mi parecer no podía separarme de ellos sin haberlos

leído todos. Sacóme de allí Celina, haciendome acordar de una llave de oro que Deterville me habia dado; de la qual me serví para abrir precipitadamente, una puerta que me enseñaron, quedando inmóvil á la vista de las magnificencias que contenía.

Era un gavinete que brillaba por todas partes con los espejos y las pinturas: el artesonado en fondo verde adornado con figuras con extremo bien dibujadas, y que imitaban una parte de los juegos y las ceremonias de la Ciudad del Sol, con corta diferencia como yo se las habia descrito á Deterville.

Allí se veian representadas nues-

tras Vírgenes en mil parages con el mismo trage que yo llevaba quando llegué á Francia, y aun decian que se parecian á mí.

Los ornamentos del Templo que habia dexado en la Casa Religiosa, eftaban allí sostenidos de pyrámides dorados,y adornaban los angúlos de efte magnifico gavinete. La figura del Sol pendiente del centro de cielo raso, pintado de los mas hermosos colores del cielo, completaba con su brillantéz resplandeciente la hermosura de efta encantadora soledad;y una porcion competente de muebles cómodos correspondientes á las pinturas la hacian deliciosa.

Aprovechandose Deterville del silencio en que mi sorpresa, mi alegria y mi admiracion me tenian como abismada, me dixo acercandose á mí: Bien notareis, bella Zilia, que la silla de oro no se halla en efte nuevo Templo del Sol: un poder mágico la ha transformado en casa, jardines y tierras. Si yo no he empleado mi propia ciencia en semejante metámorfosis, no ha sido sin sentimiento mio; pero ha sido preciso respetar vueftra delicadeza. Ved aqui, me dixo abriendo un armario pequeño dieftramente fabricado en la pared; ved aqui los restos de efta operacion mágica. Al mismo tiempo me enseñ-

ñó un cofrecillo lleno de piezas de oro á uso de Francia: Esto, bien lo sabeis, continuó diciendo, no es lo ménos necesario entre nosotros, y me ha parecido que debía conservaros una corta provision.

Empezaba á darle pruebas de mi vivo agradecimiento, y de la admiracion que me causaban aquellos cuidados tan preventivos, quando Celina me interrumpió, y me llevó á una sala que está al lado de aquel maravilloso gavinete. También quiero yo, dixo, haceros vér el poder de mi arte. Abrió, con efecto, unos grandes armarios llenos de telas admirables, de ropa blanca, vestidos, en

fin de todo quanto usan las mugeres, con tanta abundancia que no pude ménos de reírme y preguntar á Celina ¿ quantos años queria que viviese para emplear tantas y tan bellas cosas? Tantos como vivamos mi hermano y yo, me respondió: y yo, repliqué, deseo que vivais uno y otro mientras que os amé, que en tal caso no morireis los primeros.

Dicho esto volvímos al Templo del Sol: así es como ellos llamaban al maravilloso gavinete. Tuve en fin libertad para hablar; y expresé como lo sentía, los sentimientos de que me hallaba penetrada. ¡ O quanta bondad! ¡ Quantas virtudes

en los procedimientos de eſtos dos hermanos!

Pasamos el resto del dia entre las delicias de la confianza y la amiſtad: obsequiélos á la hora de cenar como que era la ama de la casa, con mas alegría que á la de comer. Mandaba con libertad á los criados que sabía que eran mios; chanceábame hablando de mi autoridad y opulencia; é hice en fin quanto dependía de mí para hacer agradables á mis bienhechores sus mismos beneficios.

Sin embargo me pareció notar, que al paso que el tiempo se deslizaba, volvía Deterville á abismarse en su antigua melancolia, y

aun tambien que de quando en quando se escapaban algunas lágrimas de los ojos de Celina; pero asi el uno como el otro volvían con tanta prontitud á recobrar la serenidad de su semblante, que me pareció que me habia engañado.

Hice mís esfuerzos para obligarlos á que gozasen por algunos dias mas en mi compañia la felicidad que ellos mismos me habian proporcionado; pero no lo pude conseguir. Hemos venido esta noche, con ánimo de volver prontamente á mi Palacio encantado.

¡O mi amado Aza! ¡Qual será mi felicidad quando pueda habitarlo en tu amable compañia!

CARTA XXXVI.

La triſteza de Deterville y su hermana, ó mi querido Aza, no ha hecho mas que aumentarse desde que vinimos de mi Palacio encantado. Amo con sobrado extremo á uno y á otro para no haberme apresurado á preguntarles el motivo; pero viendo que se obstinaban en ocultarmelo, no he dudado en persuadirme que alguna desgracia ha detenido tu viage, y á poco tiempo fué mi inquietud superior á sus pesares. No pude disimular la causa, pero mis amigos no la han dexado subsistir, y Deterville me ha con-

fesado que habia resuelto ocultarme el dia de tu llegada, á fin de sorprehenderme, pero que mi inquietud le obligaba á abandonar su designio. Con efecto me ha enseñado una Carta del Guia que ha dispuesto que te dén; y por el cálculo del tiempo, y del parage en dónde se ha escrito me ha dado á entender que puedes eftar aqui hoy, mañana, ó en efte mismo momento: en fin que no hay tiempo que medir hafta que llegue el que colmará todos mis deseos.

De resultas de efta primera confianza no ha tenido reparo Deterville en decirme todo lo reftante de sus prevenciones. Me ha ense-

ñado la habitacion deſtinada para ti: te hospedarás aquí, haſta que únidos, nos permita la decencia habitar mi delicioso castillo.

Ya no te perderé de viſta; nada podrá separarnos: todo lo ha dispueſto Deterville, y al presente mas que nunca me hallo convencida de su excesiva generosidad.

Despues de eſta noticia, me ha parecido no tener que buscar otro orígen á la triſteza que lo devóra, que tu proxîmo arribo. Yo le tengo lasſtima, compadezco su dolor, le deseo una felicidad que no dependa de mis sentimientos, y que sea una recompensa digna de su virtud. Aun hago mas, pues disi-

múlo una parte de mi alegría para no irritar sus penas : y esto es todo lo que puedo hacer ; pero me hallo muy ocupada y distraida con la idea de mi proxîma felicidad, para encerrarla y encubrirla enteramente. Asi es, que aunque te supongo muy cerca de mí; que me estremeze el ménor ruido, y que á cada instante interrumpo mi Carta para asomarme al balcón ; sin embargo no ceso de escribirte ; es preciso dar este consuelo al excesivo placer que siente mi corazon. Tu estás mas cerca de mí, es verdad; ¿pero es por eso tu ausencia ménos real y verdadera, que si aun todavia nos separára la inmensidad de los ma-

res? Yo no te veo; tu no puedes oirme ¿pues por qué he de cesar de hablar contigo de la única manera que lo puedo hacer? Esperarémos un momento, y pasado él te veré: pero este momento aun no existe. ¡Eh! ¿puedo emplear mejor el tiempo que me resta de tu ausencia, que pintandote la viveza de mi ternura? ¡Ay de mí! siempre la has visto gimiendo y sollozando; mas ¡ó quan distante está ya de mí este tiempo! ¡Con quanto placer será borrado de mi memoria! ¡Aza, mi amado Aza! ¡ó qué nombre tan dulce y halagueño! Dentro de poco tiempo, ya no te llamaré en vano: tu volarás á mi voz;

las mas tiernas expresiones de mi corazon serán la recompensa de tu apresuramiento.

CARTA XXXVII.

A CABALLERO DETERVILLE, A MALTA.

¿Será posible, Señor, que haiais podído preveer sin remordimiento la mortal angustia con que vuestra ausencia debia acibar la felicidad que vos mismo me preparabais? ¿Cómo habeis podido tener la crueldad de que precediesen á vueſtro viage unas circunſtancias tan agradables, unos motivos de agradecimiento tan preciosos, á ménos de no ser con el designio de que me fuesen mas sensibles vueſtra desesperacion y ausencia? Hace dos dias

que me veía rodeada de las dulzuras de la amiſtad, y hoy experimento las penas mas amargas.

Sin embargo de lo muy afligida que se halla Celina, ha executado puntualmente vueſtros preceptos: me ha presentado con una mano á Aza, y con la otra vueſtra cruel Carta. Quando habian de llegar á colmo mis deseos, se ha hecho sentir el dolor en lo interior de mi alma: y quando volvía á encontrar el objeto de mi ternura, no me ha sido posible olvidar que perdía el de todos mis otros sentimientos afectuosos. ¡Ah, Deterville! ¡quan inhumana ha sido eſta vez vueſtra bondad! Pero no espereis executar

hasta su complemento vuestras injustas resoluciones; no, no podrá separaros jamás el inmenso mar, de todo quanto amais: oíreis pronunciar mi nombre; recibireis mis Cartas; escuchareis mis súplicas; la sangre y la amistad recobrarán los derechos que tenian sobre vuestro corazon; y volvereis á entrar en el gremio de una familia, á la qual debo responder de vuestra pérdida.

¡Que! ¡Habia yo de recompensar tantos beneficios, emponzoñando vuestros preciosos dias y los de vuestra hermana! ¡Romperia tan tierna únion! ¡Introduciria la desesperacion en vuestros dos cora-

zones, al mismo tiempo en que gozaba los efectos de vuestra bondad! No; no lo creais: no creais que me veo sin horrorizarme, en una casa que cubro de luto y lamentos: reconozco vuestros cuidados en el buen tratamiento que recibo de Celina, en el momento mismo en que debería perdonarla el que me aborreciese; pero sean los que fuesen, yo los renuncio; me alexo para siempre de unos parages cuya vista me es insufrible, sino os volveis. ¡O quan ciego sois Deterville! ¿Qué error os arrastra á un designio tan opuesto á vuestras miras? Quereis hacerme dichosa, y me haceis culpable;

quereis enjugar mis lágrimas, y las haceis correr con abundancia, y perdeis con vueftra separacion el fruto de vueftro sacrificio.

¡ Ay de mí ! ¡ Tal vez hubierais hallado mas dulzura en efta conferencia que tan espantosa y temible se os hacía ! Efte Aza, objeto de un amor tan acendrado ; no es ya el mismo Aza que os habia pintado con colores tan tiernos. La frialdad con que se presentó á mi vista ; el elogio de los Españoles con que cien veces interrumpió las dulces efusiones de mi alma ; la ofensiva indiferencia con que se propone detenerse poco tiempo en Francia ; la curiosidad que

en eſte momento lo sepára lexos de mí; todo me obliga á temer unos males de que se estremece mi corazon. ¡Ah Deterville! Tal vez no ſereis mucho tiempo el mas desgraciado de los humanos como os lo imaginais.

Si la piedad por vos mismo no tiene poder alguno para con vos, dexad que os traygan los debéres de la amiſtad: esta es el único asílo de un amor desgraciado. Si los males que temo llegan á acabar conmigo ¿quanto no sería vueſtro pesar? ¿quantos vuestros remordimientos? Si vos me abandonais ¿dónde hallaré corazones sensibles á mis amar-

gas penas? Hasta ahora ha sido la generosidad la mas fuerte de vuestras pasiones ¿y cederá en fin á los impulsos de un amor descontento? No; no lo puedo creer: esta debilidad es indigna de vos: vos sois incapáz de dexaros dominar de ella; pero venid á convencerme, si es que amais vuestra gloria y mi descanso.

CARTA XXXVIII.

Al Caballero Deterville, a Malta.

Si vos no fuerais, Señor, la mas noble de las criaturas, yo sería al presente la mas humillada y abatida; y si no eſtuvierais adornado con una alma la mas humana, y el corazon mas compasivo ¿cómo habia de ser á vos á quien confesase mi rubor y mi desesperacion? Pero ¡ay de mí! ¿qué tengo que temer? ¿qué tengo que esperar? Todo lo he perdido.

No siento la pérdida de mi libertad, de mi gerarquia, y de mi

Patria: no impelen mis lágrimas las inquietudes de una ternura inocente y desventurada: la buena fé violada, y un amor despreciado despedazan mi alma. ¡Aza es infiel. ¡

¡ Aza infiel ! ¡ O quanto poder tienen sobre mi alma eftas funeftas palabras! .... mi sangre se yela..... un torrente de lágrimas....

Los conquiftadores de mi pais me enseñaron á conocer las desgracias ; pero el último de sus golpes es el mas sensible : ellos son los que me usurpan el corazon de Aza ; y su Religion lo autoriza, á causa de nueftra consanguinidad.

¡ Ay de mí ! No hubiera tenido dificultad en abrazar efta Religion

para recobrar el bien que se me usurpa, y me hubiera sometido voluntariamente á sus preceptos. He suplicado que se me instruya en ellos; pero mis lágrimas han sido desatendidas. Yo no puedo ser admitida en una sociedad tan pura, sino abandono el pecaminoso motivo que me impele, y renuncio mi ternura, que es casi lo mismo que cambiar de exiſtencia.

Yo lo confieso: aunque me admira éſta, á mi parecer, severidad, sin embargo no puedo impedirme á mi misma el tributo de una veneracion sincera que me inspiran unas Leyes tan puras y prudentes como las que comprehende su doc-

trina. Sin duda las adoptaría....pero ¿ qué adelantaba ? .... ¡ Aza no me ama ! ¡ Ah desgraciada!....(*)

El cruel Aza no ha conservado de la pureza y candor de nueſtras costumbres mas que el amor á la verdad, de que ha hecho un funesto uso. Seducido de los encantos de una jóven Española, y presto á unirse con ella, solo ha consentido en venir Francia , para á romper la fé que me habia jurado; para no dexarme duda alguna en quanto á mis sentimientos; para volver-

(*) Esta buena disposicion que Zilia da á entender en sus dudas , sugirió el pensamiento de añadir la última Carta.

me una libertad que detésto ; para quitarme la vida.

Si ; en vano me vuelve á mi misma ; mi corazon es suyo, y lo será hasta mi último aliento. Mi vida le pertenece; amemé, y mas que me prive de ella.

Vos sabiais mi desgracia ¿ por qué me la digisteis con medias y equívocas palabras ? ¿ Por que no me permitisteis mas que percibir unas sospechas que me hicieron injusta para con vos ? Pero ¿ por que os acrímino este disimulo ? es regular que no os hubiera dado crédito. Ciega , prevenida en su favor , yo misma hubiera salido al encuentro á mi funesto destino; yo

misma hubiera conducido su víctima á mi rival; al presente eſtaría.... ¡O Dios! Salvadme, libradme de eſta horrible imágen!...

¡Deterville! ¡Amigo con exceso generoso! ¿Soy digna de ser escuchada? Olvidad mi injuſticia; y compadeceos de una desgraciada, cuya eſtimacion ácia vos, es aun superior á su flaqueza por un ingrato.

CARTA XXXIX.

AL CABALLERO DETERVILLE, A MALTA.

Pues que os quexais de mí, Señor, sin duda ignorais el eſtado de que los crueles cuidados de Celina acaban de sacarme. ¿cómo pudiera yo haberos escrito? Ni aun pensaba en ello. Si me hubieran reſtado algunos sentimientos, sin duda hubiera sido uno la confianza en vos; pero rodeada de las sombras de la muerte, y helada la sangre de mis venas he ignorado por largo tiempo mi propia exis-

tencia, y habia hechado en olvido hasta mí misma desgracia. ¡Oh Dios! ¿por qué volviendome á la vida me volvéis tambien á esta funesta memoria?

¡Ya se fué; ya no lo volveré á vér! ¡Aza huye de mí! No me ama; él mismo me lo ha dicho: todo se acabó ya para mí. Se casa con otra; y me abandona, pero el honor lo condena. Pues bien, cruel Aza! pues que el fantastico honor de la Europa tiene encantos para ti ¿por qué no imitas el arte que lo acompaña?

¡Dichosas Francesas! á vosotras se os engaña; pero por lo ménos gozais por largo tiempo un er-

ror, que al presente sería mi único bien. La disimulacion y el artificio os van preparando á vosotras para el golpe que á mí me mata de improviso. ¡Funesta sinceridad de mi Nacion, ya puedes dexar de ser una virtud! ¡Valor, firmeza; ya soys delitos quando la ocasion lo quiere!

¡Tu me has visto á tus pies, barbaro Aza; tu los has visto bañados de mis lágrimas; y tu fuga!... ¡momento horrible! ¿por qué su memoria no me arranca la vida?

Si mi cuerpo no se hubiera al fin rendido al impulso de los esfuerzos de mi dolor, no triunfaría Aza de mi flaqueza.... No te hu-

bieras ausentado solo: yo te hubiera seguido, ¡ingrato! te vería, moriría á lo ménos en tu presencia. Deterville, ¿qué debilidad fatal os alexa de mí? Vos me hubierais socorrido: lo que no ha podido hacer el desorden de mi desesperacion, tal vez lo hubiera obtenido vueſtra razon capáz de persúadir: tal vez eſtaría aun aquí Aza: pero hallandose ya en España, preſto á confirmar sus votos.... ¡Pesares inútiles, desesperacion infructuosa!.. ¡Dolor acaba de quitarme la vida!

No procureis, Señor, vencer los obſtáculos que os detienen en Malta, sin permitiros venir aqui

¿ qué podriais hacer ? Huid de una desgraciada que ya no es sensible á las bondades que se la prodigan ; que por el contrario son su tormento ; y que no quiere mas que morir.

CARTA XL.

AL CABALLERO DETERVILLE, A MALTA.

Sosegaos, generoso amigo mio: no he querido escribiros hasta poder contar con seguridad de mi vida, y que ménos agitada, pudiese calmar vuestras inquietudes. Aún vivo; asi lo quiere mi destino, y yo me someto á sus leyes.

La cuidadosa asistencia de vuestra amable hermana ha sido causa de que recobre mi salud: el regreso de algunos restos de mi razon, la han sostenido; y la certidumbre

de que es irremediable mi desgracia ha hecho lo restante. Ya sé que Aza ha llegado á España, y su delito eftá consumado : mi dolor no se ha extinguido del todo, pero la causa no es ya digna de mis pesares; si algunos quedan en mi corazon, solo los excitan las penas que os he causado mis herrores, y el desarreglo de mi razon. ¡ Ay de mí ! al paso que efta se ordena y me ilustra, descubro su poco poder ¿ qué efectos puede causar en una alma desconsolada ? El exceso del dolor nos vuelve á la flaqueza de nuestra primera edad: asi como en nuestra niñéz, los objetos son solamente los que tienen poder sobre no-

sotros; parece que de todos nuestros sentidos, la viſta es el único que tiene una comunicacion íntima con el alma. De todo ello he hecho una cruel experiencia.

Al salir del dilatado y peligroso letargo en que me abismó la separacion de Aza, el primer deseo que me inspiró la naturaleza fué el de retirarme á la soledad que debo á vueſtra generosa y preventiva bondad. No me coſtó poco trabajo el conseguir de Celina el permiso para que me conduxeran; y en ella hallo únos socorros contra la dasesperacion, que ni el mundo, ni aun la amistad hubieran podido subminiſtrarme jamás. Quando

me hallaba en casa de vueſtra hermana, ni aun siquiera podian prevalecer sus discursos consolatorios contra el poder de los objetos que me retrataban incesantemente la perfidia de Aza.

La puerta por dónde Celina lo conduxo á mi quarto el dia de vueſtra ausencia, y de su arrivo; la silla en que se sentó; el sitio en dónde me anunció mi desgracia, en dónde me volvió mis Cartas, hasta su sombra ya borrada de un artesonado en dónde la ví formarse, todo hacia á cada momento nuevas heridas en mi corazon.

Aquí nada veo que no me recuerde las ideas agradables que

recibí la primera vez que entré: nada hallo que no sea la imágen de vueſtra amable hermana. Si la memoria de Aza se presenta á mi espíritu, es baxo el mismo aspecto que entonces la veía: paréceme que aun espero su arrivo: me abandono á eſta ilusion en tanto que me es agradable; si se auyenta recurro á mis libros; leo primero con esfuerzo: insensiblemente vienen nuevas ideas que envuelven la espantosa y fatal verdad encerrada en lo mas íntimo de mi corazon, y dan al fin algun descanso y alivio á mi tristeza.

¿ Lo confesaré? Si. Las dulzu-

ras de la libertad se presentan algunas veces á mi imaginacion; y yo las escucho. Rodeada de objetos agradables, su propiedad tiene sus encantos y atractivos que me esfuerzo á disfrutar; pero usando de buena fé conmigo misma, no me fio mucho de mi razon. Me prestó á mis debilidades, y solo combato las de mi corazon, cediendo á las de mi espíritu. Las enfermedades del alma no sufren remedios violentos.

Tal vez la faustosa decencia de vuestra Nacion no permite á mi edad la independencia y soledad en que vivo: á lo ménos siempre que me viene á ver vuestra her-

mana, me lo quiere persuadir, pero hasta ahora no me ha dado razones bastante convincentes: la verdadera decencia está en mi corazon. Yo no tributo mis holocaustos al simulacro de la virtud, sino á la virtud misma. Siempre la buscaré para mi Juez, y guia de mis acciones: le consagraré mi vida; y mi corazon á la mas sincera amistad. ¡Ay! ¿quándo reynará ella sola, para siempre, y sin que participe de otro sentimiento?

CARTA XLI.

AL CABALLERO DETERVILLE, A PARIS.

Recibo, ó mi bienhechor, casi á un tiempo mismo, la noticia de vueſtra salida de Malta, y la de vueſtro arrivo á París; pero tened entendido que qualquiera que sea el placer que me cause el volveros á ver, nunca será superior al disguſto que me ocasiona el villete que me habeis escrito á vueſtro arrivo.

¡Que es esto, Deterville! Despues de haber proteſtado que ha-

riais los mayores esfuerzos para disimular vueſtros sentimientos apasionados en vueſtras Cartas; despues de haberme dado motivos para esperar que no tendría que combatir una pasion que me aflige ¿Os abandonais mas que nunca á su violencia?

¿A que viene aparentar una deferencia á mis disposiciones, que al mismo instante desmentís? Vos me pedís licencia para venirme á ver; me asegurais una ciega sumision á mis voluntades; y al mismo tiempo os esforzais en convencerme de vueſtros sentimientos, que son los mas opueſtos á aquella determinacion; que tanto

me ofenden, y que en fin jamás obtendrán mi aprobacion!

Pero pues que una falsa esperanza os seduce; pues que abusais de mi confianza, y del eftado en que se halla mi alma; preciso es deciros mi resolucion, sin duda mas inmutable que la vuestra.

En vano os lisongeais de conseguir que mi corazon contrayga nuevas prisiones: la traicion que se ha hecho á mi buena fé, no me liberta de la obligacion que contrage con mis juramentos, ¡ pluguiese al Cielo que fuera bastante á hacerme olvidar el ingrato! Pero aun quando lo olvida-

se, fiel conmigo misma de ningun modo sería perjura. El cruel Aza abandona un bien que amó en algun tiempo, pero no por eso son ménos sagrados los derechos que sobre mí tiene. Yo puedo curar de mi pasion, pero jamás la tendré por otro. Todos los sentimientos que me inspira la amistad son vueſtros: vos los disfrutareis sin que otro alguno tenga en ellos la menor parte. Yo os los debo, os los prometo, y seré fiel en el cumplimiento de mi palabra. En un mismo grado gozareis de mi confianza y de mi sinceridad; una y otra serán ilimitadas. Todos los sentimientos vivos y deli-

cados que el amor despertó en mi corazon se convertirán en provecho de la amistad y aumentarán su precio. Con igual franqueza os daré pruebas del sentimiento que me causa no haber nacido en Francia, y de mi inclinacion invencible por Aza ; el deseo que tendría de deberos la ventaja de la facultad de pensar , y mi eterno agradecimiento al que me la proporcionó. Nosotros leerémos recíprocamente en nueftras almas : la confianza sabe, asi bien que el amor, dar rapidéz al tiempo. Hay , además, mil medios para hacer la amiftad interesante, y defterrar el tedio y el faftidio.

Vos me dareis algun conocimiento de vueſtras ciencias y artes, y disfrutareis el placer de la superioridad : yo tambien gozaré el mio descubriendo en vueſtro corazon virtudes que vos mismo no conoceis. Vos adornareis mi espíritu con todo quanto puede hacerlo agradable y divertido ; gozareis vueſtra obra y trabajo ; y yo procuraré haceros agradables los encantos inocentes de la sencilla amiſtad, y me tendré por feliz si lo consígo.

Celina partirá con nosotros su ternura, difundirá en nueſtras conversaciones su alegría, si es que falta en ellas : y entonces ¿ qué

tenemos que desear?

En vano temeis que la soledad y el retiro alteren mi salud: creedme, Deterville, nunca son peligrosos sino para la ociosidad. Estando siempre ocupada, sabré proporcionarme nuevos placéres de todo aquello que la costumbre hace insipido.

Sin necesidad de profundizar los reconditos secretos de la naturaleza, ¿el simple exâmen de sus maravillas no es suficiente por sí solo para variar y renovar incesantemente ocupaciones siempre agradables? La vida ¿es acaso suficiente para adquirir un conocimiento ligero, pero intere-

sante del Universo, de quanto nos rodea, y de nueſtra propia exiſtencia?

El placer de SER, eſte placer olvidado, y aun ignorado de tantos ciegos humanos: eſte pensamiento tan dulce; eſta felicidad tan pura; YO SOY, YO VIVO, YO EXISTO, podría por sí sola hacernos dichosos, si se tuviera presente, si se gozase, y si se conociese su precio.

Venid, Deterville; venid aprendereis de mi á economizar los recursos de nueſtra alma, y los beneficios de la naturaleza. Abandonad esos sentimientos tumultuosos, deſtructores imperceptì-

bles de nueſtro SER: venid, aprendereis á conocer los placéres inocentes y durables; venid á gozarlos conmigo: vos hallareis en mi corazon, en mi amiſtad, y en mis sentimientos, todo quanto puede subsanar la perdida del amor.

CARTA XLII.

Y ULTIMA.

Al Caballero Deterville, y a su Hermana, *A Paris;*

Y CON DIRECCION AL PRIMERO.

¡ Oh mis benéficos protectores! ¿ Dónde hallaré palabras que puedan expresar los sentimientos de que se halla posehido mi corazon ? Si fuera ménos agradecido, tal vez le sería facil desahogarse de la compresion que le ocasiona la multitud y grandeza de vueſtros favores soberanos. Pero

los puros placéres que al presente gozan las potencias de mi alma son tan singulares y desconocidos, que para explicarlos necesito nuevas palabras, y expresiones superiores á aquellas de que mi limitado talento es suceptible.

Empero recibid en prueba de mi gratitud, toda la expansion de un corazon naturalmente generoso, sensible y tierno, que no solamente os ama, sino que os venera como á inſtrumento, ú organo por dónde el Ser Supremo ha derramado en mi espíritu la incomparable é inefable felicidad de amarlo y reverenciarlo.

Si vosotros fuiſteis los que

completasteis mi felicidad en efte mundo, preparandome para la eterna por un modo tan raro y digno de vueftras almas benéficas : sí por cierto ; me pusifteis en el camino que guia á aquel manantial inagotable de plac éres puros y eternales, cuya comprehension no es negada por lo mismo que es superior en sumo grado á nuestros talentos.

¡ Oh quanto mas aprecio mi ser de algun tiempo á esta parte! ¿ Qué merecimientos hay en mí para que por tan extraordinarios caminos me haya conducido la Omnipotencia Divina á su precioso rebaño ? ¿ Cómo es posible no

envanecerse? Pero ¡oh miserable! ¿quieres medir la grandeza de un Dios por la de tu mezquino corazon? ¿Acáso, dí, puede ni tiene porque ensoberbecerse ni llenarse de orgullo el que recibe un dón gratuito? ¿No es el mérito mas apreciable que la recompensa? Pues merece y resignate, me dice mi corazon. ¡Oh no permita la Divina providencia que pierda por una soberbia indiscreta el fruto de un dichoso momento de humildad! Ni ¿quién tendrá la impudencia de atreverse á sondar los inescrutables decretos del Altisimo? Tal vez mi despreciable pequeñéz habrá sido causa...

Pero ¿adónde voy á parar? ¿A quién se dirige mi Carta? ¿Con quién hablo? ¡Oh Señor, Señor No es posible que pueda separarse un momento mi memoria de vueſtra imágen. Desde que comprehendió aunque escasisimamente su idea mi entendimiento, y mi corazon la dió reverente aunque indigno alvergue, á todas partes la llevo conmigo, en todas partes la encuentro, y en todas ocasiones se presenta á mi imaginacion con toda la pompa y magestad que puede atribuirle mi miserable cortedad. Permitid pues un rato de vagar para que cumpla con unos debéres que os son tan gratos.

Ya se completaron vueſtros deseos : ahóra si que es Zilia digna de vueſtra amiſtad : ya somos individuos de una misma grey. ¿ Quién me diría despues de tantos favores , á mi parecér inapreciables el que me preparaba vuestra amiſtad ?

¿ Os acordais , Deterville, de la primera vez que viniſteis á verme despues de vueſtro regreso á París ? No es posible , ni que pueda olvidar aquel precioso momento , precursor de mi felicidad ; ni ménos que pueda explicar la especie de conmocion que sintió mi corazon quando me presentasteis al venerable , y anciano Sa-

cerdote, que me digifteis traher con designio de que me acompañase en la soledad de mi retiro.

Bastaba ser cosa vueftra para que apreciase el dón; pero era, además, tan agradable su fisonomia; su ademán tan modefto y placentero, y tan agraciada la brillantéz de sus canas, que sin poderme contener, corrí, como sabeis, á obsequiarlo, y ofrecerle todo quanto pendía de mi arbitrio, aun con mas esfuerzo y expresiones que las que prescriben las leyes de la atencion y buena crianza.

¿Quien me diría el ineftimable tesoro de ciencia y virtud que

se ocultaba baxo tan sencillo aunque respetable aspecto? En fin dispuesto y contratado todo lo necesario os ausentasteis, y á su debido tiempo volvió el oculto instrumento de mi conversion á establecerse en mi Casa de Campo. ¡Oh con quanta sagacidad supo inspirarme insensiblemente sus sentimientos Religiosos! Preguntábame y escuchaba los pertenecientes á mi antiguo culto, con una complacencia tan dulce, yá aprobando algunos, yá reprobando otros, y oponiendome los de los Católicos, con razones tan sencillas y familiares, y en un tono tan insinuante y persuasivo,

que sin arbitrio me interesaba y adoptaba sus dictámenes,

Los primorosos é incomprehensibles secretos de la naturaleza eran unos de los principales libros en que leía y fundaba sus doctrinas, y el jardin por dónde de ordinario dabamos nuestros paseos, era el liceo de semejantes discusiones. Una debil planta, un paxárillo, un insecto despreciable al parecer, eran para mi preceptor un manantial inagotable de reflexîones Christianas, y en cuya meditacion me obligaba á buscar un agente superior á aquel á quien nosotros atribuiamos la virtud productiva, no

siendo por mi conviccion propia mas que un agente de su poder á quien en la reparticion de las causas segundas le fué dada la facultad de vivificar y nutrir con su calor á los seres, qual con el suyo las inocentes avecillas á las producciones de su especie.

¡Con quan diferente aspecto se presentan á mi vista el Universo y sus fenómenos! Huvo un tiempo en que me sorprehendian sus prodigios, pero al presente los miro como obras de un Ser que puede quanto quiere; hallandome tan convencida de estas verdades que ni aun imagíno profundizar únos secretos que por su misma naturaleza

confunden y humillan indispensablemente, la cortedad de nuestros mezquinos talentos.

¡Oh dichosos Peruanos! Ya teneis en vueſtro Emisferio el germen de la verdad: cultivadlo y aprovechaos de su inapreciable fruto. Sufrid con paciencia las flaquezas de algunos de vueſtros Conquistadores, porque son hombres, porque tanto bien nunca puede ser muy coſtoso, y porque de juſticia lo exige la felicidad inconcebible á que todos por diversos medios conspiran y os preparan. No desconfio de que el Ser Supremo finalice una obra á que dió principio por medios tan ex-

traordinarios é inauditos : su grandeza, su justicia y beneficencia para con sus criaturas no dexarán incompleta tan eminente obra. Abrirá sin duda su seno amoroso, y alvergará apacible aquellos por quienes padeció afrentosa muerte en un pativulo.

En fin, ya soy una con vosotros, amados protectores mios: ya estoy díspuesta á iniciarme en el gremio del Christianismo con la Sagrada agua bautismal. Venid, pues; apresuraos y en vuestra presencia se celebrará la Sacrosanta y Augusta ceremonia: Venid participareis de la tranquilidad que reyna en mi espíritu desde

que abjure de mis errores y alvergue en mi corazon el puro é inefable placer que inspiran las verdades soberanas de vueſtra creencia: Venid vereis el fruto de vueſtra amistad y conversion en el desprecio con que miro las glorias mundanas, que miserablemente encantaron en otro tiempo mis sentidos y potencias: venid á tener parte en la alegría de vueſtra Zilia, tan digna de compasion por sus errores pasados, como de vueſtro cariño desde que la Santa verdad iluſtró su entendimiento: la que al presente mira al mismo Aza; aquel objeto de su antigua ternura, como

á todos los demás humanos, de quienes, aunque indigna, se conceptua hermana: venid, acompañadla, mientras que tributa sus reverentes obsequios al ser que le dió el que goza; y á quien dirigirá sus plegarias para que prospére vueſtra vida, aumente vueſtra felicidad en eſte mundo con la fundada esperanza de alcanzar la futura: para que sostenga á Aza en el camino de la salvacion con la creencia que ha abrazado: aníme y corrovóre el valor de los Españoles en la empresa que tan á su costa han principiado, é inspire á mis amados compatriotas docilidad para abrazar la Reli-

gion que adoro. Estas serán mis súplicas hasta mi último aliento, en que pagando á la naturaleza el tributo inevitable, se cierren mis ojos á la luz del dia entre las dulzuras del amor Divino, y en brazos de la amistad mas pura é indeleble.

FIN.

347

1192

P-150

35

E792
G736c

8